

Reintegración en Colombia, pasos hacia la reconciliación



Reintegración en Colombia, pasos hacia la reconciliación



©Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR)

Director General

Joshua Mitrotti Ventura

Director Programático de Reintegración
(2013-2015)

Esneyder Cortés Salinas

Director Programático de
Reintegración

Lucas Uribe Lopera

©Organización Internacional para las Migraciones (OIM)

Jefe de Misión

Alejandro Guidi

Jefa de Misión Adjunta

Kathleen Kerr

Coordinadora del Programa de Reintegración
con Enfoque Comunitario

Catalina Acevedo Trujillo

Equipo Periodístico

Juan Miguel Álvarez

Claudia Ayola

Luis Alberto Miño Rueda

Ginna Morelo

Camilo Jiménez Santofimio

Angélica María Alzate Benítez

Pedro Pablo Mejía Salazar

Andrea del Pilar Barrero Briñez

José Vicente Guzmán Mendoza

Jorge Andrés Gallo

Carmen Alicia Sarmiento Mora

José Navia Lame

Edición

Alvaro Sierra

Fotografía

Alberto Sierra

Coordinación editorial

Angélica María Alzate Benítez (OIM)

Adán Antonio Ramírez Zuluaga (ACR)

Corrección de estilo

Christian Fernando Plazas Rueda

Diseño e Impresión

Procesos Digitales SAS

Primera edición

2016

ISBN: 978-958-8977-06-5

Bogotá, D.C., Colombia

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR)

Carrera 9 No. 11 – 66
 PBX: (57-1) 5932211
 Bogotá, D.C., Colombia
www.reintegracion.gov.co

ACR

Organización Internacional para las Migraciones (OIM)

Carrera 14 # 93B – 46
 PBX: 6397777
 Bogotá, D.C., Colombia
www.oim.org

OIM

Reintegración en Colombia, pasos hacia la reconciliación. Recopilación de crónicas. Coautores: Juan Miguel Álvarez, Claudia Ayola, Luis Alberto Miño Rueda, Ginna Morelo, Camilo Jiménez Santofimio, Angélica María Alzate Benítez, Pedro Pablo Mejía Salazar, Andrea del Pilar Barrero Briñez, José Vicente Guzmán Mendoza, Jorge Andrés Gallo, Carmen Alicia Sarmiento Mora, José Navia Lame. Editor: Alvaro Sierra. Fotografía: Alberto Sierra.

Bogotá: Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR); Organización Internacional para las Migraciones (OIM), 2016.

120 páginas.

ISBN: 978-958-8977-06-5

1. Conflicto armado - Aspectos sociales – Colombia / 2. Desarme, Desmovilización y Reintegración (DDR) / 3. Política de Reintegración Social y Económica (PRSE) / 4. Reconciliación. / 5. Crónicas / 6. Promoción de la paz y orden internacional I. Título / II. Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR) / III. Organización Internacional para las Migraciones (OIM).

Esta publicación es posible gracias al apoyo del Programa de Reintegración con Enfoque Comunitario de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), que cuenta con el respaldo económico del Gobierno de Estados Unidos a través de su Agencia para el Desarrollo Internacional (USAID). Los contenidos son una expresión del trabajo periodístico realizado por los cronistas invitados y no necesariamente reflejan la opinión de USAID o de la OIM.

Se autoriza la reproducción total o parcial de esta publicación para fines educativos u otros fines no comerciales, siempre que se cite la fuente.

Contenido

Introducción		5
crónica 1	Un equipo de dos	7
crónica 2	El exilio de un campesino que volvió de la guerra	15
crónica 3	Buscó refugio en la medicina indígena	27
crónica 4	De soldador de armas a cerrajero de sueños	37
crónica 5	Una vida para cantar y contar	47
crónica 6	El pasado no existe	57
crónica 7	El café es ahora su arma de resistencia	67
crónica 8	El cantante que renunció a la guerra	75
crónica 9	La transformación de 'La Patrona'	83
crónica 10	La exguerrillera que un día volvió a soñar	93
crónica 11	La resurrección de Mesías	101
crónica 12	Lo pasado, pisado	109

Esta publicación es un recorrido por las historias de 12 colombianos que alguna vez estuvieron del lado de la guerra, haciendo parte de un grupo guerrillero o de las autodefensas, pero que gracias a la decisión que tomaron de dejar las armas y de recuperar su vida, al lado de sus familias y de las comunidades que los recibieron, hoy están trabajando por la construcción de un país en paz.

'Reintegración en Colombia, pasos hacia la reconciliación' es también el resultado del trabajo de 12 periodistas colombianos que aceptaron el reto de contar las historias de excombatientes desde una mirada diferente, desde la mirada de la paz y no desde la mirada de la guerra. En esas historias el común denominador es la esperanza. Estas 12 personas, que fueron protagonistas del conflicto y llegaron a él por múltiples razones, coinciden en que el país debe darse una segunda oportunidad y creer que la reconciliación es posible.

A los lectores: En estas páginas encontrarán un panorama de muchos matices, es hora de dejar de ver todo en blanco y negro, de desprendernos de los rótulos de "buenos" y "malos", las dicotomías no le han hecho bien a las generaciones que nos han antecedido, la meta para todos los colombianos, es construir un país más incluyente y diverso, donde las diferencias se resuelvan no con violencia, sino con diálogo, con empatía y con la premisa de ponerse en los zapatos del otro.



Alejandro Guidi
Jefe de Misión en Colombia

Organización Internacional
para las Migraciones (OIM)



Joshua Mitrotti
Director General

Agencia Colombiana para la
Reintegración (ACR)





crónica

1

Un equipo de dos



Juan
Miguel
Álvarez

(Bogotá, Cundinamarca, 1977).

Periodista independiente en temas de cultura y derechos humanos. Comenzó su carrera en la revista *El Malpensante*, y ha sido colaborador de periódicos como *La Tarde* (Pereira), *El Diario del Otún* (Pereira) y *El Espectador*; y de revistas como *Semana* y *Esquire*. Sus crónicas han merecido algunas distinciones, entre ellas, mención de honor del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar (2009). En 2012, la Universidad de Guadalajara lo reconoció como una de las mejores nuevas plumas de crónica en español, en la categoría menores de 35 años. También, ha publicado varios libros, entre los que se destaca *‘Balas por encargo: vida y muerte de los sicarios en Colombia’*, *‘Rey+Naranja’* (2013). Participó como coautor del libro *‘Los Malos’*, una reunión de perfiles sobre algunos criminales de América Latina, editado por Leila Guerriero y de reciente publicación. Ha sido catedrático universitario y monitor de talleres de crónica de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) Gabriel García Márquez.

Si el proceso de reconciliación para una víctima es largo y doloroso, el que debe sacar adelante alguien que fue un victimario es complejo y atemorizante. La historia de Ezequiel (*) y Luz Alba (*) es un ejemplo en el que estos dos procesos se encuentran.

(*) Nombre cambiado por solicitud del protagonista.

Uno

La Ciudadela Siglo XXI es un barrio de Florencia (Caquetá), situado a unos diez minutos al suroeste del centro de la ciudad, en una planicie que anuncia el piedemonte amazónico. Fundado en el 2001, está dividido en sectores que corresponden a las varias etapas en que lo han ido construyendo; pero su partición más obvia es por alturas: la parte alta, está llena de viviendas de escasas proporciones, con techos de hojalata, apenas sostenidas por trozos de madera, y calles en tierra parda que se pierden en las colinas más cercanas; y la parte baja viene atravesada por una autovía de pavimento y andenes, casas en ladrillo y revoque y con techos sólidos de dos y tres niveles.

En una de estas casas queda el Centro de Reconciliación del Caquetá, al que a diario acuden víctimas y los que alguna vez fueron victimarios, para participar en dinámicas que propenden por el perdón y la reconciliación. El centro está en un segundo piso al que se accede por una puerta lateral y una escalera estrecha. Las

paredes están llenas de letreros, fotografías y dibujos, que ilustran los procesos que ha adelantado la comunidad. En un mostrador hay a la venta zapatos y accesorios femeninos que, las personas del centro fabrican como parte de las actividades de reintegración.

Todos los días, a las siete de la mañana, Ezequiel llega a trabajar a este centro. Su cargo es el de asistente de coordinación, y sus funciones van desde el apoyo en la logística de los encuentros y celebraciones de la comunidad, hasta la sistematización de documentos, pero su oficio principal es el de promover el perdón y la reconciliación. *“Es ayudarles a entender a las personas que vienen aquí — explica — que la paz, primero, es con uno mismo, con la familia de uno, con mi casa, con mi esposa. Luego, es con los demás”.*



La Casa de la Cultura de Florencia (Caquetá) es uno de los espacios donde se empezó a construir este escenario de reconciliación.





Ezequiel tiene 30 años, estatura promedio, es delgado y de cejas resaltadas. Su voz es de timbre potente y siempre se expresa en un tono tranquilo. *“Ese es el trabajo de estos centros — agrega—: ayudan a las personas a ver que no tienen por qué seguir consumiéndose en el odio y que debemos comenzar por nosotros mismos”.*

Es un mediodía de junio. La temperatura ronda los 28° centígrados y la humedad casi selvática de Florencia hace sudar las paredes. Se avecina la final de la Champions League y Ezequiel ha planeado ver el partido en su casa. Es un futbolista aficionado que desde niño se destacó en el barrio por rápido y hábil con la pelota. Así que se apoya en el tema del fútbol para poner un ejemplo sobre su idea de la paz. Cuenta que un día se fue a jugar microfútbol. En el barrio los partidos eran a seis goles y apostaban: el ganador recibía los refrescos de cuenta del perdedor. El partido estaba muy parejo, pero se fue calentando hasta terminar en puños y golpes entre los jugadores. Ezequiel no volvió a jugar allí: los rivales quedaron muy sentidos con él y como estaba recién llegado a esa cancha, no lo

siguieron teniendo en cuenta. Dice que en ese momento reflexionó: *“Es el deporte que más me gusta, es mi hobby, y ya perdí el espacio para jugarlo en la cancha de mi barrio. No puedo seguir cerrándome espacios. Menos ahora, que apenas empieza mi proceso de reintegración”.* A partir de ese partido, Ezequiel dice que aprendió a tomar el juego como mero divertimento.

“Antes no cabía en mi mente perder jugando fútbol —acota, con una leve sonrisa de indulgencia consigo mismo—. Ahora, simplemente, voy a jugar sin que me preocupe mucho perder. Esa capacidad de entender las circunstancias y asimilar los procesos, es mi tranquilidad, es mi paz interior, que es nada menos que el paso para la paz social”. Ezequiel Dice que llegó a desarrollar esa interpretación de su vida en el Centro de Reconciliación.

“Ha sido muy importante para mí.

En estos centros se imparte un taller que se llama Escuelas de Perdón y Reconciliación (Espere). Son 11 módulos y todos deben cursarlos desde el primero. Nadie puede empezar más adelante. Es un aprendizaje como en el colegio: primero, hay que estudiar las vocales; luego, las consonantes; luego, saber cómo suenan juntas; y ahí sí, aprender a leer. Esa escuela me ha ayudado a entender. Y siempre en cada situación cotidiana me toca ir retroalimentando. Entonces, eso ya hace que uno piense y esté convencido de que la paz son esos espacios tranquilos que uno mismo genera. Aunque es una decisión personal: yo no puedo exigirle a otro que se sienta en paz ni obligarlo a que esté en paz”.

Ezequiel entró a trabajar al Centro de Reconciliación del Caquetá el día en que se puso en funcionamiento. Corría marzo del 2014 y aunque no era el primero en el país, este centro era pionero en la reintegración de desmovilizados —en otras regiones los centros ya inaugurados se dedicaban, exclusivamente, a las víctimas—. Creados por la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR) y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), con apoyo de capital privado extranjero, desde su origen han tenido como objeto adelantar procesos de perdón y reconciliación bajo la metodología propuesta por el padre Leonel Narváez.

Dicha metodología consiste en el trazo de un camino con momentos dispuestos, para recordar la vida en la guerra o la historia de victimización, para interpretar los conflictos sociales del momento, y generar acuerdos sobre el perdón y la vida, que terminan pactándose en rituales solemnes y declarando como “Territorio de paz” el escenario donde se ha llevado a cabo todo el proceso. Hoy, esta propuesta se denomina Escuelas de Perdón y Reconciliación (Espere), y funciona en 16 departamentos en Colombia y en otros países.

Ezequiel recuerda que el día que llegó a trabajar al Centro, el local era apenas un cajón vacío. La primera reunión la hicieron sentados en el suelo: Aifa Janeth López, como coordinadora; Luz Alba (*), como líder de víctimas; y Ezequiel, como desmovilizado, en un proceso de reintegración ejemplar: contaba con siete años exactos de haberse acogido al proceso, estaba a punto de terminar su carrera de Ingeniería de Sistemas en la Universidad de la Amazonía y próximo a irse a vivir con su novia.



Luz Alba trabaja la tierra. Sus manos, además de trabajar por la reconciliación, le sirven para cultivar yuca.

“Si acá en el Caquetá alguien más ha hecho el proceso como yo lo hice es mucho”, dice. “Mire, si había que dar un paso y esperar seis meses para dar el otro, pues yo esperaba los seis meses. Ya hoy cumplí con mi ruta de reintegración: pasé por el proceso de formación, por el proceso psicosocial, por el de empleabilidad; todo lo terminé, satisfactoriamente. También, hice todos los módulos de la Escuela de Perdón y Reconciliación”.

Tras entregar armas y empezar a recibir los 380.000 pesos mensuales que el programa de desmovilización daba a los exparamilitares, Ezequiel estuvo varios meses desocupado y sin planes de trabajo cercano. Hasta que María Nelly Buriticá, la profesional que tenía su caso en la ACR, lo recomendó para que lo emplearan como obrero en una construcción. Ezequiel se presentó a la entrevista de trabajo y fue admitido en el acto, le dieron la dotación y lo pusieron a trabajar de una vez. Ese fue su primer empleo.

Transcurridas algunas semanas en ese trabajo, Ezequiel aprovechó las facilidades que le daba el Estado para que cursara una profesión. Así que optó por Ingeniería de Sistemas. Derechito y constante, llevó a la par la carrera y la ruta de reintegración. En octavo semestre y gracias a su conducta y buen desempeño académico, la coordinadora de la ACR en Caquetá, Carolina Castillo, lo contrató como promotor de reintegración.

“Los promotores de reintegración —explica ella— son personas desmovilizadas que han cumplido con todos los requisitos en el proceso de reintegración, y llegan a la ACR a formar parte de las oficinas territoriales. Son el punto intermedio entre la población y la dinámica institucional. Es una figura importantísima en el rol de la corresponsabilidad, porque ellos son el resultado vivo de este proceso. Cuando van a las empresas y se presentan como desmovilizados que ya son contratistas de la ACR, convencen mucho más. Yo puedo ir y hablar con un empresario una o dos horas, pero ellos van y hablan y se muestran 15 minutos y convencen mucho más. Poder tener esa figura es uno de los grandes logros de la entidad”.

Luego de haber trabajado para la Agencia, realizó el mismo trabajo en un proyecto liderado por la Universidad de la Amazonía. En eso estaba, cuando en febrero del 2014 recibió una llamada de Carolina Castillo, para invitarlo a una entrevista. Iban a poner en marcha el Centro de Reconciliación y estaban buscando personal.

Dos

A unos 15 minutos tras la salida de Florencia hacia Morelia, Luz Alba tiene un lote de siete hectáreas con un rancho de tablas. Lo recibió a comienzos de 2015 de manos del Estado, como medida de reparación. Ahí, Luz Alba ha sembrado yuca y tiene pollos y cerdos de engorde, y patos de cría.

Llegó a Florencia en julio del 2009. Había sido desplazada por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), de una remota localidad robada a la selva, a siete horas de camino. En la ciudad vivían sus dos hijos, así que no llegó a dormir en la calle, pero debió empezar de cero: había perdido su casa y la tienda de la que vivía. A finales de ese año, comenzó a reunirse con otras mujeres desplazadas, con las que más tarde conformó la Asociación de Mujeres Semilla y Paz (Amusepaz).

“En las reuniones empecé a sanarme —dice, sosegada—. *En una actividad, ellas me contaban y yo contaba. La otra contaba. Yo volvía y contaba. Y así me fui sanando. Escuchando, me di cuenta de que las otras mujeres tenían historias mucho más aterradoras que la mía. Entonces, me decía: ‘A mí no me ha pasado nada’. En ese momento, cada una empezó a dejar de preguntarse: ‘¿Por qué a mí?’. Entendimos que la situación era para todas y en todas partes: cada mujer venía de un lugar distinto”.*

Entre las asociaciones organizaron la Mesa Departamental de Víctimas, y eligieron a Luz Alba como coordinadora. En esta nueva estructura, los relatos de cada persona fueron escuchados por profesionales como psicólogos y trabajadores sociales, y se diseñaron terapias de ayuda.

“Llorábamos mucho, pero comprendimos que la vida podía continuar, que podíamos sobrevivir. Y les empecé a decir: ‘Yo hago esto, yo vendo lo otro; no me puedo quedar quieta y dejarme morir’...”. La ACR ayudó a estas mujeres con talleres de convivencia ciudadana, de ocupación del tiempo libre, de derechos humanos y de liderazgo. Más tarde, dio comienzo al proyecto de reintegración, operado por la Universidad de la Amazonía, al que fue vinculada Luz Alba.

.....

A diferencia de las actividades en las que había participado antes, en estas Luz Alba ya no sólo debía entenderse con víctimas. *“Cuando empecé a escuchar las historias, me di cuenta de dónde venían esas personas y lo que habían vivido. Me sorprendí hablando con quienes habían sido paramilitares o guerrilleros. Y me pregunté en voz alta: ‘¿Yo aquí sentada con usted? Yo siempre había dicho que jamás me arrimaría a personas como usted’. Me decían que habían estado en tal grupo y que ya llevaban un proceso de reintegración. ‘¿Eso es verdad?’, volvía a preguntarme, porque me parecía mentira que yo ya fuera como amiguita de ellos”.*

A partir de ese momento, Luz Alba comprendió que el proceso de reintegración de los desmovilizados no era menos difícil que el de las víctimas. Que uno de los pantanos que debían superar, era lograr que el resto del mundo dejara de mirarlos como asesinos.

El día que Ezequiel y Luz Alba se encontraron en aquella primera reunión, sentados en el piso del Centro de Reconciliación, se saludaron con la cordialidad de haberse visto desde antes. Ezequiel no sabía que ella era víctima, pero Luz Alba sí sabía que él era una persona en proceso de reintegración.

Aifa Janeth López, la coordinadora del Centro, los puso al tanto sobre las actividades que empezarían a partir de entonces. Pero entre ellos dos, el reto fue abrirse honestamente el uno al otro para poder llevarse como compañeros de trabajo. Ezequiel la miraba con el acato que se le tiene a una madre que ha sufrido mucho, y Luz Alba lo miraba como el muchacho que, por circunstancias imposibles, había terminado como miembro de un grupo armado ilegal.

Desde ese momento nació una buena conexión entre ellos. Luz Alba, dicharachera, risueña, siempre optimista; y Ezequiel, callado, laborioso, obediente. El paso inicial que debían dar como facilitadores del Centro de Reconciliación era entender en qué consiste Espere (la Escuela de Perdón y Reconciliación) y cómo se desarrolla la metodología. En el primer ejercicio, ambos, de manera individual, debieron aceptar la idea del perdón hacia sí mismos para luego poder perdonar al otro.



El momento en que lo hicieron público fue en la inauguración del Centro, el 9 de mayo del 2014. Esa mañana se presentaron ante la comunidad del barrio La Ciudadela Siglo XXI, miembros de las instituciones del Estado y delegados de los gobiernos departamental y municipal. Unas cien personas. Explicaron el rol de cada uno: él como persona en reintegración, y ella como líder de víctimas, tras lo cual se pidieron perdón bajo la ceremonia prevista por la 'Espera'. Desde ese momento la historia de reconciliación entre Ezequiel y Luz Alba se erigió como hito para una futura convivencia entre víctimas y desmovilizados. Al día de hoy, toda la gente que ha acudido al Centro de Reconciliación conoce la historia de ellos dos: unas 400 personas de la comunidad que han participado en las actividades del Centro, más de 600 víctimas, y más de 200 personas en proceso de reintegración.

“Yo ahora ando erguida, feliz —concluye Luz Alba—. *Y eso, ha ayudado en mi familia y en la comunidad de víctimas. Yo antes lloraba y lloraba, y como era la líder solo hacía llorar a las otras. Y si estaba cargada de odio, era buscando la manera de reunir personas para vengarnos de los otros... Imagínese ese liderazgo... Por eso, le doy gracias a Dios y a todas las entidades que de una u otra forma me aportaron”.*

Ezequiel también vive agradecido con la ACR y con el Centro de Reconciliación, y tranquilo con la vida que está llevando. *“Hay dos tipos de desmovilizados —explica—: unos, que se sienten orgullosos de haber sido paramilitares; otros que admiten que la cagaron. Yo la cagué y me siento una rata; eso no lo tuve que haber hecho, fue un paso remalo que di en mi vida y voy a enmendarlo”.*

A unas tres cuadras de distancia del Centro queda la sede de la Casa de la Cultura del barrio La Ciudadela Siglo XXI, que fue edificada por personas en proceso de reintegración, entre ellos Ezequiel. Es una caseta de unos 60 metros cuadrados, sin diseño particular, con una placa y un aviso sembrado en el pasto que recuerda la conmemoración más reciente del Día Nacional de la Memoria y Solidaridad con las Víctimas. Leyendo el aviso, Ezequiel añade: *“Yo quiero seguir aportando a las cosas buenas, que me sigan reconociendo por las cosas buenas. Dos años malos en mi vida no se me van a tirar el resto”.*





crónica

2

El exilio de un campesino
que volvió de la guerra



Luis
Alberto
Miño
Rueda

Reportero y editor.
(Barrancabermeja, Santander, 1971).

Comunicador Social-Periodista de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá). Tiene 44 años y 23 de ejercicio periodístico en el periódico El Tiempo, donde se especializó en crónicas y reportajes. Empezó su trabajo en este diario como reportero de la sección Nación, luego fue subeditor de la sección Reportajes y, actualmente, es editor de la sección Nación que coordina la información de los corresponsales del periódico. Durante su ejercicio periodístico ha obtenido reconocimientos como el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, en la categoría beca periodismo joven (1996), por el trabajo 'El precio de las lágrimas de los wayuu', y una mención de honor en el Premio Rey de España (2001), por la crónica 'El último viaje del capitán Alvarino'. Participó en el libro 'Crónicas Premio Nacional de Paz' (2010). Actualmente tiene el blog 'Crónicas de un periodista sin celular', en el que se encuentra una selección de sus historias.

Desde niño, su familia le huyó a la guerra, pero él se metió en ella para salvarla. Ahora, como desmovilizado, vive lejos de su tierra, en un barrio de invasión, soñando con un buen trabajo para construir una vida mejor con su familia.

Es domingo, su único día de descanso, y un hombre cuenta su historia sentado en la sala de su casa, en un sillón que recogió abandonado en la calle, cubierto por una sábana de flores.

“Extraño botarme al río, coger aguacates, sembrar la tierra; pero sé que ya no volveré al campo”, dice, con nostalgia el hombre, quien fue el primer excombatiente en el país en terminar su proceso de reintegración y que prefiere que no se mencione el nombre con el que lo bautizaron, porque todavía teme.

“Llámeme Rafael o como sea, igual, lo que importa es mi historia”.

Vive en un barrio de invasión en una pequeña loma de Floridablanca, un municipio vecino de Bucaramanga, en Santander. Se llega por un camino de barro que sale de una carretera principal y que se bifurca en varios callejones, donde jóvenes fuman basuco y marihuana, día y noche. Hay pequeñas tiendas que venden desde pollos frescos, hasta cerveza, y por el aire se cruza una telaraña de cables por donde llega la luz y la televisión a las casas. Él mismo levantó su hogar. El piso es de tierra, tiene columnas de troncos, paredes de lona verde, de la que se usa para construcción, y techo de lata, que cuando llueve suena como si cayeran meteoritos, y calienta como un horno cuando hace sol. La casa tiene una sala

que se confunde con la cocina; dos cuartos, cuyas puertas son otras sábanas de flores, y un patio donde crecen dos árboles de limones y tres de guayaba y dos matas plátano, que le recuerdan de donde viene.



El primer hombre en terminar la ruta de reintegración y ser certificado por la ACR, camina por las calles de un humilde barrio en Floridablanca.

Mientras habla, sus dos hijas menores lo abrazan y lo besan. *“Ellas no saben toda mi historia, tal vez, la sepan algún día”, dice, mientras su esposa, que está preparando el desayuno en una estufa de cuatro hornillas, lo escucha de lejos.*

Es un hombre pequeño, flaco, hecho casi solo de músculos y huesos. A sus 42 años tiene ya arrugas y del esternón le baja una cicatriz, en forma de línea férrea, hasta la ingle.

“Es terrible cómo me cambió la vida, yo no compraba ni plátanos ni frijoles, qué va a comprar uno eso en el campo, en cambio, aquí toca comprar hasta el agua”, cuenta, mientras mira al patio y recuerda que cuando llegó sembraba yucas para no olvidar de donde venía.

Del campo a la guerra

Toda la vida fue un campesino. Lo recibió una partera en una finca que su papá había comprado, por 700 pesos, a cuatro horas en mula de San Pablo, un caluroso pueblo de Bolívar. Fue el tercero de siete hijos, pero el primer varón de su familia, que se convirtió a la Iglesia Adventista del Séptimo Día, que tenía un templo en esas alejadas veredas.

Su vida de niño era madrugar, ordeñar, estudiar, limpiar potreros, comer y dormir cansado. Sus primeros años transcurrieron en esas 60 hectáreas de tierra que tenían, un poco áridas donde sembraban plátano, yuca, maíz y piña. No comía carne porque la religión de su familia lo prohibía, y sufría de anemia aguda y desmayos. Estudió hasta quinto de primaria, en una escuela donde se apretaban todos los niños en un solo salón, de primero a quinto. Desde niño escuchaba hablar de la guerrilla, eran como historias de fantasmas del campo, pero no los vio sino hasta los 10 años, cuando llegaron con sus fusiles a la finca, a pedir comida y dormida.

Después supo que eran de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Invitaban a reuniones políticas, pero su padre no asistía diciendo que por su

religión no se metía en esos temas. En esos tiempos apareció también la coca. Los vecinos comenzaron a sembrarla, pero su papá tampoco comulgaba con eso, no solo por considerarlo malo sino por su religión. Eso fue una maldición para ellos. No volvieron a sentirse tranquilos entre fusiles y “narcos”.

Pasaron cinco años y su papá, desesperado por las visitas de la guerrilla y por la proliferación de la coca entre sus vecinos, se fue un día a buscar una nueva tierra y volvió con la historia de que había visto una, en el sur de Santander, donde crecían plátanos y yucas inmensas, y los aguacates se caían de los árboles. Vendió entonces la finca y las 32 reses que tenían por 1.200.000 pesos, y se fueron. Ese fue su primer éxodo.

Ya tenía 15 años. Cruzaron en ferri el río Magdalena y viajaron 12 horas en un camión, con ropa, bestias, mulas, pollos y gallinas, y hasta con las semillas que sacaron de la finca, en bolsas, para sembrar en la nueva tierra.

Recuerda con nitidez que llegaron el 28 de julio a las 2:00 de la mañana a su nuevo hogar, un caserío llamado El Guamo. Era una finca pequeña, fría, con solo dos potreros y cuatro hectáreas de cacao, que ni siquiera estaban produciendo. Pequeña, pero muy productiva. Menos tierra, pero muy fértil. A su papá le dijeron que era una zona en paz, pero a los ocho días llegaron unos guerrilleros a la casa a preguntarles por su pasado.

“Eso estaba lleno de guerrilla”, se queja.

La historia se repetía. De nuevo, la excusa de la religión les permitió que no los molestaran por un tiempo. Entonces, se dedicaron a trabajar la tierra todos los días, menos los sábados, día de culto, para pagar los 450.000 pesos que debían del terreno.

Pero al año se desató una guerra en la región. En San Juan Bosco, un pueblo vecino, las FARC mataron a dos campesinos y sus familiares, enardecidos, decidieron levantarse contra ellos, tomaron sus escopetas, les tendieron una trampa y mataron dos guerrilleros. Todo ese caserío se armó y la guerrilla no volvió por allá. La historia del ataque se convirtió en leyenda, se extendió por las veredas y comenzaron a formar un grupo de Autodefensa que llamaron ‘Los Sanjuaneros’.



Rafael trabaja cortando pasto, pero sueña con cambiar de empleo.

“Se daban plomo duro; yo oía los combates -cuenta-. La guerrilla mató a unos porque les ayudaban a los otros y los otros mataban también a campesinos, dizque porque le estaban ayudando a la guerrilla. Pero mire, como siempre, ¿A quiénes mataron? a inocentes, a campesinos”.

Así, a los 16 años, empezó a ver muertos. El primero fue un vecino que les regalaba leche. *“Mi papá ayudaba a hacer los ataúdes con cuatro tablas cortadas a machete. Había muertos de la guerrilla y los otros”,* recuerda. Sus vecinos comenzaron a huir. Se iban de noche, para que nadie supiera y dejaban hasta las gallinas botadas. Ellos se quedaron casi solos, con pocas familias. Por el temor a que lo reclutaran, se fue a raspar coca a San Pablo, donde había nacido, pero se aburrió de esa vida y regresó como a los 19 años a la vereda. Ya para entonces solo mandaban ‘Los Sanjuaneros’. La zona quedó dividida. Del otro lado del río Opón estaba la guerrilla y donde ellos vivían, reinaban las autodefensas.

Se fue a vivir con una profesora, tuvo una hija, y en un terreno vecino de la finca de sus padres hizo una casa y comenzó a sembrar la tierra. ‘Los Sanjuaneros’ se convirtieron en Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), más organizados y con mejores armas, y los comenzaron a llamar ‘paras’. Por años, la región parecía estar en calma, pero la guerrilla cruzó una madrugada el río y mató a dos habitantes.

Era el 2001. Los ‘paras’ acusaron a la vereda donde él vivía de no colaborarles y desde ese momento todos fueron obligados a prestar guardia, con sus propias escopetas de carcería. *“Vi hombres de 50 años patrullando. Llegaban de la finca a las 6:00 de la tarde a prestar guardia y en la mañanita volvían al trabajo. Todo el mundo quedaba ‘pintado’ como ‘paraco’. Tenían miedo, pues ya en adelante no podían tener una vida normal”,* cuenta.

A ellos los reunieron y les dijeron que tenían que colaborar. Él levantó la mano y dijo que se iba con ellos si no se metían con su padre y sus hermanos. Su papá lloró y su esposa guardó silencio.

“Para mis padres eso era terrible, religiosamente eso era condenable, compartir con gente que mata gente, eso no está dentro de su cabeza, pero lo hice por mi familia, ya no había más opción. Era eso, o todos en la guerra, y yo era el hombre mayor”, dice.

Y se fue. Recibió instrucción militar, aprendió a manejar armas. Al principio, iba una semana y volvía a su casa, como si nada. Trabajaba en la finca y regresaba. Manejaba un radio y daba información de lo que pasaba alrededor.

“A uno se le hace un nudo en el corazón, pero bueno, con el tiempo uno entra en el adoctrinamiento y uno piensa, toca darle duro a los ‘guerrillos’ para que no nos jodan”, recuerda. El grupo comenzó a tener más dinero, a manejar coca en la región y hasta les pagaban. Él se fue metiendo más a fondo y se la pasaba patrullando pueblos, en camionetas, con sus compañeros armados. Donde llegaban, les temían y les servían. Hacía operaciones y estuvo en varios combates.

“Yo era ‘jarte’ que ‘jarte’, a uno se le daña el casete, los sentimientos, uno empieza a perder los valores, el amor por la familia”, dice.

Con el tiempo, la zona quedó otra vez en manos de los ‘paras’, todo comenzó a estar más tranquilo, pero no volvió a su casa y se fue con

ellos, al bloque Norte, en la Costa, en busca de nuevas batallas. Es prudente en hablar de lo que vio, lo que hizo, lo que vivió. Dice que sabe que no está bien, que se ven cosas terribles. Ya ha superado las pesadillas, pero lo acompañaron por años.

Pasaron cinco años, sumergido en ese mundo, y el 7 de marzo del 2006 llegó a su fin. Se desmovilizó en un acto grande, con otros 300 combatientes de las AUC, en el corregimiento de El Copey, en el Cesar, dentro del proceso que adelantó el gobierno de Álvaro Uribe. Volvió a la finca esperando dejar atrás esa vida, pero nada volvería a ser igual. Mientras estuvo en ese grupo, dejó en embarazo a una mujer del pueblo, a quien conocía desde de niño. Su esposa lo sabía, pero lo aceptó. Ya no era el mismo. Retomó los cultivos de cacao y aguacate, pero tomaba cerveza seguido en el pueblo.

Cuando volvió, ya los pueblos vecinos, que separaba el río, vivían en paz. Podían cruzar de lado y lado. Hasta jugaban partidos de fútbol entre los dos pueblos. En la zona mandaban el Ejército y la Policía, pero algunos de sus compañeros siguieron en bandas, que traficaban con drogas.

A los meses, sus ‘amigos’ de guerra lo contactaron para ofrecerle un ‘empleo’.

“Me pintaron un negocio torcido, que trabajara con ellos, para vigilar cuando ellos vinieran con un cargamento de insumos para un

laboratorio. Les dije que no, porque después de las cosas terribles que vi, no quería saber de armas”, dice.

Los fines de semana iba a cursos en el Sena en el pueblo, especiales para excombatientes, y, por las tardes, cuando regresaba, se ponía a tomar cerveza. Un día de esos de julio regresaba borracho a su rancho, junto con un desmovilizado al que le había dado trabajo en la finca. Eran las 9:00 de la noche y lo llevaba en hombros. A unos 150 metros de la casa entre unos árboles, vieron unas sombras. Eran dos hombres, los mismos que les ofrecieron el trabajo en la banda. Apenas pasaron, les dieron, a cada uno, un tiro por la espalda.

“Mi compañero apenas pujó y no hizo nada más, murió ahí mismo. A mí, el tiro me entró pegadito a la columna, en medio de dos costillas. Eran cosas del destino”, cuenta. Se buscó en la cintura un arma, pero no tenía nada. Maldijo. Intentó pararse, dio tres pasos y cayó. Entonces, gateó hasta su casa y se quedó tirado en el patio, esperando la muerte. “No podía gritar. Solo pensaba en mi mamá y en mi hija, ‘juemadre’ me mataron estos ‘hijue’...”.

Aparecieron unos vecinos que oyeron los tiros. Llamaron a la ambulancia del pueblo y lo subieron. Fue un viaje largo al hospital de Barrancabermeja, a unas cuatro horas. Despertó en la tarde del día siguiente. Se tocaba las manos, los pies, para sentir que estaba vivo. Se miró el estómago y se encontró los puntos de la operación que le había salvado la vida.

“Me fui a mover y parecía que se me salían las tripas”, recuerda, y dice que solo pensaba en vengarse. La bala le había afectado el hígado y los pulmones y tenía hemorragia interna. En ese tiempo pensó en comprar un arma, pero un amigo le hizo cambiar de opinión. Le dio información a la Policía y capturaron a los implicados y los condenaron. Eso lo hizo huir. “Ya después de eso no volví a mi casa, y el sueño de la finca llegó hasta ahí. Me quedé en la ciudad y dejé el campo”.

La vida en la ciudad

Toma un sorbo de café con leche, acaricia a sus hijas y retoma su historia. Cuenta que ya en la ciudad todo cambió.



Adaptarse a la ciudad no fue fácil para Rafael, quien prefiere mantener en secreto su historia, para no ser víctima de rechazo.

“Eso es estrellarse contra el muro. Uno está acostumbrado a ser muy formal, a saludarse y aquí se tratan a las patadas”, dice y retoma la historia.

Salió del hospital y viajó a Bucaramanga, a donde unos familiares. Como no estaba recuperado del todo y no podía trabajar, vivía de lo que le daba el Gobierno por desmovilizarse, como unos 400.000 pesos. Le alcanzaba para sobrevivir, pero se aburría sin trabajar, lejos del campo. Fue a una iglesia evangélica por consejo de su hermana. Al comienzo lo pensó, pues nunca fue de ir a templos, y terminó yendo a un culto y se convirtió.

“Si no morí en el atentado es porque Dios lo quiso así, porque cosas grandes vienen y cambié. Dejé el trago y dejé de portarme mal. Yo era fuerte de palabra con las personas que quería”, cuenta. Vinieron más cambios. Su esposa lo acompañó un tiempo, pero él le confesó que estaba enamorado de la mujer del pueblo, que ya había dado a luz a una hija de él, y se separaron.

Ya era el 2007. Su nuevo amor dejó la vereda y se vino con él a la ciudad. No querían vivir arrimados, ni pagar arriendo. Se enteraron de un terreno que un grupo de personas pensaba invadir y allí se tomó un lote y armó un rancho. Con él había desde campesinos, desplazados, hasta ‘avivatos’, que ya tenían casas y fincas. La Policía le destruyó el rancho en un desalojo, pero lo volvió a armar, hasta que los dejaron

tranquilos. Hay jóvenes, día y noche, fumando marihuana y basuco en sus callejones de tierra.

“Yo hice un pacto con mi señora, que yo trabajaba y ella se quedara cuidando las niñas, porque no las podemos dejar solas acá”, cuenta. La vida en el asfalto no era fácil. Los carros, la gente, el ruido, pero, sobre todo, el miedo. Caminar por la calles en un comienzo, no le era fácil. Veía para todos lados y pensaba que lo rodeaban enemigos. Caminaba una cuadra y volteaba a mirar a ver quién lo iba siguiendo.

Empezó a ir a las oficinas de la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR) y continuar su proceso. *“Al centro de servicio llegamos de izquierda, de derecha, torcidos –se ríe un poco–. Eran ‘paracos’ pa’ acá y los ‘guerrillos’ pa’ allá. Pero escuchándonos, nos dábamos cuenta que todos veníamos del mismo lado”.*

Recuerda que lo que más le impactaba era ver a los lisiados, que llegaban sin una pierna y sin una mano. Agradecía a Dios por estar completo. Se la pasaba en charlas, de crecimiento personal, de cómo triunfar. Al comienzo, no entendía mucho, pero recuerda que todos iban, juiciosos, porque si no cumplían no recibían el dinero del programa. *“Uno llega con muchas cosas en la cabeza, y eso le suena a uno al comienzo como perdedera de tiempo, pero después va cambiando”,* dice.

A veces, realizaban visitas a parques, a lugares públicos en grupo, pero les daba pena. No les gustaba que la gente los señalara como desmovilizados. Siempre fue puntual a las

Quiere conseguir un trabajo como mecánico, para eso, sigue estudiando.



citas. Había unos que no volvían, unos pocos porque conseguían un buen trabajo, pero la mayoría, porque eran tentados por las bandas armadas.

“Como fuimos los primeros, éramos un experimento, hubo mucha desertión, muchos se aburrían y las ofertas de trabajo en la parte ilegal llovían. Muchos de los que se regresaron murieron, cayeron en combates o en redadas del Ejército”, comenta, pero agrega que así como muchos se perdieron de nuevo en la guerra, hubo otros que se perdieron en el vicio, en las drogas.

“Hay gente que sale sin familia y no tiene un soporte para cambiar, la familia tiene una motivación

especial. Para mí es muy importante la familia, pero también yo soy importante”, dice.

La primera lección que aprendió fue que tenía que capacitarse, que lo que sabía del campo no le iba a servir mucho en la ciudad. Validó el bachillerato y en seis meses se graduó. Reconoce que no es que haya aprendido mucho, pero eso le comenzó a abrir puertas, porque siempre pedían que fuera bachiller.

“Uno va ampliando los conocimientos y cambiando la forma de pensar, de ver las cosas –dice–. La desmovilización es colectiva, pero la reintegración es muy personal”.

Ya con sus fuerzas en el cuerpo empezó a buscar trabajo. El primero fue de ayudante de construcción en una carretera. Apenas se le acabó el contrato, pensó en cumplir el sueño que tenía de ser mecánico. Era una idea que le había metido su padre de niño, que siempre le decía que cuando tuviera plata le iba a dar un curso de mecánica, y él, que casi ni conocía los carros, soñaba con desbaratarlos.

Entonces, con ayuda del programa se inscribió en un curso del Sena para estudiar motores Diesel y se puso a trabajar en un taller, donde le pagaban 80.000 pesos por semana, por limpiar baterías y alternadores. Ganaba poco, pero aprendía. Si no fuera por la ayuda del programa, no sobrevivía.

El estudio se le convirtió en una obsesión. Se metió a cursos de Operador de Minicargador, de Soldadura, de Administración, de Informática, y hasta de Power Point. Estudiaba hasta los domingos, sin importar que no descansara. Pero recuerda que uno de los sitios donde más aprendió fue en 'El amor nos une', un humilde comedor infantil de Girón, donde realizó las 80 horas de servicio social, que le exigía el programa de reintegración. Allí, cocinaba y les daba el alimento a los niños en la boca. *"Eso me sirvió mucho. Te enseña que uno tiene que servir y que hay que hacerlo con amor. Los niños le hacen a uno retroceder el casete y pensar en la infancia de uno"*, cuenta.

En el trabajo de mecánico estuvo ocho meses, porque la paga se le iba casi en el transporte, pues tenía que tomar dos buses para ir al

trabajo. Entonces renunció para buscar un empleo más cerca. Se presentó a una empresa de aseo, con su hoja de vida. Era un trabajo similar al que hacía en el campo. *"Sabía que ese puesto era mío, porque yo tenía 20 años de experiencia tirando guadaña en el campo. Me emplearon. Gente como nosotros, estamos entrenados pa' eso"*, se ríe.

En su trabajo, nunca ha contado su verdadera historia. Dice que si la gente supiera que estuvo en la guerra antes de conocerlo, lo rechazaría, pero que ya ahora lo entenderían, porque saben que es un buen trabajador. *"La visión que tienen en el país del desmovilizado es el descuartizador, el matón, el ogro... Bueno, hay personas que hicieron eso, pero para muchas eso era una máscara para que no se les vieran las debilidades... el más malo de todos merece una oportunidad, así algunos no la aprovechen"*, reflexiona.

Tras seis años de estudios, vio los frutos el 19 de julio del 2012, cuando se graduó como el primer reintegrado que cumplió satisfactoriamente, con el programa en todo el país. Fue el único que cumplió todas las horas y cursos del programa. Para la graduación vino su familia del pueblo, y estuvo el director general de la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR), Alejandro Éder, y funcionarios de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). Pronunció un discurso que escribió durante varias noches, en el que resumía su historia, dio entrevistas a medios y recibió aplausos y promesas de trabajo de los políticos locales, que no le cumplieron.

Esperando una oportunidad

El hombre sin nombre suspira hondo, mira los árboles del patio de su casa y dice que pensó que después del grado venían grandes cosas, pero no fue así. Lo que sí ocurrió es que dejó de recibir el dinero de la ayuda del Gobierno y, desde entonces, tiene que sobrevivir solo con lo que gana. Pero no se queja y dice que está acostumbrado a trabajar.

Estudia ahora una Tecnología de Motores en el Sena de Girón, y mientras le sale un nuevo trabajo sigue cortando pasto, embutido en un traje verde, en calles y parques. Su día empieza, como lo hacía en la finca, a las 5:00 de la mañana, cuando camina rumbo al trabajo, y termina a las 10:00 de la noche, cuando llega en bus a casa de estudiar. Pero no se acuesta sino a la medianoche, luego de hacer las tareas. Así es su rutina de lunes a sábado.

Su situación jurídica le preocupa. Lleva nueve años esperando su condena. *“Estoy en el limbo, no sé si al final de todo tenga que ir a la cárcel ¿Y con mi hoja de vida manchada cómo voy a trabajar?”*, se pregunta, pues no cree que sirva de algo la cárcel para los que vuelven de la guerra. Piensa que sería mejor que hicieran un trabajo social, para que devuelvan el mal que hicieron. *“Muchos mataron a policías, soldados, civiles, a ¿qué los van a mandar a una cárcel? ¿A volverse más malos allá? Póngalos a trabajar”*.

Su experiencia es valiosa para los nuevos desmovilizados. A veces lo invitan a contársela a los nuevos reinsertados. *“Ellos están cerrados a su mundo y eso no se puede cambiar de un día para otro, pero uno les habla y ellos entienden, hablamos el mismo dialecto, Les digo que el cambio es personal y que toca aprovechar las oportunidades que les den”*, dice.

Mientras se toma un sorbo de café con leche, habla de la paz. Piensa que mucha gente opina que es mejor la guerra y que no se puede perdonar, pero no han vivido el conflicto.

“No saben qué es vivir eso, aquí todos somos víctimas del mismo conflicto”, dice, y agrega que se puede vivir en paz, como en los pueblos donde creció que se dieron bala y ya viven tranquilos. *“Todo puede cambiar, ya no tengo pesadillas y puedo vivir tranquilo”*.

Su vida es trabajar y velar por su familia. Ya tiene tres hijas y un hijo. Una con su primera compañera y dos con la que comparte ahora su vida, que también tiene un hijo que él considera suyo. Sueña con tener una casa mejor y dice que para el barrio hay un proyecto de construir un conjunto, pero no se hace muchas esperanzas.

“Estoy sin plata pero tranquilo, sin miedo; el miedo que existe en mí es el miedo que todos tenemos, el miedo escénico, a hablar con la gente, a compartir, el miedo a triunfar”, asegura.

Espera conseguir un buen trabajo, ojalá en una gran empresa de carros y cumplir su sueño. Teme que por su edad, prefieran a otros. *“Uno tiene que ser realista, uno que nunca vio un computador tiene que hacer un curso de 40 horas para saber cómo se prende”*, comenta, y agrega que siente que a los empresarios les

ha faltado apoyar más el proceso. *“Tal vez a algunas personas les han dado buenas oportunidades y han quedado mal, pero no me las han dado a mí. Necesito una oportunidad, estoy seguro que tengo la actitud para enfrentar los retos, para comportarme como un ser humano mejor, como el que está ya en la sociedad”*.



Otro de sus sueños es tener una vivienda de mejores condiciones, para que su familia esté mejor.

Mira su casa de madera y tela y los árboles de guayaba, y dice que es feliz, así ya no tenga el río de su pueblo, ni monte en mula por las montañas. No lo duda. *“El hecho de estar vivo es una gran oportunidad, eso es suficiente. El hecho de tener una familia es una gran oportunidad, no es con las mejores comodidades; pero, bueno, ya vendrá un buen trabajo. Por ahora, lo que más tengo para ellos es mi ejemplo y mi amor”*.

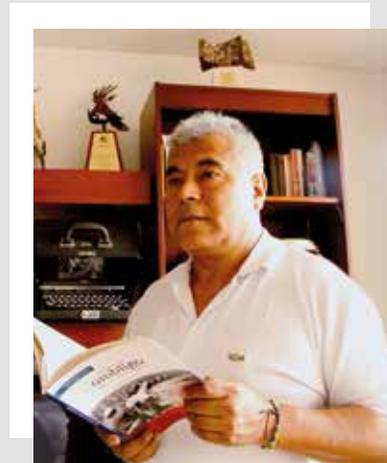




crónica

3

Buscó refugio en la
medicina indígena



José
Navia
Lame

(Popayán, Cauca, 1959).

Comunicador Social-Periodista con especialización en Periodismo Urbano de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Tiene 30 años de experiencia en la elaboración de crónicas y reportajes, y diez años como docente de pregrado en diferentes universidades y de la Maestría en Periodismo de la Universidad del Rosario-Publicaciones Semana (Bogotá). Algunos de sus trabajos han recibido galardones como el Premio Rey de España (2007); Premio Excelencia Periodística de la SIP (2007); Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar (2010); Premio Nacional de Crónica y Reportaje de la Universidad de Antioquia (2000); y el Premio Nacional de Periodismo del CPB (1992,1996, 2013). Parte de su trabajo lo ha realizado en zonas de conflicto. Es autor de 'Historias nuevas para la ropa vieja', 'El lado oscuro de las ciudades', 'Confesiones de un delincuente' y 'La fuerza del ombligo', 'Crónicas del conflicto en territorio Nasa'. En la actualidad, es tallerista de Consejo de Redacción, y catedrático de la Universidad del Rosario y colabora con la revista Soho, Publicaciones Semana y la agencia de noticias Colprensa.

Alfonso (*), un exguerrillero de raíces ancestrales indígenas, extraña tanto las costumbres de su pueblo que se ha arriesgado a viajar a la zona de donde desertó. Es indígena y clama por una atención diferencial para los desmovilizados de su raza. Esta es su historia.

(*) Nombre cambiado por solicitud del protagonista.

A este hombre lo llamaremos Alfonso. Dice que si la guerrilla llega a saber dónde se encuentra, es muy probable que lo mande a matar. Hay algo que ese grupo no le perdona: la noche en la que se presentó ante el comandante del Cuartel de Policía, en un pueblo incrustado en la cordillera Central, entregó la subametralladora que la guerrilla le había asignado como dotación, *“una mini uzi muy bonita”*.

Por eso, no quiere que aparezca su nombre. Tampoco quiere fotos que permitan identificarlo: *“De pronto algunos detalles, pero que no se me vea la cara”*. Por la misma razón, fue un tanto difícil convencerlo para que diera su testimonio; y quizá por el mismo motivo, incumplió las primeras dos citas.

Sin embargo, esta mañana de domingo luce tranquilo, mientras nos tomamos un tinto para espantar el frío en una cafetería de barrio, en un extremo de la ciudad.

Alfonso es indígena. De apariencia similar a la de cualquier colombiano de las montañas del sur del país: trigüeño, pelo lacio, ojos achinados, espalda ancha y manos gruesas. Es cauteloso y habla en tono pausado.

La cita era a las 8:30 a.m., en una parada de autobuses del barrio; pero el conductor desvió el camino dos cuadras antes y tomó la ruta de regreso.

“No se puede subir, está cerrado. Aquí se pueden bajar”, gritó el chofer del bus desde su asiento.

“Es que arriba hay un muerto”, dijo en voz baja alguno de los pasajeros, en medio de la monotonía que comenzó a descender del vehículo. *“Deben de haberlo matado esta mañana”*, dijo otro.

Desorientado, le marqué a Alfonso al celular.

El hombre contestó de inmediato.

¿Dónde está?”, preguntó.

“En la calle tal, junto a una cafetería grande que hay en una esquina. Enfrente venden tamales”, le dije.

“Aaaah, eso es aquí cerca ¿Vino solo?”.

“No señor, con el fotógrafo, como habíamos quedado”, le respondí.

“Bueno, acá hablamos. Espéreme en la cafetería, que yo no me demoro”, me dijo, y colgó.

Unos ocho días antes me había reunido con él en una cafetería del centro, para explicarle que lo quería entrevistar para que me contara cómo había sido su vida de desmovilizado desde aquella noche en que dejó las armas.

Ese día acordamos que hablaríamos en su casa, porque ahí había mayor privacidad. Además, quería mostrarme una huerta de plantas medicinales en la que ya tenía más de 40 especies.

Después de tomarnos el tinto, ya en la calle, de camino al asentamiento ilegal donde vive con su nueva pareja, Alfonso dijo que, seguramente, el muerto se debía a la 'limpieza' que algunos grupos hacen en este sector.

“A veces aparecen de a uno, de a dos por ahí tirados, y esos no salen en las noticias”, dice. “En estos barrios vive mucho desmovilizado de todos los grupos –agrega–. Hay ‘paras’, guerrilla, y a veces esto se calienta porque también hay mucho ladrón y mucho vicioso. Por aquí no se puede dar papaya”, me dijo, mientras caminábamos por un callejón estrecho que desemboca en el comienzo de la invasión, más allá de una quebrada de aguas turbias en la que Alfonso cuenta haber pescado truchas con un anzuelo.

A partir de ese punto no hay calles, sino un camino fangoso cubierto, en algunos trechos, por desechos de demolición triturados. El camino se empina más adelante. Se torna agreste. A lado y lado se ven ranchos de madera y zinc y algunos lotes desocupados y también algunas construcciones en ladrillo, a medio terminar.

“Mi rancho es de los más grandes”

A medida que se asciende, más ranchos se aferran a la montaña. Aquí, la necesidad de tener un techo genera peligrosos milagros de albañilería sobre los barrancos. Los más atrevidos le echaron el segundo nivel, en un armazón de madera.

La vivienda de Alfonso es de un piso. Paredes de madera y techo de zinc. *“Este es mi rancho”,* anuncia Alfonso con cierto orgullo cuando llegamos a un plancito, al final de una cuesta por la que se sube siguiendo un sendero jabonoso. Comenta que hay otra entrada más amplia, por la que, incluso, cabe un carro, pero el trayecto es más largo.

El lote le costó un millón de pesos;

pero solo la posesión, porque en este territorio nadie tiene escrituras. Cuenta que, además, quienes urbanizaron estas montañas vendieron los mismos lotes a cuatro y hasta cinco personas; y al que pedía que le devolvieran la plata lo amenazaban y le tocaba irse. *“Con esa gente es mejor no meterse”,* expresa.



Alfonso, desde su rancho, mira los barrios de la ciudad. Extraña su pueblo indígena y, algunas veces, se ha ido a visitar a su familia, así las condiciones de seguridad no sean buenas.

Para subir el trasteo les tocó, a él y a su mujer, cargar los corotos a la espalda a lo largo de unos 400 metros, pues en ese momento no había vías. Sin embargo, cuando los vecinos los vieron empujar por la pendiente, corrieron a ayudarles.

Formaron una hilera, como de hormigas, y en cuestión de minutos había desocupado el camión que le prestó un amigo.

Las vías las abrieron los habitantes, meses después, a pico y pala. Pero llegó el invierno, entonces, les regaron los residuos de las demoliciones para dejarlas medio transitables. Aun así, buena parte de los hombres usan botas pantaneras, y las mujeres cargan en una bolsa los zapatos más presentables y se los ponen cuando pisan la primera calle pavimentada.

El lote de Alfonso tiene 8 metros de frente, por 15 de fondo. *“Es de los más grandes”*, dice. Tiene un espacio adecuado como sala comedor, aunque solo hay un comedor desvencijado; la alcoba principal, hecha con láminas de una división de oficina, y otra pieza donde guarda algunos de los objetos con los que ejerce la medicina indígena.

En la parte de atrás hay una cocina y una huerta desde donde se ven, abajo, a lo lejos, los techos de los últimos barrios legales de la ciudad. Tiene un gallo, cinco pollas y tres gallinas que cacarean por ratos.

Alfonso se mete a la huerta para enseñarnos las plantas: *“Esta es la mata de cacique –dice, señalando una pequeña planta de flores blancas que apenas sobresale un poco del*

pisó–. Es misteriosa y se usa para curar varias enfermedades. Allí está “El lechero”, que sirve para desinfectar; ese es “El sígueme”, que sirve para poner de buen humor a una persona si usted quiere hacer un negocio con esa persona”.

De una en una, Alfonso va enseñando las plantas con las que comenzó a ganarse la vida desde que le curó los males al dueño de una empresa de confecciones donde trabajó como tachero, patinador, fileteador y planero.

Fue el propietario de la fábrica el que lo abordó una mañana, intrigado por el carácter reservado y la procedencia indígena de Alfonso:

“Oiga, usted que es indígena debe saber de remedios con las plantas”.



Alfonso prepara medicinas indígenas. Tiene clientes que van a buscarlo hasta su rancho para que les cure los males.

“Pues un poquito”, le respondió él, acordándose de las enseñanzas de su padre y de sus tíos, allá en la cordillera, donde ellos tenían fama de saber aliviar los males con pócimas hechas con las plantas de la montaña. Él los acompañaba en sus excursiones por los montes en busca de las plantas y así fue aprendiendo.

“Y de qué está enfermo”, le preguntó Alfonso.

El hombre le dio los síntomas y Alfonso se le apareció a los pocos días con una botella del remedio que preparó con hojas de coca y otras yerbas.

“Tómese un vasito en ayunas durante ocho días”, le dijo Alfonso.

A los ocho días, Alfonso se había ganado el cielo. El dueño de la fábrica se lo llevaba para que le ayudara a entregar pedidos. *“Me invitaba con mi mujer. Nos íbamos en el carro y nos gastaba unos almuerzos muy buenos”.*

Le entregaron la Mini Uzi

El hombre nunca supo que Alfonso había sido guerrillero. En realidad, ninguno de sus anteriores patrones supo gran cosa de su pasado. Cuando se entregó, allá en las montañas del sur del país, también enterró esa parte de su vida.

“Yo había comenzado en la guerrilla por pura curiosidad. Los iba a escuchar en las reuniones que hacían en el pueblo. Allá nos explicaban por qué peleaban, hablaban de política y yo me la pasaba allá de puro curioso y cuando me di cuenta, como a los dos años, ya me trataban como miliciano”, dice Alfonso.

Los muchachos —explica Alfonso— entran a la guerrilla por muchas razones. No siempre los reclutan a la fuerza, como dice la gente. Algunos entran porque los invita un amigo, y los convencen; otros, porque les gusta el equipo, la dotación o porque tienen problemas en la casa o en el pueblo.

“Yo entré por andar curioseando en las reuniones. Un día me dijeron que yo era miliciano, que si necesitaba dotación. ‘No. Todavía no, les respondí’”, cuenta Alfonso. Acaba de pasar una leve llovizna y las gallinas cacarean en la parte posterior del rancho.

Un jefe guerrillero le dijo que tenía que estar pilas todo el tiempo: *‘Tiene que estar en la jugada en los caminos e informarnos por dónde entra el Ejército’.* Alfonso dice que le daban por tiempos un celular o un radio.

En esas se la pasó casi cuatro años. Hasta que por fin le dieron una Mini Uzi y la dotación. *“Yo me iba a hacer polígono. Era chévere. Me gustaba porque, como antes cazábamos venados por allá en el páramo, ya sabía cómo disparar”, dice.*

Alfonso tenía que estar listo por si le tocaba apoyar con su Mini Uzi a los guerrilleros de la montaña. Además, se movía fácil en la zona, pues trabajaba en una escuela rural y tenía carro.

El vehículo lo había comprado con lo que le dejaba un cultivo de amapola que sembró en la parte alta del resguardo, y que lo puso en la mira de la autoridades.



“Para el año 2000, el Ejército comenzó a acosar mucho por allá. A la guerrilla y al narcotráfico. Y cuando me di cuenta, ya andaban a la pata mía; así que yo dije: ‘Mejor me entrego.’. Además, la guerrilla ya me había amenazado porque dejé de ir a las reuniones”, cuenta Alfonso.

Esa misma tarde, con la hermana, le mandó razón al comandante del puesto de Policía. *“Dígale que se venga tranquilo, que acá nosotros lo recibimos; que no le va a pasar nada”, le dijo el oficial a la hermana de Alfonso.*

“Como a las seis de la tarde comencé a alistar mi maletín y llegué de noche a la estación. Allá, me recibieron el arma, y al otro día me mandaron en un bus para otra ciudad. Llegué a la estación principal de la Policía. Me atendieron muy bien. Me daban desayuno, almuerzo... había otros diez desmovilizados de Nariño y del Cauca”, agrega.

“Después de un mes de investigaciones sobre quién era yo, me mandaron para un albergue en otra ciudad. Estuve en varios. Siempre nos tenían revueltos. Había ‘paras’ y guerrilleros. Venían del Chocó, de Nariño, del Cauca, de la Costa. En un solo albergue se juntaban hasta 50 desmovilizados, pero a mí me dieron una piecita, porque andaba con mi esposa y mis hijos, una parejita de 10 y 12 años”, dice.

Mataron a cinco compañeros

Alfonso entró a estudiar junto con otros desmovilizados. Debía terminar la primaria. Él y su familia vivían con el dinero que les entregaba el Gobierno; pero, a los pocos meses, su esposa y sus hijos se devolvieron para el pueblo y a él le tocó buscar mayores ingresos.

Un amigo le consiguió trabajo en una fábrica de sahumeros. Pero el lugar estaba ubicado en las afueras de la ciudad y comenzó a faltar a los talleres con la psicóloga. Por esa razón, el Programa para los desmovilizados le suspendió la mesada.

A los seis meses se retiró de la fábrica de sahumeros y, como pudo, se graduó de técnico en Ofimática. Después, gracias a una persona que dice haber conocido en la calle, se fue a trabajar en una finca, en un municipio vecino.

“Era una finca de ricos. El dueño tenía 150 caballos, había cámaras de video por todo lado. Allí la pasábamos bueno, pero como a los cuatro o cinco meses el amigo mío recibió la plata de la nómina y se voló. Me dejó botado y comencé a buscar otro trabajo”.

Mientras Alfonso intentaba reconstruir su vida sin acordarse de su pasado como miembro de un grupo insurgente, la guerrilla; los paramilitares y el Ejército libraban una lucha en buena parte del país para consolidar su poder en zonas estratégicas.

En el sur de Colombia, la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), después de la toma a la base militar del cerro Pastascoy, en diciembre de 1997, comenzó a subir por el río Guamués hasta las veredas ubicadas a orillas de la laguna de La Cocha, a unos 30 kilómetros de Pasto. Poco después llegaron los paramilitares a disputarle esos territorios a la guerrilla. Los campesinos quedaron en medio de los dos bandos.

Algo similar ocurría en el Cauca, donde los paramilitares asesinaron, en abril del 2001, a unos 100 campesinos e indígenas en la región selvática del Naya. Simultáneamente, las FARC mantuvieron sus ataques contra guardaciones militares y fortalecieron su presencia, especialmente, en las zonas indígenas, en límites de Cauca y Huila.

Aunque se sentía lejos del conflicto, Alfonso tenía dos preocupaciones: la seguridad de su familia, a la cual no podía visitar por miedo a las represalias que tomara el grupo del que había desertado, y las angustias de conseguir dinero para enviarle a sus hijos.

Con los contactos que hizo en la primera finca, Alfonso logró ubicarse como obrero raso en otra hacienda. Allí dictaban clases de equitación, y a él le tocaba alistar los caballos. También, entre otros oficios, le tocó podar jardines y sembrar pasto.

Un día, el programa del Gobierno Nacional para los desmovilizados de grupos ilegales le informó que tenía que irse para otra ciudad para continuar sus estudios pero, además, por razones de seguridad.

Cinco compañeros suyos que habían dejado las armas fueron asesinados en distintos hechos. *“A uno lo mataron llegando a la casa; a los otros en su pueblo, cuando volvieron a visitar a su familia”*, dice Alfonso.

“Gracias a un amigo, también desmovilizado, llegué a vivir a una pieza en un barrio del sur; pero duré casi tres meses sin salir del frío tan berraco”, cuenta Alfonso. A los tres meses comenzó a trabajar en una fábrica de confecciones y prosiguió sus estudios de bachillerato. En ese momento ya convivía con su nueva pareja.

“Yo empecé pegándole taches a los yines. El patrón me enseñó. Al principio me ‘tachaba’ 800 pantalones en un día, pero comencé a subir a 1.000, 1.500. Me volví muy práctico, hasta que un día me ‘taché’ un dedo, ¡juepucha!, y me pasaron a patinador. Patinador es el que entrega las telas a las máquinas para que no pare el proceso. Después, hice un curso en el Sena por cuenta del programa para desmovilizados y ya manejaba la máquina plana, la fileteadora, el collarín”, dice Alfonso.

Fue en ese lugar donde el propietario de la fábrica le pidió que le preparara un remedio con plantas, porque se sentía desganado, sin fuerzas. Después de que Alfonso mejoró al patrón, comenzó a tener clientela de la misma fábrica.

“El Taita me enseñó”

Meses después, se retiró de la fábrica porque el patrón les aumentó los turnos hasta las diez de la noche y eso interfería con sus estudios. Entonces, comenzó a relacionarse con organizaciones indígenas y, así, conoció a un Taita del Putumayo que tenía mucho conocimiento de los secretos de las plantas.

Se hicieron amigos, y poco después el taita comenzó a enseñarle algunos de sus secretos, con lo cual Alfonso fortaleció sus capacidades como médico tradicional. Con el dinero que le dieron en la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR), Alfonso se surtió de plantas y otros insumos para preparar los remedios. Algunas plantas son costosas porque las traen de las selvas del Amazonas y del Valle de Sibundoy.

En los últimos meses, Alfonso se unió con otros tres médicos indígenas y tienen listo un proyecto para abrir un centro naturista basado en la medicina indígena.

Después de enseñarnos la huerta, Alfonso entra a la habitación principal en busca de la guitarra que le dieron en una actividad para minorías étnicas. En la pieza tiene la piel de anaconda que utiliza para algunas de sus curaciones, y un equipo de sonido conectado al televisor de 14 pulgadas. Le gusta la música campesina de guitarras y guacharaca, y aprendió a puntear algunas canciones para cuando vienen sus amigos indígenas o vecinos a pasar una tarde de domingo. “A veces preparamos chicha y mute y la pasamos rico”, dice.



Sus manos le han servido para trabajar en una fábrica de pantalones, pero ahora se dedican al cultivo de plantas medicinales indígenas.

Alfonso dice que a pesar de vivir en la ciudad, trata de mantener sus costumbres. Por eso, aprovecha esta entrevista para elevar sus críticas al proceso educativo que el Gobierno les da a los desmovilizados: “*Los indígenas deberíamos tener un trato diferencial en los cursos que nos dan y en toda la parte educativa; también en los talleres psicológicos. La parte psicológica debería atenderla un Taita, un médico tradicional nuestro, porque él sí entiende el pensamiento del indígena. Lo mismo pasa con la salud. Si uno es pobre, los médicos de acá solo le dan calmantes. Para que den buenos remedios hay que ser rico.*”

A pesar de las advertencias, en los últimos meses Alfonso ha ido a visitar a su familia a la cordillera. “*Entro y salgo rapidito del pueblo. Solo mi familia sabe que voy a llegar*”, dice este desmovilizado.



Los fines de semana tiene visitas, a los que recibe animado tocando guitarra.

“Extraño mucho el ambiente de mi pueblo. Allá uno respira tranquilo, a pesar de que tenemos problemas. La gente se ayuda, se presta las cosas... ¡Vecina, présteme media panela! Y si no tiene nada más, pues se va para la huerta y allá hay frijol, hay papa, hay plátano. En la ciudad todo toca comprarlo”, dice.

También extraña los partidos de fútbol en las veredas. *“Nos ganamos como tres copas. Jugábamos y después nos íbamos a tomar chicha; amanecíamos y seguíamos hasta el otro día. Los fines de semana siempre se mataba un pollo, un ovejo, una res, y se hacía mute”.*

A pesar de que las condiciones en las que vive no son las mejores, Alfonso dice estar feliz en

su rancho. Hasta este lugar llegan algunos de sus pacientes en busca de los remedios a base de plantas.

Sin embargo, tiene una preocupación. Hace poco la Alcaldía declaró estos cerros como zona de riesgo y les anunció que serán reubicados en viviendas de interés social. Dice que esas casas son muy pequeñas y allá no le caben sus enseres: una cama doble, dos nocheros, el mueble con un equipo de sonido y un televisor, y la mesa de comedor con unos butacos. *“Noooo, allá no caben”, repite.*

Pero su mayor angustia no son los chécheres, sino las gallinas, y, sobre todo, la huerta con las plantas medicinales. Eso es lo único que a veces le quita el sueño.





crónica

4

De soldador de armas a
cerrajero de sueños



Andrea
del Pilar
Barrero
Bríñez

(Cali, Valle, 1987).

Comunicadora Social-Periodista de la Universidad Autónoma de Occidente (Cali), y Especialista en Mercadeo de esa misma institución. Inició su experiencia laboral como periodista y, luego, como jefe de redacción en medios universitarios. Trabajó como reportera política, local y periodista de la sección Opinión en el periódico El País (Cali) (2009-2012). También fue coordinadora de la Oficina de Comunicaciones del colegio bilingüe Aspaen Liceo Tacurí (Cali) (2012-2013). Desde 2013 se desempeña como comunicadora y periodista regional en la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR), en el Eje Cafetero, y en los departamentos del Valle, Cauca y Nariño. En 2008 recibió mención de honor del Premio de Periodismo Alfonso Bonilla Aragón (Cali), y, en 2012, nominación en el Premio de Periodismo Regional Semana-Petrobras.



Se llama Arnulfo (*). Desde pequeño se acostumbró a trabajar, a ganarse la vida. Pero a la edad de 15 años, seducido por los deseos engeguedos de su adolescencia, tomó la decisión de irse con el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Allí duró seis años.

(*) Nombre cambiado por solicitud de los protagonistas.

– ¿Y aquí es donde haces las llaves?, le pregunté.

–No, si aquí no hay puerta –me respondió–.

–Sí, eso veo, pero ¿tú aquí no haces llaves?

–insistí–

–No, pero sí hago puertas, ventanas, rejas, portones (risas). También, arreglo tractomulas, motos. Bienvenida a mi taller.

Nariño. Montaña arriba. 2004.

“Éramos siete. Acabábamos de minar un terreno. Veníamos juntos, conversando, recochando, hasta que nos chocamos con unos 80 hombres del Ejército. Estábamos como a diez metros, frente a frente. Nos tenían rodeados. Los cogimos de una vez a plomo. Yo me tiré al suelo y en esas mataron a mi primo y a otros

dos compañeros. Los otros tres se fueron. Entonces, quedé solo. Yo daba vueltas. Lo que me salvó fue que quedé debajo de un barranquito. Levantaban tierra, pero yo seguía ahí metido. Me quedé quieto. En un descuido me pegué un correteo de un kilómetro. Ese día ‘pe- liamos’ como cuatro horas. Se nubló feísimo”.

Esa vez –cuenta–, se salvó de morir. Fueron tantas, que ya perdió el cálculo. Pero, si la guerra entrena para matar, en su caso, la guerra lo entrenó para sacar provecho de las oportunidades, para darse otro chance de vivir. Se llama Arnulfo (*) y duró seis años en la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (ELN). Hasta allá llegó seducido por los deseos engeguedos de su adolescencia y de una época perturbada por las carencias de un hogar numeroso. Tenía 15 años y ya un arma a cuestas. Cuarto

de primaria, un papá trabajador y una familia que lo adoraba.

Arnulfo nació en Iscuandé (Nariño) pero fue registrado en El Charco, un municipio cercano. Con seis hermanos, a muy corta edad, cuando tenía 9 años, afrontó la muerte de su mamá. Entonces, su papá asumió el rol de cómplice, de ejemplo. Les enseñó, desde pequeños, a trabajar, a ganarse la vida. Arnulfo era el consentido de su papá y, físicamente, el más parecido a él, aunque, eso sí, no le sacó la estatura. Mide 1.84 metros, es de tez negra y usa zapatos talla 42.

También, cuenta que ni él ni sus hermanos salieron perezosos para trabajar. La diferencia es que a él nunca le gustó estudiar. Alcanzó a terminar la primaria, a punta de regaños, de tareas mal hechas, de dictados mal escritos. Arnulfo lo acepta, no le da pena confesarlo, pero también se defiende: “¡No soy tan malo! Llevo bien las cuentas de mi negocio”.

Arnulfo camina con swing, le gusta el baile y arruga la cara a punta de sonrisas. Comparte cómo se recobra la felicidad después de haber estado en la guerrilla. Para empezar, busca sentirse cómodo. Agarra un lapicero retráctil entre sus dedos. Como si se tratara de un instrumento musical, lo hace sonar una y otra vez cada que lanza una respuesta. Parece que le estuviera marcando el ritmo a su propia historia.

No es fácil ponerle sabor y risas a un relato cargado de monte, de oscuridad, de aprietos. Pocas veces ha hablado sobre su pasado, y pocas personas conocen en dónde estuvo

cuando era más muchacho. Y es que Arnulfo es de pocas palabras. Usa frases cortas. Por ratos, se alarga y lanza otra carcajada. Va cogiendo confianza. En otro momento, baja la mirada y vuelve a presionar su lapicero. Mientras lo entrevisto, parece transportarse a una dimensión que ya no le pertenece, pero que, por cosas de la biología, aún sigue en su cabeza y regresa sin darle aviso.

– ¿Cómo entraste a la guerrilla? –le pregunto–.

–Yo tenía hartos familiares en la guerrilla, de parte de mamá. Eran varios tíos y primos. Conversé con ellos y me dijeron que si yo quería ir, nos fuéramos. Me decían que allá me pagaban y por eso me fui. Cuando ingresé, ese mismo día me dieron 300.000 pesos, y yo pensé: “¡Si así es recién entrando, cómo será cuando ya esté allá!” (Risas). Yo estaba contentísimo. De una vez entré a la fila.

– ¿Y qué hiciste con esa plata? –continúo–.

–Se la mandé de una a mi papá. No me quedé con nada. Se los entregué a una tía. Con ella le mandé la razón y la plata. Mi papá recibió esa plata y con esa misma se vino a buscarme, en un avión, desde Cali, para llegar rápido a donde estaba. Cuando él llegó, ahí mismo le pedí al comandante que me dejara salir. Pero yo ya estaba contentísimo con mi fusil en la mano. Uno de adolescente nunca piensa en el más allá, sino en ser grande. Uno creía que así se ganaba el respeto; uno se siente otra persona, que tiene con qué defenderse.

– ¿Y te pudiste encontrar con tu papá?

–Sí. Cuando nos vimos, él lloraba, y yo también lloraba porque me daba lástima verlo así. Él me decía: “Los dos que andamos para arriba y para abajo, cómo me vas a dejar solo”. Todo eso me conmovía el corazón. Pero no me quería salir.

Después de ese episodio, ya para el 2006, habían pasado dos años sin tener contacto con su familia. Luego, consiguió una SIM card, y se contactó con un tío de Buenaventura para que le ayudara a conseguir un número donde pudiera hablar con su papá. Esa llamada equivalía a una prueba de vida. Con sorpresa, su ‘viejo’ le contesta y le cuenta que ya lo creían muerto.

De ahí en adelante lo volvió a ver otras dos veces y sólo cuando podía, le marcaba por celular. En las llamadas aprendieron a alargar los minutos. Acortaban así la distancia. Duraban a veces conversando hasta media hora, poniéndose al día con los asuntos de la familia. Colgaban, únicamente, hasta que alguna ráfaga desprevenida de tiros se filtraba por el auricular para indicarles a ambos que ya era el momento de despedirse. Terminar así, de manera intempestiva una llamada, era detallar los misterios de una selva insurgente.

“Cuando me visitaba, mi papá me llevaba muchos detalles. Me llevaba fotos, comida, chontaduros que yo le pedía, porque me gustan hartísimo. Pero yo le decía que con la presencia de él era suficiente. Para poderme ver, mi papá debía viajar varias horas. Ya no lo podía hacer en avión. Le tocaba por tierra. Yo no tenía para mandarle otros 300.000 pesos, como la primera vez”.

Durante ese tiempo, Arnulfo se recorría las montañas de Nariño. Esos retazos con verdes de todos los colores fueron, para ese momento, testigos silentes de más de 50 combates entre el grupo en el que operaba, contra la Fuerza Pública, los paramilitares o la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), según cuenta. Se movió por Iscuandé, Mallama, El Charco, El Patía, Barbacoas, Samaniego, y hasta en la frontera con Ecuador, en el departamento del Cauca, alcanzó a hacer algunos mandados.

Arnulfo, el joven alegre, se ganó de a poco la confianza de sus jefes en el grupo armado ilegal. Una tarea sencilla para él, quien logra simpatizar con una mirada pícara. Eso le permitió hacer chistes y bromear en medio de las escenas agrestes que le tocó vivir en el conflicto. Era como un ‘payasito’: reía por fuera y por dentro lloraba. Ha sido tranquilo, ‘relajado’. Gracias a esa confianza ganada, Arnulfo asumió otra tarea, la de aprender a hacer granadas, a fabricar municiones. Se convirtió en ‘la pepa’ de un taller de armas. Fue así, entonces, como aprendió a soldar.

Es un hombre devoto, apenas compró una moto, se fue a Buga (Valle del Cauca) y le pagó una promesa al Señor de los Milagros. Este crucifijo se lo trajo desde la Basílica.



“Una vez, nos encontramos una caleta con granadas de las FARC. Llego y digo: ‘¿Será que esto yo lo puedo hacer?’. Entonces, cogí una granada y la desbaraté. Todo el mundo decía que yo estaba loco y se corrieron para otro lado. Me dejaron solo. Y yo la desbaraté toda. Así, comencé a fabricarlas. Aprendí a hacer, también, morteros y cilindros con colas”.

Lo que sí no aprendió en el grupo armado ilegal fue a fundir su corazón para convertirlo en una coraza. Ese joven noble y amigable seguía intacto en ese cuerpo fornido, que soportaba la rudeza del trabajo que había asumido. Hasta que un día alguien le desbarató la armadura. Entonces, conoció el verdadero amor. Le robaron el corazón. Con Liliana (*),

la mamá de su mayor tesoro, se conoció en un combate. Se alejaron un tiempo, pero el destino los volvió a juntar. Ya decidieron no separarse.

Pero esa emoción y curiosidad que inspiraban a Arnulfo a permanecer en la guerra, con el tiempo, le fueron mostrando fecha de vencimiento y temor de una vida perecedera, a punta de riesgos. Era el equivalente a desechar sueños y proyectos de tener un trabajo propio y un hogar. Por eso, estando en el taller de armas, Arnulfo comenzó a planear con Luis (*), otro compañero del grupo, el momento de la huida.

“Comenzamos a planear la huida entre los dos. A las muchachas, la mujer de Luis y la mía, no les dijimos nada hasta ese día en que nos

fuimos. Llamé a mi papá y le dije que yo me iba a venir. Él estaba contentísimo. Ya era enero del 2010. Como a las seis de la tarde arrancamos. Caminamos unas 15 horas. No fue tan largo. Al vernos, nos abrazaban y lloraban de felicidad. “Bienvenido a la libertad”, nos dijo mi ‘viejo’, que casi se priva de lo contento. Eso sí, yo lo vi lo mismo, él no envejece. Entonces, el Ejército nos recibió, nos dio comida y nosotros les dimos el armamento. También nos dieron ropa, ‘peluquiada’, de todo. Duramos allí tres semanas. Luego, pasamos al hogar de paz. Ahí sí nos tocó separados, las muchachas en uno, y Luis y yo en otro. (Risas). Entonces, pasaron tres meses y nos fuimos a Cali a festejar. Hicimos una fiesta. Nos emborrachamos todos: primos, tíos, amigos. La gente no sabía qué hacer de la alegría de vernos. Luego, nos vinimos a Nariño”.

Nariño. Montaña abajo. 2015.

Su casa, a medio pintar, se asoma sobre una calle rodeada por macizos. Es una vereda, abrigada por la neblina, ubicada en un municipio nariñense. Adentro, una imagen del Señor de los Milagros que compró hace poco a las afueras de la Basílica de Buga, decora la pared que divide la sala con la cocina. En otra esquina, tiene la imagen de la Virgen de Las Lajas. Me dice que le falta la de la Virgen del Carmen. Es devoto.

“Ese Cristo lo compramos en Buga. Nos fuimos en la moto que hace poco compré con los ahorros. La estrenamos para pagar la promesa al Milagroso, por estar juntos y con vida. Nos echamos 15 horas de viaje –las mismas que duró la escapatoria para reencontrarse con la libertad–. Aprovechamos un festivo y paseamos”. Y es que Arnulfo, de 27 años, sigue viviendo en un departamento sentenciado por la insurgencia. Nariño es una de las regiones más azotadas por el conflicto armado en Colombia. Allí han convergido, por años, grupos paramilitares y guerrilleros. Sin embargo, allí también goza de tranquilidad.

“Yo aquí vivo tranquilo en este pueblo. Nos levantamos a la hora que queremos. A veces a las seis, otras veces a las siete. Cuando tenemos mucha pereza, a las ocho, pero no más de ahí, porque nos levantan las gallinas, los perros o los pavos, a pedir comida. Pero ¿sí ve ese río?, por todo eso se pasaron en noviembre. Se cruzaron y tiraron de ahí pa’



arriba por toda esa montaña. Se encendieron a plomo y cilindros. Yo estaba en la casa con mi mujer y mi hija. Estaba todo en silencio, cuando estábamos acostados. Nos dio harto miedo”.

Lo que cuenta es un enfrentamiento que hubo entre la Fuerza Pública y un grupo insurgente, muy cerca del lugar en el que hoy vive. Y aunque por momentos tiene pesadillas y sueña que está encerrado en la guerrilla, se despierta, toma agua, respira y vuelve a recobrar el ánimo al sentirse vivo, feliz y acogido en su hogar.

“Yo le doy gracias a Dios *por lo bueno que aprendí allá, como soldar; y porque conocí a mi mejor amigo, con quien hoy en día trabajo, y a mi mujer. Pero más de guerra no quisiera saber yo, por lo que eso no es justo, uno ver morir a un ser humano, inocentemente. Allá caen inocentes por cuidarles la espalda a otros. Es una guerra absurda. ¡Cuántos compañeros no han enterrado en las montañas! Yo ya no quiero saber de armas. Hoy lo único que uso son las máquinas para soldar y los taladros”.*

Es por eso que, desde hace dos años, Arnulfo cuenta con su propio taller de soldadura y de montallantas. Es un lote amplio. Su experiencia le ha permitido oportunidades de trabajo. Ha hecho desde pasamanos, ventanas, portones, techos, hasta arreglo de salones comunales y de colegios. Ha trabajado en construcciones con el apoyo de la Alcaldía del municipio donde vive. Es su propio jefe y está generando tres empleos directos. El empleado favorito: su amigo Luis. Mantiene

juntos. Son compinches. Mientras me lo dice, le suena varias veces su celular.

–Si quiere conteste, tranquilo –le digo–.

–Es Luis que ya tiene hambre –le grita a Liliana desde el comedor–.

Y al rato llega Luis. Liliana ha estado preparando algo en la cocina. Frita, pica, pela. Huele a sazón del campo. El resultado, que tuve el privilegio de probar: una sopa de maíz, huevos revueltos con zanahoria, arroz, carne asada y café para el frío.

– ¿Y a la casa qué le has hecho? –continúo–.

– Le organicé el baño, enteché el patio, hice el lavadero y también ese mesón de la cocina donde está Liliana –cuenta–.

–Pero me dejó el mesón de la cocina muy alto, lo hizo por medida de él –me confiesa Liliana, quien es de estatura mediana–.

–Es para que no se dañe la espalda –le responde Arnulfo, entre risas–.

Entonces, llega Luis, que estaba haciendo unos encerramientos. Liliana le sirve el almuerzo y lo atiende como a otro de la familia. Cuando termina de comer, le pregunto:

– ¿Qué tal es Arnulfo como amigo?

–Hemos andado juntos, en las malas y en las buenas. Nunca hemos tenido discusión y creo que es un buen compañero. Nos fuimos teniendo confianza, y eso es algo bien elegante, –me dice, en medio de su timidez–.

Arnulfo sigue siendo así, colaborador y líder. también es buen bailarín –le encantan la salsa y la música popular–, ha dirigido clases de aeróbicos para adultos mayores y jornadas comunitarias. Su buena energía le ha permitido ganarse el cariño de muchos. Mientras camina en dirección a su taller, a la espera de recibir un pedido de materiales, mantiene su brazo alzado, saludando a varios conductores de buses, motos y carros que le pitan y que no le esquivan la mirada pese a la velocidad con la que pasan. Es distinguido en la zona, reconocido por su buen trabajo y tiene un grupo de amigos con los que se escapa, cada

vez que quiere, a jugar microfútbol. Es hincha del América de Cali. Seguidor de la Selección Colombia y del Real Madrid. Goleador de su propia vida.

– ¿Y cómo le va jugando fútbol?

–*Bien, me gusta mucho. Siempre le pego con la pierna goleadora, con la derecha, en la que una vez yo mismo me pegué un tiro con el fusil, en medio de un combate, porque se me resbaló el arma. Sólo tengo la cicatriz, y los calambres que me dan cuando estoy que meto el gol* –suelta otra carcajada–.

Ya en el taller, a medio construir, me señala cada herramienta que usa para soldar. Su negocio ya tiene techo pero le faltan puertas, rejas y ventanas. Busca ahora una máscara protectora con su lente y sus guantes. Los agarra en una mano y, en la otra, su máquina para soldar. Salen chispas. Ese es su trabajo diario: diseñar y moldear estructuras. Un día, apenas pueda, terminará de construir su propio taller.

–*Arnulfo, ¿es posible ser feliz después de la guerra?* –le pregunto–.

–*Este año, por primera vez, me celebré un cumpleaños. Lo hice con mis amigos. Compramos cerveza, pastel, comimos y, a lo último, me fui de rumba. Lo hice porque nunca lo había hecho: ni de niño me lo celebraron, en la guerrilla, menos. Ya cada día me siento más feliz, más aferrado al hogar y ya con una hija uno tiene que luchar por ella. Yo no quiero volver a caer a los errores. Yo perdí lo que nunca voy a recuperar, que es estar al lado de mi familia. El tiempo que pasa allá uno nunca lo recupera.*

– ¿Y Liliana sabe que se fue a rumbear?

– *No quiso ir, se quedó brava.* (Risas).

Ahora observo su negocio. Ha logrado mucho con tan poco. Y quiere más. Seguirá trabajando por más. La Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR), entidad que ha estado a cargo de su proceso para retornar a la legalidad, le ha brindado la confianza y las herramientas con las que ha logrado ser una persona feliz. Así no haya terminado el bachillerato, está detrás de una certificación que le pueda validar toda su experiencia en soldadura, y que le permita acceder a un capital semilla para fortalecer e impulsar su unidad de negocio.

– ¿Y cómo le pusiste al taller?

– *Cerageria y Montallantas* –y me señala un letrero amarillo con letras negras, que él mismo hizo–.

Entonces, comprendí que en su cerrajería, Arnulfo no hace llaves. Pero, gracias a que un día decidió desmovilizarse, hacer el proceso de reintegración y conservar solo lo bueno que le dejó su paso por la guerrilla –su familia y su oficio de soldador–, ha logrado abrir

puertas a punta de sacrificio y dedicación, que hoy le permiten ser un soldador de paz. Su llave maestra: el amor de su hija, de su papá, de su señora y de sus amigos. Su más grande anhelo: seguir abriendo sueños.

–*Arnulfo, le voy a recomendar algo. Cuando pueda, le echa pintura al letrero; cambia la g por una j, y le agrega una r, para que le quede mejor.*

– *¡Ah, Cerrajería!* –y se echa a reír–.



Arnulfo aprendió a soldar cuando estaba en la guerrilla, hoy, este oficio, le da para vivir





crónica

5

Una vida para
cantar y contar



Angélica
María
Alzate
Benítez

(Cartago, Valle del Cauca, 1981).

Comunicadora social y Periodista de la Universidad del Quindío (2004), y especialista en Acción sin Daño y Construcción de Paz de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá) (2014). Ha trabajado como periodista en medios de comunicación como el periódico El Tiempo, La Patria (Manizales), La Tarde (Pereira) y el canal de televisión CityTV (Bogotá). En su recorrido profesional se ha desempeñado, además, como profesora catedrática en el programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales (Caldas); también, como Coordinadora de Comunicaciones Externas de la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR). Actualmente, es Especialista en Comunicaciones del programa de Reintegración y Prevención del Reclutamiento (RPR), de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM).

Ferley López Polo es un cantante de música vallenata que está a punto de graduarse como abogado. A sus 34 años, recorre las calles de Apartadó 'reclutando' niños para su escuela de música. A él, cuando era menor de edad, lo reclutaron los paramilitares.

La profesora Xiomara, que enseñaba hace unos 23 años en el quinto de primaria de una escuela veredal en Turbo (Antioquia), estaba en lo cierto cuando le insistió a doña Mercedes Polo, madre de Ferley López Polo, que no dejara a ese muchacho sin estudio. 20 años después, con casi 34 vueltas al sol Ferley está a punto de obtener su título de abogado.

“Lo que siempre quise fue estudiar. Me gustaba aprender, pero estudiar con hambre y descalzo, era difícil”, dice este hombre, padre de tres hijos y quien en su historia tiene tanto para contar, como para cantar. A Ferley, que nació en Turbo, y que vivió en Necoclí (Antioquia), Sincelejo (Sucre), Pereira (Risaralda) y en Apartadó (Urabá antioqueño), poco le gusta detenerse en el que fue uno de sus momentos más duros: el tiempo que pasó en las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), grupo al que llegó por no tener un trabajo, por la recomendación de sus



Ferley López nunca tuvo un profesor, pero su amor por la música lo motivó a aprender solo.

hermanos que llegaron primero que él, pero, sobre todo, porque al que sería su comandante por cerca de tres años, alias 'William Soto', le gustaba la música y lo que más le llamó la atención de Ferley fue que era 'vallenatero' y, que al igual que él, tocaba la guacharaca.

“La música me gusta desde pequeño. El primer tocadiscos que vi fue en la finca bananera de un tío, a donde me mandaron luego de que terminé quinto de primaria y mi sueño era seguir estudiando. Ahí aprendí algunas de las canciones de Diomedes Díaz y de Jesús Manuel”, cuenta Ferley, que nunca tuvo un profesor que le enseñara a tocar la guacharaca, las congas y mucho menos un acordeón.



Su habilidad con los instrumentos es innata y con su empirismo y dedicación, ha logrado contagiar a cerca de 30 niños que han tomado clases con él en la escuela de música 'Makana', una iniciativa con la que Ferley sueña alejar a los niños de Apartadó, de los caminos de la guerra, que él tuvo la poca fortuna de conocer.

La escuela de música de Ferley no tiene sede, tampoco tiene muchos instrumentos, pero él se las arregla y con tubos de PVC fabrica guacharacas. El acordeón es el mismo con el que el

grupo musical 'Ferley López y su Gente' hace presentaciones y da serenatas en pueblos del Urabá, y es el que rotan entre los niños, para que aprendan a tocar el instrumento insignia del vallenato tradicional. Los niños son pacientes y esperan su turno para robarle al acordeón alguna melodía, pero aguardan con ansias que su 'profe' pueda sacar de una casa de empeño el otro acordeón que tiene, y un par de congas, que están allí poseídos e inmóviles por el silencio y por una deuda de 480.000 pesos.

Ferley está próximo a graduarse como abogado. Su diploma se lo dedicará a la señora de la cafetería que le fía la comida y hasta le presta para el bus.



y su hija mayor, necesitaban comer. *“Vivíamos en una invasión en Apartadó. Cuando llegamos, había un rancho de latas de zinc y madera; con el trabajo que conseguía lo fui arreglando un poco, pero esas condiciones eran muy tristes. Mis hermanos, unos tíos y hasta mi papá estuvieron un tiempo en las Autodefensas, y pues allá llegué yo. Eso fue entre 2004 y 2006. Pagaban entre 200.000 pesos y 300.000 pesos mensuales y pues eso servía para mantener a la familia”*, cuenta.

Entre el vallenato y la ley

La escuela de música no es el único sueño por el que trabaja Ferley. Su carrera de Derecho, en la que ha tenido que hacer un par de pausas por falta de plata y por irse a perseguir el sueño vallenato, es otro de sus motores. *“Mi materia favorita es el Derecho Civil, también me gusta el Administrativo. Tengo buenos profesores, pero el día que me den el diploma, lo voy a compartir con la señora Sonia, la de la cafetería del frente de la Universidad. Ella me ha calmado el hambre muchas veces, nos da la comida de fiado a un compañero y a mí, y hasta nos ha prestado para el bus”*, relata este hombre que comenzó la carrera de ser papá a los 16 años, y que todos los días les dice a sus hijos que lo más importante para la vida es el estudio.

Ferley estuvo dos años en el bloque ‘Elmer Cárdenas’ de las AUC. Allá llegó porque cultivando banano y rebuscando en las construcciones no ganaba mucho y, su primera esposa

El trabajo que hacía era prestar seguridad y hacer uno que otro mandado. Apenas llegó al grupo, le dieron un fusil AK-47 y, al otro día, un entrenamiento básico sobre cómo manejarlo. También le dieron un uniforme camuflado y, a diferencia de todo lo que tuvo que trabajar su mamá para comprarle unas botas pantaneras cuando él tenía 8 años y estaba aburrido por ir al colegio descalzo, cuando se unió a los paramilitares, le dieron, de inmediato, unas botas de buena calidad. Ferley asegura que su caso es uno de los muchos que han ocurrido en el país y que, probablemente, seguirán ocurriendo si los jóvenes no tienen oportunidades.

“Eso de que no haya colegios cerca, que uno tenga que dejar a sus padres, para medio estudiar con un montón de dificultades, porque si hay para los cuadernos, no hay para la lonchera o los zapatos, eso es un problema. Todo eso lo debe contemplar la educación, que dizque es gratuita, no solo contemplar la matrícula, y

ya. *Y qué decir de la salud. Los pobres no tienen derecho a enfermarse*”, argumenta Ferley, respondiendo a la pregunta de por qué es tan difícil sacar al país del círculo del conflicto.

Este hombre, que se dejó crecer el pelo para borrar la huella de la época en la que andaba con un corte tipo ‘militar’, haciendo honor a su rol de hombre en armas, asegura que han sido su fortaleza y el empeño por cumplir sus metas, lo que le permitió sacarle el mayor provecho a su proceso de reintegración, que empezó en el 2006, luego de haberse desmovilizado con todo su bloque, en la mañana del 12 de abril, en una finca de Villavicencio (Meta).

“Cuando entregamos las armas y salimos de ahí, nos presentaron la posibilidad de entrar a la Alta Consejería para la Reintegración. Nos inscribimos en unos proyectos productivos, empecé a estudiar en grado noveno, y arranqué en este camino que no ha sido fácil, pero que me ha dado mucha satisfacción, por el hecho de tener libertad y autonomía”, asegura.

Y esa libertad es la que Ferley no está dispuesto a perder de nuevo. Hoy se mueve por las calles de Apartadó en una moto a la que llama ‘La Azuleja’. En todas las esquinas se encuentra un amigo para saludar. Muchos de esos amigos también son desmovilizados de las AUC y de las guerrillas. Con ellos conversa sobre la situación del pueblo y hasta formulan proyectos juntos, para llevarlos a la Alcaldía y ayudar a las comunidades vulnerables.

“En Apartadó hay mucho por hacer. No quisiera irme del pueblo, Uno pensaría que ya siendo abogado podría encontrar un trabajo en una ciudad más grande, pero el verdadero trabajo hay que hacerlo aquí, con el Derecho, con la gestión, y sobre todo con la música, porque he visto cómo los niños ven en la música una oportunidad de soñar”, dice Ferley, y reitera que para fortalecer su escuela de música necesita más instrumentos para sus niños.

Ferley tiene más puestos que un bus, pero no tiene un sueldo. Es cantante y líder de su grupo vallenato, profesor de música, líder comunitario, trabaja en un proyecto político y ya se encarga de algunos procesos en el juzgado. *“Quisiera tener un trabajo estable, y espero que eso venga cuando tenga el título de la universidad; con eso podría tener mejor a mis hijos. Hay días que son difíciles y uno no tiene ni para la aguapanela, pero ni siquiera eso me hace pensar en que, de nuevo, vuelva a coger un arma. Tal vez eso les pueda pasar a algunas personas, porque no crea que hacer un proceso de reintegración es fácil, pero yo sí he tenido mucha fortaleza”, asegura.*

De las bananeras a Europa

Una de las experiencias que Ferley cuenta con emoción es la que vivió cuando participó en una iniciativa de la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR), que se llamó

‘Canta Conmigo’. “Fue en 2009. La ACR hizo un proceso de selección en 12 ciudades y quedé en el grupo. Estuvimos tres meses en una casa finca en Bogotá y teníamos profesores de música y canto. De la que más me acuerdo es de la profesora Paula Rey, a ella le aprendí mucho”, recuerda el músico, y empieza a tararear la letra de la canción que grabó mientras participaba en este concurso.



“Qué triste es vivir en la violencia
Solo en mi pueblo se oyen armas sonar
Cuando las armas se oían disparar
en un rincón yo empezaba a temblar
Y mucho miedo entre mis hermanos y yo
y nuestros viejos que sí sabían consolar...”

Así comienza la letra de ‘No más violencia’, una canción que Ferley, orgullosamente, cantó en la Casa de América en España, en una visita que hicieron con otros nueve compañeros, quienes también participaron en ‘Canta Conmigo’.

Así como la historia de Ferley, la canción, en su comienzo, es poco esperanzadora, pero, poco a poco, como ha pasado con la vida de este antioqueño con alma medio costeña, se va componiendo.

“En mi canción yo les quiero pedir

no más violencia, hagan paz y dejen las
armas ya,
Hagamos hoy un mundo de ilusión,
no más violencia, se los pido por favor,
Quiero volver otra vez allí,
Contra el temor yo quiero regresar,
para cantar y ver a mi pueblo feliz
Y no se oigan armas, sino voces en mí,
Y los violentos escuchen mi canción
y digan: volvió a cantar la paz y el amor.”

En la gira que hizo ‘Canta Conmigo’ por Europa, Ferley y sus compañeros fueron a Londres, llevándoles a varios diplomáticos y representantes de la cooperación internacional, una muestra de lo que el arte y la música le pueden aportar a un proceso tan complejo como la reintegración de excombatientes.

“Reintegrarse no es fácil, esto requiere de mucho esfuerzo, porque uno de los principales retos es vencer la falta de oportunidades que hay en este país, y más si uno tiene un pasado en un grupo armado. En mi caso este no ha sido un impedimento para cumplir mis sueños, pero sí me ha costado mucho trabajo lograrlo. Igual, tampoco está escrito que iba a ser fácil”, insiste Ferley.



A su canción, Ferley le sumó un mensaje que, de alguna manera, resume la que hoy es su filosofía de vida.

“Este país se siente grande marchando hacia adelante,

Las balas no atraviesan la sed de la esperanza,

Los niños que se crecen, los cielos que se aclaran,

Depende de nosotros cambiar por el mañana.”

Cuando Ferley estuvo en Europa tuvo la posibilidad de conocer otras formas de vida muy diferentes a la que estaba acostumbrado a ver. *“Los países con desarrollo tienen muchas oportunidades y uno aprende a soñar más”,* dice, y remata su frase recordando la época en que trabajaba en las bananeras y se imaginaba cómo serían los países europeos, a donde iban a parar los racimos de bananos que él cortaba, limpiaba y acomodaba en las cajas de madera, que se llevaban el esfuerzo de un trabajo mal remunerado de cientos de campesinos.

Viviendo de la música y lo que resulte

Cuando se acabó el proceso de ‘Canta Conmigo’, Ferley volvió a Colombia decidido a construir una vida en torno a los acordes del vallenato y de sus canciones. *“Empecé a escribir y a componer. También volví con la intención de seguir en la universidad, pero ya no teníamos el apoyo para la matrícula con la OIM, y tuve que dejar mis estudios mientras se me ocurría cómo pagarlos. La música podría ser la opción para vivir”,* cuenta el ‘vallenatero’, que tiene entre sus canciones favoritas una de Diomedes Díaz, que se llama ‘Gaviota herida’.

Era ya el año 2010 y en el camino de Ferley se cruzó un acordeonero, Gregorio Romaña, o ‘Don Grego’, como le dice Ferley. *“Este señor, que es muy buen músico, me invitó a Pereira, a que me fuera a cantar con él, a dar serenatas y a organizar un grupo. Arranqué para allá y, al comienzo nos fue bien. Llegué*



Las dos niñas que acompañan a Ferley han participado en importantes festivales regionales de vallenato.

solo con una guacharaca de palo que tenía. Allá fue donde me dejé crecer el pelo, para cambiar mi imagen y tener un nuevo look en una nueva vida”, recuerda el músico.

A la par con su pelo, Ferley dejó crecer sus sueños y se armó un portafolio musical con el que tocó las puertas en emisoras y en empresas, y le salieron algunos contratos y conciertos pequeños. *“Dábamos serenatas, tocábamos en bares y discotecas. Vivía en una pieza con otro compañero en el sector de Cuba, en Pereira, y*

la música ahí nos daba para vivir. Seguía con mi proceso de reintegración en la sede de la ACR, allá en el Eje Cafetero, y había como esperanzas de que la música me diera con qué vivir”, relata Ferley, quien al ver que la cosa iba bien, se llevó a su esposa y alquiló una casa en el barrio El Dorado.

Casi al año de estar en Pereira y después de cumplir con los requisitos, la ACR le aprobó el desembolso de su capital semilla: 5.000.000 pesos, que le sirvieron para comprar un

equipo de amplificación, un acordeón, una caja, una guacharaca y un par de congas, y dejar montado de instrumentos a su grupo musical que, pocos meses después, pasaría a llamarse 'Ferley López y su Gente', luego de haberse llamado 'Alfa Vallenata'.

"Estos equipos nos dieron un nuevo aire. 'Don Grego', el acordeonero, ya no quiso tocar más y conseguimos otro. Salían contratos para fiestas y nos pusieron a sonar en algunas emisoras", dice Ferley reconociendo que, en como casi todo en la vida, "llega el día en que se pega la aguja" y las esperanzas empiezan a reducirse.

"La música se puso complicada allá en Pereira; entonces, decidí regresar a Turbo. Hablé con un amigo músico, que estaba en Medellín, y arrancamos para Apartadó de nuevo. El trasteo fue complicado, porque había poca plata y teníamos que traer los instrumentos y el equipo de sonido, pero llegamos y aquí estamos", cuenta.

Desde el 2011 volvió a recorrer las calles de su pueblo, siguió cumpliendo con los compromisos de la reintegración y en una de las reuniones a la que asistía con sus compañeros, para hablar de las problemáticas que los aquejaban, se encontró con la oportunidad de reanudar sus estudios de Derecho, a través del apoyo del Fondo Edupaz, que le hizo un crédito para seguir pagando su universidad.

"Así fue como regresé a mi pueblo, a lo que me gusta hacer, al estudio combinado con la música. Ya casi voy a cumplir 34 años, seguro

si hubiera tenido la oportunidad de estudiar con garantías, no me hubiera equivocado tanto, pero esa fue la realidad que me tocó y la asumo, con responsabilidad y fortaleza, porque así me lo enseñó mi madre", asegura.

"Tuve episodios que ya he dejado atrás y ahora miro para adelante, y tengo fe en lo que viene".

Así habla Ferley, quien alimenta sus sueños con los aplausos que se gana cuando le sale alguna presentación, y con la ilusión de juntar más instrumentos para fortalecer la escuela de música, y acercar a los niños de las comunas de Apartadó, a la oportunidad de aprender a tocar los acordes del vallenato, y así alejarlos de los caminos de la guerra y la violencia que aún aparecen, de cuando en cuando, por estas tierras del banano, para quitarle la tranquilidad a su gente.

Ferley recorre las calles en su 'Azuleja', con la idea de 'reclutar' niños para su escuela de formación musical, y con la esperanza de ver crecer a su pueblo, de la mano de las lecciones de los hijos de esta tierra que se atrevieron a soñar, como la atleta y campeona mundial Catherine Iburgüen, el ejemplo más grande que, para él, deben seguir los niños de su escuela.

"Uno debe perseguir los sueños, pase lo que pase, hay que dejar lo malo atrás, proponerse un cambio y trabajar para lograrlo".





crónica

6

El pasado, no existe



Camilo
Jiménez
Santofimio

(Bogotá, Cundinamarca, 1981).

Es periodista experto en investigación y reportajes y en la actualidad, se desempeña como editor de la revista Semana. También es docente de las maestrías de Periodismo de la Universidad del Rosario (Bogotá) y de la Universidad de los Andes (Bogotá). Estudió Filosofía e Historia en la Universidad de Humboldt (Berlín, Alemania) y obtuvo su formación periodística como becario del diario *Süddeutsche Zeitung* (Múnich, Alemania). Ha trabajado para ese periódico y para el semanario *Die Zeit* (Hamburgo, Alemania). Entre 2007 y 2011 se desempeñó como corresponsal de la revista *Semana*, en Europa. Tras vivir 11 años en Alemania, regresó a Colombia en 2011.

Cómo un desmovilizado de la Columna Móvil Daniel Aldana de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), ha reconstruido su vida, en medio de la dificultad, en Buenaventura (Valle del Cauca).

(*) Nombre cambiado por solicitud del protagonista.

Rodrigo García estuvo 15 años en las Farc, hoy vive en el puerto de Buenaventura.



El 23 de junio del 2009, Rodrigo García (*) marchaba con prisa a lo largo de una quebrada en Laguna de Pirí, una vereda de pocas casas, y de techos oxidados perdida en la selva que rodea a Roberto Payán, un pequeño municipio de Nariño. Caminaba unos metros detrás de Antonio, su camarada, y ambos debían cumplir una misión rutinaria para guerrilleros recorridos como ellos: llevar al campamento medicamentos para los enfermos y entregarle al comandante las ganancias de un negocio. García, además, quería salir rápido del asunto, pues así podría matar dos pájaros de un tiro: cumplirle a su jefe y también a su mujer o,

más exactamente, a su novia de turno, quien había prometido cocinarle una 'comida grandota' si volvía a casa antes del anochecer.

Pero, de repente, un estruendo interrumpió el recorrido. García se tiró al piso y, cuando pudo mirar a su alrededor, Antonio había desaparecido. Se dijo: "Una pelea... Allá arriba debe de haber una pelea...". Y, preocupado por su amigo, se dirigió a la loma de donde habían venido los disparos.

Así, cayó en la trampa.

Unos soldados lo esperaban listos para abrir fuego.

García había sido precavido, había salido vestido de civil, gorra y camiseta negras y un pantalón de sudadera rojo, y había arrojado la mochila con la medicina y los fajos de billetes antes de subir al monte. Pero de nada le sirvieron la cautela, ni sus torpes explicaciones: “¡Que a mí no me ha mandado nadie! ¡Que yo no soy ningún ‘guerrillo!’”. Su suerte estaba echada. Primero, un soldado le dijo a gritos que era un ‘sapo hijueputa’, se abalanzó sobre él y le puso sobre la cara una rodilla que lo paralizó contra la tierra mojada. Y, luego, otro le dijo –le mintió– que a Antonio le habían encontrado prendas camufladas y una pistola en el morral y que lo habían matado de un tiro en la cabeza.

“Le dije: ‘¡Como matastes a Antonio, me tenés que matar a mí! ¡Desenfundá eso pa’ ver qué es lo que vas a hacer!’ Y yo, malgeniado ya, con toditos los genios... Cuando llegó otro y me dijo, ‘bueno, te vamos a amarrar’, y me amarraron... Y de ahí, cuando ya, a la hora, un soldado empezó a decirme: ‘Bueno, usted desmovilícese porque, de todas maneras, si no se desmoviliza, usted se va a ir preso’”.

15 años había militado en las filas de la Columna Móvil ‘Daniel Aldana’, de las Farc. Los había pasado en la selva, un lugar, según él, donde “familia suya no hay, porque si a un compañero suyo le toca matarlo lo mata, y, si a usted le toca matar a un compañero, también lo mata a él”.

Rodrigo García odiaba la selva.

No lo pensó dos veces y se entregó.

* * *

El FC Barcelona de Lionel Messi acaba de coronarse ganador de la Liga de Campeones de Europa, y la victoria se ha vuelto la excusa perfecta para salir al centro de Buenaventura (Valle del Cauca) a festejar. Corre el sábado 6 de junio del 2015, y Rodrigo García, sentado en una mesa de la cafetería El Faro, dice fastidiado que tanta bulla no lo deja pensar.

La gente acaba de superar un apagón de cinco días tras un sabotaje de las FARC, y el director del Centro Nacional de Memoria Histórica, Gonzalo Sánchez, dijo, durante el lanzamiento de un informe sobre Buenaventura, una semana atrás, que la ciudad “ha agotado el diccionario de la violencia”. No parece importar. Las vías del centro están atestadas de motos, buses y carros que pitan y exhiben picós re-tumbantes en sus baúles, y de personas, la mayoría hombres negros, que gritan eufóricas como si no tuvieran preocupaciones.

Rodrigo García sí las tiene. Seis años después de entregarse al Ejército, tras haber sido amarrado y conducido a un helicóptero, donde encontró vivo a Antonio, y haber sido trasladado, primero, a Tumaco, luego, a Cali y Bogotá, y finalmente, a Suesca, a un albergue de desmovilizados donde debía comenzar a enderezar su vida, García vive en Buenaventura. En dos meses terminará el programa de re-integración de la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR) y, entonces, tendrá que tomar su vida por las riendas.

Tiene 41 años. Vive con Francisca, su nueva mujer, en un rancho en una zona difícil de



este municipio, el principal puerto marítimo colombiano, donde las bandas criminales han sembrado terror con extorsiones, asesinatos y descuartizamientos. La casita le pertenece a una pariente, que se la presta a la pareja siempre y cuando la vigile. Él trabaja seis días a la semana, a veces siete, como obrero en una carretera, cerca de un basurero. Hace pocos años dejó el trago y sus rutinarias borracheras. Ahora cree en Dios con mucho asentimiento y, cuando puede, visita una sucursal local de la Iglesia Ministerial de Jesucristo Internacional, de María Luisa Piraquive, donde pasa tiempo con sus ‘hermanos’, según él, “tan creyentes” que “mi Dios les da el poder de decirle lo que le va a suceder a uno”.

Esta tarde ha decidido venir, directamente, del trabajo a la cita de encuentro para la entrevista. Trae una gorra y una camiseta blancas y lleva bajo el brazo izquierdo el casco amarillo que usa para protegerse en la obra. No supera los 1.65 metros de estatura, tiene piel negra, brazos largos y manos fuertes y callosas que aprietan con cariño al saludar. Dice que no sabe

si lo que puede contar sobre su vida refleja lo que “realmente” le pasa a un “desmovilizado cualquiera”. Pero, está dispuesto a abrirse, y lo hace por más de cinco horas.

Nació en 1974 en Bahía Solano (Chocó). Su mamá molía caña y vendía panela, y su papá subía todas las mañanas a una loma para cazar pacas y perdices, que luego vendía en la plaza de mercado. A Rodrigo, el séptimo de nueve hermanos, lo crió la hermana mayor. Sus recuerdos se apoyan en unas fotografías que otra hermana, que aún vive en Bahía Solano, recientemente le regaló.

Dice recordar el ejemplo de su padre, que le decía: “Mijo, si uno anda por alguna parte y ve lo ajeno, pues lo deja ahí”. También, recuerda las jornadas que pasaba fuera de casa correteando con una miríada de niños. No iba a la escuela, sino que jugaba, y cuando no lo hacía era porque debía hacer “mandados” para el hogar: cargar agua, comprar arroz o cigarrillos para su padre, caminar al pueblo, vender el botín de la caza y traer la ganancia al hogar. Y recuerda algo más: que en la radio decían que los Sagitario, como él, siempre conseguían buen trabajo y salían adelante.

García dice que nunca lo creyó.

A los diez años se fue de la casa. Los viajes de su padre al monte habían empezado a alargarse. Se iba y no volvía sino días después, con los pulmones carcomidos por el esfuerzo y el tabaco. Rodrigo dice que pocos

años después quedaría ciego y moriría de eso: “De estar cazando en el monte”. Pero, lo que hizo a los hijos dejar el hogar, fue “otro mal” que el padre contrajo durante sus viajes: una amante. Andaba malgeniado, desaparecía una semana y, cuando volvía a casa, repartía golpes a diestra y siniestra.

En cuestión de meses, los hermanos huyeron, cada uno por su cuenta. Y así también, Rodrigo, un domingo, se dio a la calle.

“Me fui, no más, con un pantalón, una camisa y unos anzuelos. Pasé un tiempo donde una prima hermana de mi papá, pero ella murió y volví a la calle... ahora, con dos pantalonetas, dos camisetas y dos pantaloncillos, y con eso ya yo me mantenía, pescando con los amigos... Hasta que el último día, pues, me dije: ‘No, esto está muy duro, voy a irme a la ciudad’; y ya, me vine aquí, así, chaparro, a Buenaventura”.

Allá, durmió en andenes, hasta que una tía lejana, jubilada de la Sociedad Portuaria, lo hospedó en la casa donde pasó su pubertad. Se ocupaba sirviendo de mensajero a familias, amigos y vecinos, o ayudando en obras de construcción. En este instante, García se pone nostálgico: “Existían pocas cosas. Todo era por medio de cartas, hasta mandar plata. Si uno iba a mandar unos pesos al Chocó, le decía a alguien, ‘hágame el favor’, y el ‘fulano’ entregaba la plata. Era un tiempo más serio”. También, su tía y sus primas eran serias. Lo

cuidaban y cuando se ausentaba durante días, lo reprendían; pero, finalmente, siempre lo volvían a recibir.

Un día, sin embargo, García no volvió más.

“Yo de verdad no sé cuándo fue que me fui a hacer el mal; no sé en qué momento comencé... Estaba joven y ya tenía señora y tres niñas, pero creo que fue cuando me separé de ella... Ahí comenzó el inconveniente... Y me fui yo entonces para el río Chagüí y terminé ‘emprobleado’, muy mal”.

* * *

El río Chagüí queda en Nariño, y a allá llegó García cuando su hogar, de nuevo, colapsó. Tenía 20 años y empezó a trabajar para la guerrilla. Comenzó con tareas sencillas. Llevaba y traía comida, ropa y medicina. Pero fue ganándose la confianza de sus ‘patrones’ y, pronto, oscilando de un lugar a otro, siempre con su mochila al hombro, caminando entre Llorente y La Guayacana, entre el río Telembí y el Barbacoas, empezó a trasladar dinero, droga, armamento y explosivos. Dos meses después, cuenta, ya tenía uniforme y “fierro”, vivía y entrenaba en el campamento de la Columna Móvil ‘Daniel Aldana y estaba convencido de que el discurso de la guerrilla, o, como él lo llama, “la labia”, era verdadero: no la retórica ideológica, porque “esa nadie se la cree”, sino el mensaje que le fueron imprimiendo día tras día: que “aquí usted está protegido, que aquí usted tiene hogar, y que aquí, además, hay plata pa’ su familia”.

“Así me conectaron”, dice García.

No le gusta dar detalles de su participación en la guerrilla. Cuando toca el tema, primero mira de reojo a lado y lado y baja la voz. Y cuando las evasivas empiezan a acumularse, guarda silencio con los brazos cruzados. Entonces, clava la mirada en el cielo y gira la cabeza despacio como si estuviera viendo pasar una estrella fugaz. Pero, cuando el silencio se vuelve insoportable, habla.

Dice que nunca tuvo un cargo distinto al de guerrillero raso. Le gustaba el orden, saber que había tres comidas al día, siempre a las horas programadas, y que las tareas eran claras. La disciplina le daba, al principio, la sensación de estar respaldado. No le gustaba hacer guardia, ni caminar cuatro o cinco días, como era común cuando el Ejército acechaba.



Obedecía por miedo, y él mismo aprendió a inyectarle temor a la tropa si sus integrantes no obedecían. Tuvo una pistola 9 mm, con proveedores niquelados, y un fusil AK-47, e hizo cosas de las que hoy se arrepiente.

Al principio, las hizo, dice, por el simple pánico de terminar castigado o “con una bala en la cabeza”. “Uno sabe que, cuando uno se coloca un uniforme en la ley que sea, uno o la gana o la pierde, o mata o lo matan a uno”. Dice haber visto secuestrados. A la pregunta de si alguna vez tuvo uno a su cargo, no responde.

De repente, lo avasalla un recuerdo.

“No, manito, venga le explico. A usted en un campamento de la guerrilla lo cogen, lo amarran y lo tienen amarrado. Eso le hacen una carpa donde lo tienen amarrado y solo le sueltan una mano para que coma o para que haga sus necesidades... y, mientras tanto, dos o tres guerrilleros cuidándolo. A veces lo cogen y le dan pata, así como cuando los policías cogen a un bandido y le dan pata, así. Y si piensa volarse, le pegan el tiro, lo matan. Y tú amarrado, hermano, llueva y truene, de noche, a como salga”.

Cuando lo ataron el día de su desmovilización, Rodrigo García pensó que, esta vez, era a él a quien “iban a coger a pata”, y creyó que lo iban a matar. Por eso, no salía de su asombro cuando advirtió que su decisión de ‘mandar al diablo’ a la guerrilla había sido respetada, y que una simple frase, dice recordar haber dicho: “Bueno... ¡Hágale, mano!”, había bastado para tomar un camino sin retorno. Llegó



Mirando hacia la bahía cuenta que uno de sus sueños es dedicarse a la pesca.

a un ‘hogar de paz’ de la ACR, en Suesca, municipio de Cundinamarca, no muy lejos de Bogotá, donde, según sus cálculos, había más de cuarenta desmovilizados. Dice, con los ojos fijos en su interlocutor, que “fue como renacer, como arrancar de ceros”.

Empezó a reconstruir su vida. Lo invitaron a hablar, a compartir con sus compañeros y a buscar apoyo en los psicólogos del hogar y en los “reintegradores” que le asignaron; a adentrarse en lo que una y otra vez escuchó llamar

“la ruta de la reintegración”: terapias grupales, citas individuales, reuniones de recreación, horas de conversación, regresó a la escuela (tiró la toalla, sin embargo, antes de terminar segundo de primaria), así como trabajo social, para ganar conciencia del otro y la capacidad de reflexionar sobre las propias acciones.

Le gustaban las charlas sobre los proyectos de vida, porque, según él, “la tenía clara desde el principio”. Su sueño era y sigue siendo dedicarse a la pesca y crear una microempresa, palabra

que apenas logra pronunciar. Se divertía con las salidas a jugar fútbol y nadar, pero sobre todo le fascinaba ir a una cafetería a escuchar, en una rocola, el repertorio favorito de su padre. Al principio, lo acompañaban funcionarios de la ACR. Pero, como reconocimiento a su buen comportamiento, pronto pudo merodear a solas, incluso, merodear por la capital.

Siempre lo custodió un grupo de guardaespaldas. García dice que durante los primeros meses, ellos, le sirvieron para no olvidar que tenía un pasado oscuro. No los tuvo más en El Cerrito, en el Valle del Cauca, a donde llegó un año después y continuó el programa de reintegración, pero allá, un día, la guerra se le volvió a cruzar. Caminaba cerca de su albergue, cuando un hombre lo llamó. Era un excompañero, un comandante que llevaba poco tiempo desmovilizado. Este lo invitó a sentarse y le confesó que hacía unos meses lo habían mandado a Buenaventura con la orden expresa de buscarlo para ejecutarlo por traición.

La vida de Rodrigo García transcurre hoy entre cuatro preocupaciones: la de que algún día alguien le haga daño; la de aferrarse a Dios y a su mujer, Francisca, para no volver a las parrandas que casi lo acaban cuando de El Cerrito se mudó a Buenaventura y se fue a vivir solo a un apartamento; la de abrir su empresa de pesca, que quiere llamar 'Nadie como Dios' y con cuya utilidad quiere comprar un lote y construir su propia casa; y, finalmente, la de explorar su historia para "expiar pecados y reflexionar".

Y tiene deseos. No quiere soportar un día más trabajando en la carretera, donde siente que lo explotan y lo discriminan. También, quiere "despejar la mente" y "no recordar más ese error que cometí". Quiere "meter esa maldad en saco roto para que mi vida no se me llene de sentimiento y ocuparla de cosas del presente". Quiere tener la libertad de trabajar cinco días en el mar y, luego, poder decidir si quiere descansar y, sencillamente, comer arroz con pescado y salir al parque a tomar gaseosa con Francisca y su suegra, sin miedos, sin preocupaciones....

Podría parecer, pero 'la ruta de la reintegración' no le ha dejado a Rodrigo García solo palabras. Más bien, le ha dado herramientas que podrían ayudarlo a vivir mejor o, por lo menos, a permanecer tan bien como está. Él, sin embargo, todavía no ha aprendido a usarlas del todo, y quizá por eso, porque aún necesita ayuda, ha traído a la última cita a Francisca, quien, durante las horas que ha durado la charla, se ha limitado a mirar al vacío, serenamente, mientras Rodrigo habla.

"De poco pa' acá, yo me puse a reflexionar, a decir, ay, Dios, qué pasó con mi vida. Me ponía las manos en las mejillas y me ponía a pensar, Dios mío, ¿qué será lo que va a pasar con mi vida? Yo he andado por acá, lejos de mi familia. No he visto a mi mamá en 20 años, a mí papá no lo voy a volver a ver porque ya murió, y yo a veces me pongo a llorar. Y los amigos... Que Rodrigo, que qué te pasa, y yo... Que no me pasa nada... Pero, en realidad, pienso en los errores que he cometido.

¿Sí me entiende?”.

Rápidamente, gira la cabeza hacia Francisca, que permanece quieta.

Pasan uno, dos segundos, hasta que ella, finalmente, emite una sonrisa.

Entonces, Rodrigo añade:

“Y al mismo tiempo, para mí... ¿sabe qué?... el pasado no existe”.





NEVER I SAW YOU AGAIN

GEMINI I LOVE YOU FOREVER



crónica

7

El café es ahora su

arma de resistencia



Ginna
Morelo

(Montería, Córdoba, 1973).

Periodista apasionada por contar historias. Investigadora y Magíster en Comunicación. Autora de los libros 'Tierra de sangre, memorias de las víctimas' y 'Córdoba, una tierra que suena'. También, coautora de seis libros: cuatro de ellos de crónicas y dos manuales de periodismo, uno para cubrir el conflicto y la paz y otro sobre coberturas ambientales. Ganadora de varios premios de periodismo a nivel nacional e internacional. Presidenta de Consejo de Redacción, organización que promueve el periodismo de investigación en Colombia. A la fecha, es editora de la Unidad de Datos del periódico El Tiempo.



En un país que se ha matado durante 60 años, existen territorios donde, primero, la sangre manchó la tierra y, luego, la esperanza la abonó, devolviéndole la fertilidad y, con ello, los sueños a quienes una vez empuñaron armas y hoy siembran café.

En lo alto de la cordillera en el suroccidente colombiano, donde el miedo corta el aire frío de la montaña, vive un hombre de hablar pausado y mirada taciturna, a quien los 31 años de vida le han alcanzado para muchas cosas: fue de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), se desmovilizó, se reintegró a la vida civil, es papá, y, ahora, microempresario.

Se llama Yeferson Becoche Pechené, descendiente de Leonidas Becoche, campesino y líder liberal asesinado por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), en 1977, hecho que marcó a esta región y le cambió su destino.

La vida de este indígena giró, descontroladamente, a sus 17 años, cuando empacaba alimentos en un supermercado en Popayán, capital del departamento del Cauca. Una tarde de octubre del año 2000, se quedó perplejo al escuchar las noticias: la vereda donde vivía, Ortega, del municipio de Cajibío, y en la que reside su familia y han vivido sus antepasados, era atacada por las FARC y por el Ejército de Liberación Nacional (ELN).

El miedo le saltó a la garganta y por poco lo ahoga. Se llevó las manos a la cabeza, pensando en sus abuelos, en sus padres y hermanos. Quiso salir corriendo a su casa,

pero los pies se le clavaron al piso. El noticiero hablaba de muertos y muertos y más muertos, y de la imposibilidad de la Fuerza Pública para llegar al territorio.

Ortega queda a 55 kilómetros de Popayán, conocida como la ‘Capital Blanca’ de Colombia; pero, por el estado de la vía, el trayecto requiere de cinco horas, en carro. Se llega al pueblo cafetero por una carretera empedrada y en la que el vehículo salta hasta desatornillarles los dientes a los pasajeros. A Yeferson, la angustia se lo estaba comiendo vivo. Se decía a sí mismo: *“Tengo que ir, tengo que ir. ¿Pero cómo?”*.

Se imaginaba a su pequeño pueblo devastado. La violencia armada, junto con sus ríos de sangre y muertos, era el ‘paisaje’ que a nivel nacional se observaba de ese departamento para aquella época; y, así, lo mostraban a diario todos los noticieros.

El Cauca era, y sigue siendo, uno de los departamentos más azotados por la guerrilla de las FARC y por las bandas criminales. El territorio ha sido defendido con sangre por los indígenas, quienes también han sacado al Ejército Nacional de la zona. Solo el municipio de Toribío ha soportado 600 hostigamientos a lo largo de su historia; y, según el Registro Único de Víctimas del Gobierno, el Cauca tiene 389.713 víctimas.

“¿Quiénes serán los muertos?”, se preguntaba Yeferson. La cifra iba en aumento con el paso de las horas y de los rumores. En un principio, dijeron que eran cuatro; y, luego, en menos de cuatro horas, la cuenta llegaba a diez. El saldo trágico final fue de 40 casas incineradas y 13 personas acribilladas. El muchacho de ojos chiquitos se encogía en su incertidumbre. Se le acababan de convertir en realidad las pesadillas que lo atormentaban cuando vivía en Ortega. Había crecido escuchando las historias de violencia, lucha y resistencia. Le había llegado la hora de decidir.

* * *

La puerta de aluminio de la casa de Yeferson, ‘clavada’ sobre el filo de una montaña verde y rojiza, está helada. Antes de tocar por segunda vez, él la abre y se asoma con un bebé en brazos, que tiene la carita tan redonda como una luna llena y tan igualita a la de él. Está resfriado y llora. Se lo entrega a otro niño de 12 años, que también es su vivo retrato. El muchacho, para saber un poco más quién es la extraña, se lo pasa a una niña de 6, de cabellos negros y rostro de ángel.

Los tres muchachitos, Mateo, James y Darcy, son hijos de quien no tuvo otra opción que sumarse a las Autodefensas Campesinas de Ortega, 15 años atrás. Antes de cumplir la mayoría de edad, se armó con machete y escopeta para defender a su pueblo. Hoy, Yeferson es un padre sobreviviente de la guerra, dispuesto a contar cómo fue ese tránsito entre ser combatiente de las autodefensas y luego reintegrado a la sociedad civil.



Sueña con que sus hijos se dediquen a café, pero no solo a cultivarlo, sino a exportarlo. Quiere que su hija, Darcy, sea periodista.

Su historia es de claros y oscuros. No ha convenido reinventársela para sufrir menos y agradar más. “A lo hecho, pecho”, dice en voz baja. Es todo un indígena del Cauca en ese aspecto: hombres que toman decisiones basados en la resistencia, que es el primer sinónimo de paz que han conocido. El segundo lo acomodaría Yeferson a sus pensamientos, cuando años después de la desmovilización de las Autodefensas, vio salir de su territorio los carros cargados con bultos de café. En ese momento sintió que sí comenzaban a quedar atrás los tiempos de los ríos de sangre.

“*Pero no siempre fue violencia*”, comienza la conversación. Yeferson se suelta, a pesar de su poca efusividad, y cuenta quién era. Estudió hasta tercero de primaria en medio de las penosas condiciones de la ruralidad colombiana, que les exige a los alumnos del campo caminar, mínimo, una hora diaria para llegar a la escuela; y otra hora más, para regresar a casa. Sus padres, Dagoberto y Blanca, intentaron educar, así, a los diez hermanos e hicieron lo

que pudieron. Y cuando los muchachos llegaban de las jornadas escolares, la otra lección de vida era aprender a cultivar café.

Yeferson renunció al colegio y se quedó cultivando. Le gustaba y le sigue gustando la sensación del grano en sus manos, cuando desprende de los tallos las bolitas rojas de superficie lisa con las que juegan sus dedos callosos. “*Se siente bien, y me gusta mucho más todo lo que viene de la tarea*”, dice, mientras le brillan los ojos.

Se refiere a secar, tostar el grano y venderlo. “*Pero mejor es a lo que huele este pueblo, a lo que nos da la tierra*”, asegura. Cuando chico escuchó las historias del intercambio de café por gallinas, conejos, cuyes, fríjol, yuca, cebollas. Y en parte le tocó vivirlo. “*No había suficiente moneda en esos tiempos, por lo que cada producto se iba a trueque. Éramos felices*”, sonríe. Hoy, él tiene la única tienda bien dotada de Ortega, y hasta allí llegan sus paisanos a llevar los bultos de café que compra y transporta hasta Cajibío. Los tiempos han cambiado, el dinero circula y los campesinos ganan uno que otro peso por dedicarse al cultivo insignia de Colombia.

Su negocio es punto de encuentro para los habitantes del corregimiento y sus alrededores. Allí, también, se venden minutos a celular, almuerzos, y hay habitaciones disponibles para alquilar por noches, por si alguien de las veredas no alcanza a regresar a su lugar de residencia, el día que baja a vender la cosecha de café. En ese ir y venir de los ortegueños, se comentan sus alegrías y sus más sentidos

recuerdos. Es la memoria de un pueblo indígena, que no se extingue.

Dos mujeres que compran en la tienda, relatan que en 1977 algunos líderes del pueblo se levantaron contra la guerrilla y la frenaron en seco. El abuelo de Yeferson se lo contó un día cualquiera, en una de las cotidianas tertulias que los dos sostenían: *“Lo que desató la ira de los pobladores fue el asesinato de dos hombres muy respetados”*. Entonces, aburridos del abuso, todos convinieron armarse con fuerza y hacer respetar el territorio.

Desde que escuchó esta historia, siendo un niño, sabía que los más grandes le estaban mandando un mensaje a él y a todas las generaciones del pueblo. Tarde o temprano tendría que tomar una decisión: quedarse en Ortega a defender el territorio, o irse. Y se fue. Pero la fuerza de los acontecimientos, como la violencia desatada en el año 2000, que dio inicio a los desplazamientos producto del asesinato de 13 personas, lo hizo regresar. Otro plan le tenía la vida.

Pensó primero que lo mejor era incorporarse al Ejército. Buscó las formas, pero le exigían muchos requisitos porque todavía no tenía 18 años. Ensimismado, debatiéndose entre sus miedos y deseos, vio salir del pueblo a la gente desplazada. Sus abuelos se fueron arrastrando los pies y llevando consigo unas pocas pertenencias. *“Recuerdo sus caras tristes; no podían ni caminar, porque les dolía mucho irse. Sentían que le estaban dando la espalda a Ortega. Mis padres estaban asustados, pero se quedaron a cuidar la casa. No iban a regalar lo conseguido”*.

Ese día, su familia se dividía y tomaba tres caminos. Los abuelos, a Cajibío; los padres, en la vereda Ortega, que estaba levantada en pie de lucha; y él se marchaba con las AUC. Así, honró la memoria de quienes habían creado el movimiento indígena armado en ese territorio, 23 años atrás. Su decisión iba cargada de furia y desazón.

Todo camino de violencia conduce a más crueldad. Y ese fue el que recorrió Yeferson y el que conocieron los hombres de Ortega al enfrentarse con más fuerza a la guerrilla. Los combates hicieron desplazar a 96 familias. En el 2003, las FARC secuestraron a 11 campesinos: seis retornaron a casa y, hasta hoy, no se sabe del paradero de los otros cinco. Algunos miembros de las Autodefensas Campesinas de Ortega tomaron medidas desesperadas y le pidieron ayuda al Bloque Calima de las AUC, que para ese tiempo ya hacía presencia en el norte del Cauca. Y pasaron a integrar el grupo armado.

Se recrudeció el conflicto, y las Autodefensas Campesinas de Ortega quedaron en la mira del Ejército colombiano. Huyeron y se escondieron en las montañas, donde montaron sus campamentos y, cuando estaban a punto de olvidar el fin por el que habían nacido, el de defender el territorio indígena, 169 de ellos se desmovilizaron, el 7 de diciembre del 2003. De ellos, 115 se han logrado reintegrar con sus comunidades, gracias a la ayuda y el trabajo de la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR) y sus programas de desarme, desmovilización y resocialización, impulsados en todo el territorio nacional.

El proceso tardó seis meses. No fue fácil por todo lo que implicaba la generación de confianza y de garantías con el pueblo indígena. Pero se logró, y esa primera fase de una larga ruta de reintegración no terminó con la entrega de las armas. Ese día de las 'velitas', los excombatientes sembraron el futuro que hoy se recoge en forma de semillas de café.

* * *

Leany, la esposa de Yeferson, se acerca con dos tazas de café humeante. La cara del excombatiente, hoy reintegrado, se ilumina y deja ver una alegría que los pobladores que están en su tienda, lo confirman: no es usual en él. Retoma la historia para explicar que de la violencia pasaron a la reconciliación y a las buenas noticias, no solo para quienes dejaron las armas, sino para todos los ortegueños.

Tras la desmovilización, buena parte de la población comenzó a estudiar y aprendieron a leer y a escribir. *“Yo estudié con Cafam, que trajo profesores al pueblo para enseñarnos... y así terminé mi bachillerato”*, dice el excombatiente.

Los campesinos también fueron capacitados en la producción del café, aprovechando la fertilidad de una tierra abonada con sangre y esperanza. Por lo menos 600 familias que habitan el territorio, hoy siembran el grano de manera tecnificada, con el apoyo de varias entidades. En el corregimiento se han invertido por lo menos 550 millones de pesos para la creación de proyectos productivos, especialmente, en lo relacionado con el cultivo de café, y los principales aportantes han sido la ACR, la

Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID); la Organización Internacional para las Migraciones (OIM); y el Comité Departamental de Cafeteros del Cauca.

“Creen en nosotros, porque les metimos todas las ganas a nuestros proyectos productivos, y los sacamos adelante. Hoy, cultivamos café y es el mejor”. De hecho, el café de Ortega se reconoce como 'Café de la reconciliación' y la producción es sostenible. Solo en el 2014 sacaron 40.000 arrobas. Yeferson dice que hay 1.200 hectáreas sembradas, y con esa marca y con ese esfuerzo intentan dejar un mensaje de reconciliación desde la 'Asociación de Sembradores de Vida', que dirige Rubén Darío Velardo.

El excombatiente, con sentimiento nostálgico, rebusca en su memoria una frase que lo acompañó durante mucho tiempo, cuando estuvo en las autodefensas: *“La guerra te lleva a una cárcel o a un cementerio”*. Entonces, se aferra con



sus dos manos a la taza de café, toma un sorbo y continúa: *“Hoy miro todo lo sucedido y me sacudo. No quiero que se repita: he progresado porque hubo gente que nos apoyó”*. Y es cierto. Detrás de lo que han logrado los pobladores de Ortega hay muchas personas y entidades, pero, más que ello, la fuerza de unos valientes que un día le apostaron a la guerra, y en otro momento a la paz, sin que les temblara el pulso y sin que sintieran que con ello renunciaron a la defensa de sus derechos. En el pequeño territorio protegido por el azul y blanco de un cielo despejado, se cuecen sueños todos los días.

Cae la tarde y Yeferson anuncia que se duerme temprano, porque se levanta a las dos de la madrugada. A esa hora toma un buen desayuno y sale en su carro de servicio público a recoger a los pasajeros que, diariamente, lleva a Cajibío. Esa es su rutina de lunes a sábado. Le espera un trayecto de cuatro horas en el que sueña despierto sobre el futuro de sus tres hijos. Llama al mayor y le dice que quiere que sea caficultor. El niño frunce el ceño y mira la moto de baterías que le regaló su papá.

Vuelve a sus recuerdos tristes que mezcla con alegría. *“A mi tío Lino, de 46 años, lo encontraron torturado y sin cabeza. Lo mataron cuando iba para la finca. Eso es muy duro; pero hoy, cuando uno sube al cerro y desde donde estaba la escuela observa lo que le hemos devuelto a la tierra, me quedo mudo”*.

Detrás de la casa de este hombre hay un morro cuya vista resulta inspiradora para los habitantes de Ortega, y para todo el que llega a conocer la transformación de la población. Se observan desperdigadas las humildes casas,



La tienda de Yeferson es el punto de encuentro de los pobladores del corregimiento de Ortega, un recorrido que sale a las 2:00 de la mañana.

unas con techos de teja y otras de zinc. Algunas con paredes de cemento y otras de bahareque. En el centro, hay una pequeña plaza que hace de cancha de juegos o de mercado ambulante, cuando bajan los campesinos de sitios más altos. Entre las calles irregulares caminan algunas señoras de faldas largas y ruanas anudadas a la cintura. Una de ellas carga en su espalda a un niño y en su cabeza un costal con café. Va directo a la tienda de Yeferson.

Las palabras se le agotan al campesino ‘exautodefensa’, que ha sido a todas estas ‘de todo en la vida’; entonces, florece otra de sus sonrisas, que también se dibuja en el rostro de su hijo. El niño de 12 años lo mira y dice: *“Sí, sí quiero ser caficultor, papá”*. Yeferson sabe, porque se lo enseñaron sus abuelos, y la prueba está ahí, que en esa tierra que habitan 680 familias, están las raíces, el presente y el futuro. *“Pero, para cuando comiences a cultivar, James –se dirige a su hijo-, ya tendremos la tostadora, entonces, listo, si vas a mandar mucho café al exterior, mientras que tu hermana Darcy, se vuelve periodista, porque para eso fue que le puse el nombre”*.





crónica

8

El cantante que
renunció a la guerra.....



José
Vicente
Guzmán
Mendoza

(Bogotá, Cundinamarca, 1988).

Administrador de Empresas de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá) (2009) y Máster en Periodismo de la Universidad del Rosario (2012). Desde hace tres años está dedicado al periodismo y ha escrito en los portales web de la revista Dinero (2012) y en los especiales regionales de la revista Semana (2013), ocasionalmente, también escribe en el portal web de esa revista. Desde finales del 2013 es periodista de Reconciliación Colombia, una iniciativa con la que ha recorrido el país buscando historias de reconciliación y construcción de paz en las regiones más afectadas por el conflicto armado. Allí, ha podido encontrar a colombianos que han reconstruido sus vidas y que, desde sus entornos, y a pesar de historias de vida llenas de dolor, están comprometidos con un nuevo país.

Geyler Maturana dejó las armas hace más de diez años. Hoy, es el cantante de un grupo de vallenato de Puerto Boyacá (Boyacá), que tiene dentro de su repertorio canciones con mensajes de paz. Historia de un sueño que se cumplió.

“La gente parrandea, vive su vida; y yo solo en la guerra, todos me olvidan.

Por eso, desde ahora me he prometido, que a esa guerra, a esa guerra, voy a renunciar, yo no estoy pa’ eso, no quiero matar.”

Canción inédita de Vallenatos Latinos

Geyler Maturana subió al escenario entre aplausos. Estaba nervioso y sus manos temblaban. Apenas unos segundos atrás, el cantante de planta de ‘Caminitos del Valle’, un bar de vallenato ubicado cerca del Parque de la 93, el sector más exclusivo de Bogotá, había anunciado que el muchacho moreno y alto, a quien los clientes reconocían como el celador de la discoteca, iba a pasar a cantar una canción.

Era la oportunidad de su vida. Así que se armó de valor, tomó el micrófono y empezó a entonar ‘Penas de un soldado’, una canción de Héctor Zuleta y que Diomedes Díaz inmortalizó en 1979.

“En una tierra lejana vivía un soldado muy fiel. Lo tenían en un cuartel donde muy triste vivía. De allí, muy poco salía, porque no tenía poder. Y no lo dejaban ver a una novia que tenía...”

Cuando terminó, la reacción del público le devolvió el alma al cuerpo. Lo felicitaron y lo aplaudieron durante toda la noche; y los

30.000 pesos que normalmente se hacía durante sus turnos, se multiplicaron hasta llegar a 225.000 pesos.

Ese día Geyler entendió que lo suyo era la música y que valía la pena intentar cumplir su sueño. Un sueño que parecía imposible años atrás, cuando estaba en el monte y pertenecía al Ejército Revolucionario Guevarista (ERG), una pequeña guerrilla colombiana que se movía entre algunos departamentos del occidente del país, y a la que había entrado cuando apenas tenía 11 años.

* * *

“Yo empecé cuando niño, como empezó Diomedes Díaz. Con esa canción que dice: ‘Por el amor a mi madre voy a dejar la parranda’. Así empecé yo en la escuela”, recuerda Geyler con una carcajada.

Creció con sus padres y sus nueve hermanos (cinco hombres y cuatro mujeres) en Santa Cecilia, corregimiento de Pueblo Rico, un municipio de Risaralda ubicado en la zona en la que ese departamento del Eje Cafetero limita con el Chocó.

De hecho, ambos departamentos se pelearon por muchos años el control del corregimiento, que había sido fundado en 1895 por un pequeño grupo de familias palenqueras que salieron



Gerley habla de lo bien que vive en Puerto Boyacá, dice que esta dejó de ser un tierra de guerra, para darle paso a la esperanza.

buscando un mejor futuro y quedaron enamoradas de las tierras aptas para la siembra, y de los ríos que las bañaban. Con el tiempo, se convirtió en una zona en donde convivían afrocolombianos, indígenas emberas chamíes y mestizos.

Allí, Geyler aprendió a trabajar desde muy pequeño y, junto con algunos de sus hermanos, conseguía el mercado para la casa, cortando los postes en los que se ponen las cercas del alambrado.

Pero la zona era un lugar cada vez más afectado por el conflicto armado. Los grupos armados ilegales encontraron allí un lugar estratégico. El frente 'Aurelio Rodríguez' de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el frente 'Cacique Calarcá' del ELN, y el bloque Suroeste de las

Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), hicieron presencia en la zona; al igual que el ERG, una guerrilla fundada por 18 integrantes del ELN que se separaron del grupo central, luego del fallido intento de firmar la paz con el Gobierno Nacional en 1993, y que creció hasta tener cerca de 400 combatientes, que se movían por los departamentos de Chocó, Antioquia, Risaralda, Caldas, e incluso, Valle del Cauca.

A ese grupo, Geyler tomó la decisión de unirse cuando tenía 11 años.

Era víctima de matoneo en la escuela y uno de sus hermanos había desaparecido. Un grupo de guerrilleros lo convenció de que este había entrado al ERG. Entonces, Geyler se fue con ellos, decidido a seguirlo para huir de los muchachos que lo molestaban.

Pero, para su infortunio, nunca encontró a su hermano en las filas de esa guerrilla. Duró tres meses buscándolo, hasta que se enteró de que en realidad se había unido al Ejército Nacional. Intentó salir del grupo, pero lo amenazaron: “Usted ya conoce las políticas de la organización... Para nosotros es más fácil darle de baja que dejarlo salir”, le dijeron. Y allá se quedó. Aburrido, solo y advertido. Andaba con un pequeño fusil y un morral en medio de la selva. Y se sentía como si estuviera encerrado por una cerca electrificada.

* * *

El éxito en la discoteca llenó a Geyler de optimismo. “*Si me dieron ¡tanta! plata hoy, entonces, sí puedo ganar plata con la música y sí puedo tomarme esto en serio*”, pensó.

Por esos días, comenzó a sonarle una idea que le habían comentado algunas personas de Bogotá, ir a conocer Puerto Boyacá (Boyacá), un municipio en el que había mucho movimiento cultural, según le decían.

Pero, también, era un lugar tristemente célebre por ser la cuna de uno de los primeros grupos de autodefensas que algunos campesinos y ganaderos crearon para enfrentar por sus propios medios a las guerrillas, a finales de la década de los 70. Un grupo armado que llegó a ser tan ‘exitoso’, que a la entrada del municipio hubo por muchos años una valla que decía así: “Bienvenido a Puerto Boyacá, tierra de paz y progreso, capital antisubversiva de Colombia”.

Nada amedrentó a Geyler. Armó su maleta y viajó hasta el municipio, en donde durante los primeros días de ese mismo año



Los integrantes de ‘Vallenatos Latinos’ esperan grabar, muy pronto, un disco.

(2006), se habían desmovilizado más de 700 paramilitares.

Hasta allá llegó junto con un primo. Y ese mismo día pudo ver en acción a un grupo local de vallenato. Quedó impresionado con ellos, averiguó dónde ensayaban y a los pocos días les cayó de sorpresa.

Les comentó quién era, y el profesor que lideraba el grupo le pidió que se probara: “Compa, cántese ‘La Juntera’, a ver qué es lo que usted sabe”.

Desde ese día, Geyler fue aceptado como el cantante del grupo. Ni siquiera volvió a Bogotá. Mandó a traer la ropa que había dejado en la capital, consiguió trabajo como ayudante de construcción y se trasteó a Puerto Boyacá, al que, desde entonces, llama su segundo hogar.

El grupo vallenato fue creciendo en medio de altibajos y, mientras tanto, Geyler se rebuscaba la vida de varias formas. Fue boxeador e, incluso, llegó a vender perfumes puerta a puerta.

Desde el inicio, además, se había dado cuenta de que algunos de sus compañeros de grupo habían sufrido la violencia en carne propia y habían salido desplazados de sus municipios. Asumió el riesgo y decidió no ocultarles su pasado.

Le salió bien la apuesta. Ninguno le puso problema, y la convivencia dentro del grupo no se fracturó. Incluso, Arnovis Vieira, un corista del grupo a quien todos llaman ‘Conejo’, desmovilizado de las AUC, se convirtió en uno de sus mejores amigos.

Esa coincidencia de actores dentro del grupo, los llevó a incluir canciones sobre la paz en su repertorio. Temas que empezaron a tocar durante los conciertos que consiguieron, poco a poco, a lo largo y ancho del Magdalena Medio: Honda, La Dorada, Puerto Triunfo y Puerto Salgar.

“Y hoy eres, el camino hacia la paz, mi tierra linda.

Colombia, que acabe tu guerra ya, Colombia linda.

De blanco te vestirás, mi tierra hermosa.

Eres ejemplo de la paz, Colombia linda...”

Entre concierto y concierto se hicieron famosos a nivel regional. Ganaron dos veces el concurso de canto de Puerto Boyacá (en el 2011 y en el 2015) y fueron finalistas en otra ocasión (en el 2013). A comienzos del 2015, finalmente, definieron el nombre a la agrupación: ‘Vallenatos Latinos’.

* * *

Cuando el comandante terminó de hablar, ya Geyler lo tenía todo planeado. Le habían dado la orden de liderar un registro, junto con una escuadra de 11 guerrilleros, para revisar el área a la que un grupo más grande del ERG iba a llegar después de cruzar la zona en donde están los páramos de Risaralda.

Apenas pudo, reunió a seis de sus compañeros. *“Bueno, yo me voy a ir... Ustedes verán si se quieren quedar”*, les dijo. Le contestaron que se iban con él.

Cuando iban en el camino, convencieron a los otros cuatro: *“Bueno, muchachos, nosotros nos vamos a ir. Si ustedes se quieren devolver, digan de una vez y devuélvanse”*. Ninguno lo hizo.

Caminaron hacia Pereira y un 10 de junio se entregaron al Ejército, en el Batallón San Mateo. Pocos días después, y antes de que lo mandaran para Bogotá, volvió a ver a sus padres. La pesadilla, por fin, había terminado.

Había estado pensando en desertar desde que supo que su hermano estaba en el Ejército. No había podido hacerlo y su estancia en la guerrilla se había alargado por siete años. Siete largos años en los cuales resultó herido y vio morir a sus dos primos y a su tío, también guerrilleros, a manos de la propia guerrilla, que los acusaba de pasarles información a las autoridades.

Pero, finalmente, llegó a Bogotá, ingresó al programa de la Agencia Colombiana para la



'Maturana', como le dicen de cariño, les contó a sus compañeros del grupo que estuvo en la guerrilla del ERG, uno de ellos, que es desmovilizado de la AUC, es hoy uno de sus grandes amigos.

Reintegración (ACR) y comenzó a prepararse para salir adelante. Terminó sus estudios de bachiller, hizo un curso de ganadería, otro de auxiliar de oficina, y le alcanzó para uno de conformación de proyectos.

También, tuvo tiempo para estudiar teatro y fotografía. Se adaptó a Bogotá. Consiguió varios amigos y mucha gente, que aún sabiendo que era desmovilizado, le tendió la mano y le brindó oportunidades de trabajo.

Hizo muchas cosas durante cinco años hasta que, finalmente, terminó como celador de la discoteca de vallenatos en la zona norte de Bogotá. Estando allí, desprevénidamente, el cantante del grupo lo oyó cantar alguna vez. *"Uy, usted canta bien, compa... Algún día de estos lo voy a hacer subir para que cante"*, le dijo.

Y el día llegó. Lo llamó, se subió con las manos temblando al escenario y cuando se bajó, en medio del aplauso del público, supo que no era descabellado pensar en dedicarse a la música.

* * *

Es jueves. Y aunque no estaba planeado, en la puerta de la casa de su compañero 'Conejo' están reunidos varios de los músicos de 'Vallenatos Latinos'. Hay un acordeón, una guacharaca, dos cajas y la voz de Geyler.

En medio de chistes y risas, ensayan coros y canciones, 'Maturana' (como llaman cariñosamente a Geyler) les hace correcciones en el tono de la voz. *"No, no, no, no... Bájela, bájela, porque el coro no suena bien..."*.

No están los diez integrantes que conforman la agrupación, porque los ensayos son los miércoles y los viernes, en ese mismo lugar. Pero están arreglando algunos detalles, porque en menos de un mes tienen una ronda exclusiva de conciertos y parrandas.

"El próximo 13 de junio nos presentamos allá en la vereda San Juan, que es por Santander. De allá venimos el 14 y vamos para Norcasia (Caldas), a las Ferias y Fiestas del Aguacate; y, luego, de ahí vamos para San Tropel, una vereda también de Santander", le explica uno de los integrantes a un invitado, que llegó a escucharlos desde Bogotá.

Geyler, emocionado, le habla de sus planes a futuro. Quiere grabar un disco y llevar sus canciones a varios municipios, colegios, instituciones. Habla incluso de ir a la Casa de Nariño o al Congreso para hacer un concierto por la paz.

"Yo lo que quiero es mostrarme", dice. *"Además, es un mensaje de paz el que uno lleva. Que*

la paz aquí sí ha dado resultado, como en muchas partes. Mírenos a nosotros...”

Está contento en Puerto Boyacá. Dice que todas las prevenciones que tenían en Bogotá eran pura ‘mala fama’. Cuenta que ya lleva nueve años viviendo allí y no ha tenido ningún problema. Incluso, la intimidante valla que estaba a la entrada del municipio cambió, ahora, tiene un mensaje de dos jefes paramilitares que les piden perdón a todas sus víctimas.

Su trabajo actual consiste en repartir leche en tiendas y supermercados. Lo hace por las mañanas. En la casa vive con Elkin y Willington, sus dos hermanos que hicieron parte del Ejército y quienes se trastearon cuando les habló sobre la vida en Puerto Boyacá. Sus papás viven en Pereira, en una casa que les compró, y los visita en algunas ocasiones.

Hace pocos meses, además, se enteró de que tiene una hija de dos años en Manizales. Una exnovia es la mamá. Ya la visitó por primera vez y se comprometió a responder por la bebé.

Aún hoy piensa en las ironías de la vida y en los momentos difíciles. Pero cuando canta, y sobre todo cuando es de la paz, se desahoga.

“Qué tal que yo me hubiera encontrado con mi hermano. Él en el Ejército y yo en una guerrilla. A plomo... Imagínese. La guerra, definitivamente, es absurda”, dice.

Al final, vuelve a reír. Cierra los ojos y entona el coro de la canción que compuso uno de sus hermanos y que, próximamente, montarán con el conjunto vallenato:

*“A esa guerra, a esa guerra voy a renunciar”.
Yo no estoy pa’ eso, no quiero matar.”*



El grupo de Gerley toca en varios escenarios de Puerto Boyacá.





crónica

9

La transformación
de 'La Patrona'



Claudia
Ayola

(Cartagena, Bolívar, 1976)

Columnista del periódico El Heraldo (Barranquilla). Exsecretaria de Víctimas y Derechos Humanos de la Gobernación de Bolívar (2013-2014). Experiencia como colaboradora en la red La Caribe de La Silla Vacía, medio informativo e interactivo de la actualidad política colombiana; también, del diario El Universal (Cartagena) y de la revista Semana. Finalista del Premio Semana Petrobras (2009), en la categoría mejor columna de opinión. Coordinadora de 'Agonía, un tránsito hacia la construcción de la paz', exposición de memorias históricas de mujeres víctimas de desplazamiento forzado, narradas desde el arte. Tiene experiencia como asesora en temas de derechos humanos, con énfasis en enfoque diferencial de género. Autora del libro 'Que me cojan confesada', ediciones Pluma de Mompox (2011).

Después de una infancia de abuso, de trabajo obligado y de pasar parte de su juventud en las filas del Bloque Central Bolívar de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), Ángela (*) por fin encontró su vida: *“Tener mi propio negocio, ser una empresaria”*.

(*) Nombres cambiados por solicitud de los protagonistas.



Esta mujer, que fue a parar a un grupo paramilitar, reconoce que las oportunidades hay que saberlas buscar y aprovechar.

Ángela (*) llegó a Barranquilla buscando a su padre. Tenía 13 años. En aquel momento enfrentó la segunda gran decepción de su vida. Esperaba ser parte de la familia que ahora tenía su papá, con su nueva esposa y otros hijos, pero no fue así. La mandaron a vivir donde la tía Rosa. Su vida se convirtió en un trabajo de oficios domésticos y obligaciones. Barría, trapeaba, lavaba los platos, cocinaba y ayudaba con las tareas escolares a los niños. La tía Rosa la dejaba ir al colegio, pero, a cambio, debía ser la sirvienta de la casa. Jamás le celebraron un cumpleaños, ni

recibió un regalo en Navidad distinto a un vestidito que su abuela le cosió con los retazos de telas que sobraron de otros niños.

“El día que cumplí los 15 años, solo una vecina tuvo el detalle de hacerme un regalo. Me dio un interiorcito y una colonia pequeñita”, cuenta sonriendo, como si no le doliera. Sin embargo, recuerda aquellos días sombríos por la búsqueda estéril del amor de su padre.

Amada, su mamá, apenas convivió con él dos años. Tiempo suficiente para que nacieran Ángela y su hermano José (*). Luego los abandonó. *“Mi papá era chofer; los choferes, a donde van, tienen un amor diferente”*, dice con resignación. Amada volvió a casa de sus padres, en una finca en Buenavista (Córdoba). Allí, sacaba leche que iba a vender todos los días a Caucasia (Bajo Cauca - Antioquia), donde conoció a Hermides, el padrastro de Ángela y el causante de la primera gran decepción de su vida.

Dejaron la casa de los abuelos en Buenavista y se fueron a vivir a El Bagre, un pueblo a la orilla del río, y en el que Hermides tenía una venta de refrescos. Al poco tiempo, nació Arturo y siguió una larga lista de hermanos que completó los diez hijos. Ángela recuerda a su mamá siempre en embarazo, esperando un nuevo bebé mientras cargaba otro en brazos. Nunca entendió cómo podía llenarse de hijos en medio de tanta pobreza. *“Ah, no, mamá –le dijo una vez– ¿Usted hasta cuándo va a parir? ¿No le da cosa traernos a tantos y tantos, y nosotros sufriendo?”*.

Cuando su madre empezó con Hermides, Ángela tenía 5 años. En él vio, inmediatamente, al padre que se le había ido. Se sintió protegida y confiada. Pero, cuando cumplió los 8 años, vivió lo que ninguna niña debe vivir. Amada había salido y sus hermanos jugaban afuera.

El padrastro aprovechó que la niña estaba sola, le levantó el vestido y se subió sobre su cuerpo. El silencio del horror se rompió por los gritos de los niños, *“mami, mami...”*. y por los ladridos de los perros. Amada había vuelto. Hermides, cobarde, separó rápidamente su cuerpo del de la niña, y el vestidito se bajó en cuanto ella se levantó. La madre jamás supo lo que pasó. *“Yo lo quería a él como ese papá que nunca tuve”,* cuenta.

“Eso me dolió mucho y me hizo ser desconfiada en la vida. Yo lo quería a él como ese papá que nunca tuve. Yo sentía desconfianza de dormirme, era feo, uno se daba cuenta de la mirada y de los celos de él.

Nunca le conté a mi mamá, por miedo, por no hacerla sentir mal, pues sentía que él la estaba cambiando a ella por mí, y dudaba si ella me iba a creer”, recuerda.

La muerte del cantante

Una tarde de travesuras, subió con sus hermanos al techo a tapar los huequitos por donde se entraban las goteras, pero sus risas se transformaron en espanto cuando vieron llegar a la orilla del río varias embarcaciones cargadas de hombres armados. Se lanzaron del techo como pudieron y se escondieron.

Eran días difíciles en El Bagre, y en toda la zona del Bajo Cauca antioqueño, la presencia guerrillera establecía el control. Aunque el Ejército de Liberación Nacional (ELN) fue la primera organización guerrillera en hacer presencia en esta región, desde finales de los años setenta, con el Frente Camilo Torres, Caucasia era epicentro político del Frente Francisco Garnica del Ejército Popular de Liberación (EPL). Aunque, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) fue la primera organización guerrillera en hacer presencia, desde finales de los años 70, con el frente ‘Camilo Torres’.

El miedo de aquella tarde fue el pretexto para que le dijera a su madre que quería volver a casa de sus abuelos, en Buenavista. En realidad, también quería escapar de Hermides. Amada decidió enviarla a vivir con su padre en Barranquilla. Después de que le tocara ser

sirvienta al servicio de su propia tía, y de que encontrara el rechazo y la apatía de su papá, regresó a vivir con su mamá.

Para entonces, la violencia en El Bagre había obligado a Amada y a su familia a volver a Caucasia. En aquellos días, después de la desmovilización del EPL, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) tomaban el control de la zona.

La felicidad por el reencuentro con su madre y sus hermanos, solo fue empañada en 1992 por la muerte del cantante vallenato Rafael Orozco, la voz principal del grupo de música vallenata Binomio de Oro. Como cualquier niña de 16 años, se aferraba fuertemente a sus ídolos. *“Llegué a Caucasia para la época en que murió Rafael Orozco. Fue una noticia muy grande para todo el mundo. Siempre me identificaba con su música y con la de Diomedes Díaz. Me gustaba la canción ‘Cariñito de mi vida’. Rafael Orozco era uno de mis cantantes favoritos... Fue muy triste”.*

La oportunidad

Volver a casa también significaba el encuentro con su padrastro. Ya no la acosaba, pero seguía celándola obsesivamente. “Ya yo era una señorita; entonces, no demoré casi. Conocí a Miguel, el papá de mis hijos y me fui con él. Fue como una escapatoria. No duramos ni cuatro meses de amores”, explica.

Con Miguel tuvo a sus tres hijos, pero él perdía sus días entre borrachera y borrachera, y Ángela debía lidiarlo. Se hizo insoportable,

y toda la carga de los hijos la empezó a llevar ella, así que se dedicó a trabajar en una casa de familia por 40.000 pesos mensuales. Luego trabajó en un restaurante, en el que le pagaban 6.500 pesos diarios.

La plata que trabajaba Miguel era para aguardiente y cerveza, la que trabajaba Ángela era para las obligaciones con los niños. Por eso, tomó la decisión de separarse.

Ya no tenía que lidiar con los celos del padrastro. Murió en 1994. Cuando Luisa Fernanda, la hija mayor de Ángela, nacía, Hermides caía postrado en un hospital. Nunca hablaron de aquel doloroso episodio en el que se aprovechó de su inocencia pueril, él se fue sin pedirle perdón. En ella se gestó el peso de un silencio lapidario, pasó de ser una niña víctima a una adulta que custodiaba una vergüenza. Como si el secreto y la culpa de su agresor terminaran siendo de ella.

A sus 27 años trabajaba sin descanso a cambio de pagos miserables. En el día sorteaba las dificultades y en la noche sentía temor por no tener fuerzas suficientes para cuidar de sus hijos. Al verla así, su hermano José le hizo un ofrecimiento que cambiaría su vida. *“Mis hermanos ya pertenecían a los grupos, y el mínimo eran 350.000 pesos mensuales. ‘Te voy a conseguir un trabajo donde no vas a exponer tu vida’, me dijo. Arturo pasaba patrullando, José pasaba más en el pueblo. Ellos ganaban buena plata”.*



A su hermano Arturo no le gustaba la idea; temía por la vida de Ángela. *“Te van a mandar quién sabe para dónde. Se viene un enfrentamiento y te perdemos”*, le decía. Ella, sin embargo, aceptó. Al poco tiempo, también, ingresó su hermano Hermides.

Dios de su lado

Ángela entró a ser parte del bloque 'Central Bolívar' de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), al mando de alias 'Macaco'. Mandó a sus hijos para la casa de los abuelos, los padres de Miguel. El menor era un bebé de meses. A pesar del dolor de distanciarse de ellos, no estaba dispuesta a dejar pasar aquella oportunidad.

Inició el entrenamiento militar en El Guaimaro, corregimiento de Tarazá (Antioquia): un pequeño pueblo azotado por la violencia

paramilitar; con historias de desplazamientos, torturas y desaparecidos. Allí, estaba ubicado el sitio de concentración que reunía, en una exigente inducción, a todos los que decidían entrar. Ángela era joven, delgada y ágil. Corría con facilidad y sin agitarse; la actividad física no le asustaba. Aprendió a usar armas. Soportó largas jornadas, hambre y agotamiento.

“El entrenamiento era para todos los nuevos; era como en el Ejército. Había psicólogos que miraban las aptitudes, las habilidades. Tiene uno que rodar, llevar un arma,

cosas que yo nunca había hecho. Dura tres meses. Después, te asignan las responsabilidades que vas a tener. A mí me pusieron al frente de la parte logística”.

Ángela quedó a cargo de hacer reservaciones y buscar hospedaje cuando había alguna reunión o llegaba algún personaje. Se ocupaba de que los mercados llegaran a las bases y a los lugares de concentración. No tenía que hacer patrullajes en el monte. Esa, sí, le parecía la parte difícil. *“Una vez me tocó pero no me pasó nada, gracias a Dios”*.

No olvidaba a sus hijos. Les mandaba dinero todos los meses, y la abuelita, la mamá de Miguel, iba con Luisa a recoger el giro. Tal vez, como era la mayor, siempre supo que su madre pensaba en ellos. No pasó lo mismo con el menor, que aún se resiente por los años de soledad que vivió sin su madre al lado.

La parte más difícil era tener a sus hijos lejos, pero no se sentía sola. Los compañeros del bloque 'Central Bolívar' eran como una familia. *"Te soy sincera, sentía una tranquilidad. Tenía la parte económica resuelta y eso era lo que me interesaba. Además, se ganaba respeto. Sentía que todos mis compañeros me respetaban. Uno allí vive como una familia, con ese calor humano. Es como si nos llenáramos entre nosotros ese vacío que tenemos dentro"*.

La familia

Pequeños grupos de autodefensas del Bajo Cauca antioqueño y del norte de Antioquia disputaban territorio con el EPL y el ELN, especialmente, el control sobre las grandes extensiones de cultivos de coca y de explotación minera. En el año 2000 se conformó el bloque 'Central Bolívar', la organización paramilitar que por dos años Ángela sintió como su familia, liderada por Carlos Mario Jiménez, alias 'Macaco'. Asegura que lo vio solo una vez. Se bajó de una imponente camioneta con las placas terminadas en 05, un número que ella sigue recordando como si se tratase de un buen adagio. Cuenta que 'Macaco' generaba respeto y admiración. Ese día lo vio afable, sonriente, atento a escuchar las inquietudes de todos.

Después del asesinato de Carlos Castaño en el 2004, 'Macaco' se sentó a negociar con el Gobierno en el corregimiento de Santa Fe de Ralito (Tierralta – Córdoba), como lo hicieron los otros jefes paramilitares. Ángela recuerda

cuando llegó la noticia de la desmovilización. *"Bueno, muchachos, esta es la orden, nos vamos a desmovilizar"*. 'Macaco' había dado las instrucciones. Fue noticia nacional: la prensa describió al bloque Central Bolívar como la mayor organización de las AUC en todo el país, con un pie de fuerza de 8.000 combatientes.

El día de la desmovilización, el 14 de diciembre del 2005, en la finca Bellavista, en Remedios (Antioquia), Ángela era uno de los 2.000 combatientes que entregaron las armas. "Por un lado, pensaba que quizá lo que pasó, iba a cesar todas esas muertes, esas cosas que pasaron; pero, por otro lado, pensaba que no nos íbamos a ver más, que cada quien se iría para su tierra y no sabríamos más del otro".

Dejar al grupo de compañeros, que había sido como una familia, no era fácil. Allí, Ángela había ganado el respeto que no había encontrado nunca. Dice que era común que todos tuvieran alias, pero el de ella la llena de cierto orgullo. Le decían 'La Patrona'. Era una forma de reconocer su seriedad, su disposición para ayudarlos, de mirarla como una mujer que se ganaba el respeto de los demás, una mujer organizada, que no le daba pie a las dudas.

En medio de la nostalgia por lo que dejaba atrás, hubo algo que la motivó desde el mismo día de la desmovilización, lo que ofrecía el Gobierno. Entrar a las AUC fue para Ángela una oportunidad para ganar el dinero suficiente para responder por sus hijos y por ella misma, ahora, eran las instituciones del Estado

las que le hacían la oferta. *“Me dije: ‘voy a tener 358.000 pesos y voy a estar cerca de mis hijos’... genial”.*

Sus hermanos, también, se desmovilizaron; pero, sin embargo, uno fue capturado por tráfico de estupefacientes; y, el otro, fue encontrado, al parecer, en un grupo de hombres armados, y paga una condena en la cárcel.

Ángela empezó a estudiar Tecnología en Administración de Empresas, en el SENA. En la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR) se ha encontrado con desmovilizados, tanto de autodefensas como de guerrillas, y en el fondo todos son muy parecidos. Lo que los separaba en la guerra, en este proceso los une. Otra vez aparece en ella esa idea de familia, de comunión. *“No somos lo que la gente piensa; aquí, hay gente buena, y cada persona tiene su historia; deberían conocerla antes de juzgar”.*

Dice que lo más duro que ha tenido que enfrentar es la discriminación. Cree que al proceso le faltó preparar al país para la llegada de los desmovilizados. Casi no puede explicar el miedo que la acompañó por muchos años, después de que dejó las AUC: un temor generalizado. Una intranquilidad por un enemigo silencioso y sin especificar.



Ángela es propietaria, junto con otro excombatiente, de una de las microfranquicias Minimarket 2x3.

Cuenta que posiblemente hubo gente que conoció y que ahora hace parte de esos nuevos grupos que se han formado. Ella procura mantenerse alejada de Caucasia y de todo aquello que guarde relación con su vida anterior.

La verdadera patrona

Me espera en una de las puertas de su negocio, en Sampués (Sucre). Tiene el rostro de una gerente amable. Me da la bienvenida.

Hace dos años llegó a su vida una propuesta de la ACR y de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). Se trata de un Minimarket 2x3, un proyecto productivo que más que ingresos parece devolverle la dignidad. No funciona para todos igual. Cuenta que antes estuvo en una sociedad con un desmovilizado de la guerrilla que no estaba

satisfecho: *“Él era de izquierda y le gustaba sembrar. Se inquietaba en el negocio, y siempre estaba esperando el día libre para ir a trabajar la tierra. Decidió irse y se dedicó a ser feliz en sus cultivos de ñame”.*

Para Ángela, sin embargo, este proyecto parece hecho a su medida. Se lo toma en serio, con el mismo nivel de compromiso de aquella mujer a la que llamaban ‘La Patrona’. Solo que esta patrona ya no sirve a una organización criminal, sino que trabaja con determinación por sus propios sueños, en la legalidad.

No ha sido fácil. La gente sabe que son desmovilizados, y en ocasiones les temen, los juzgan y los marginan. Pero, luego, cuando los conocen, los aceptan. Ella sabe que debe tener paciencia. Dice que hay que darle la oportunidad a la gente. El negocio tiene su clientela y lo visitan nuevos compradores. Ángela se inventa fórmulas para mantenerse en el mercado. Su socio es otro desmovilizado. Ella se pone metas de ventas y planea ampliaciones. Los estantes están limpios y meticulosamente dispuestos.

“Soñé ser Administradora de Empresas, tener mi propio negocio, ser una empresaria”, cuenta, mientras, con regocijo, recorre con la mirada toda la tienda. Por fin tiene a sus hijos con ella. Su hija está en embarazo, Ángela será abuela en cuatro meses. Dice que por primera vez en su vida, no tiene miedo.

“No me gustaría llegar otra vez a las autodefensas, yo buscaba unas oportunidades y lo único que necesitaba era dinero. Ahora sé que las oportunidades siempre han estado, solo que no hemos sabido buscarlas en el lugar correcto. Yo no me sentía en la guerra cuando estaba en el grupo, pero a pesar de que no tuve nada que ver con las masacres y esas cosas, hay un historial de estos grupos que me da tristeza. Cuando abro las noticias y veo todo eso, me digo que aunque yo no lo hice, yo apoyé eso de alguna manera”.

Estoy con ella por largas horas conversando. Tan solo somos dos mujeres hablando de las cosas que nos pasan a las mujeres. No intenta justificarse por su pasado en las autodefensas, no tiene un discurso ideológico que defienda su causa. Solo deja ver que estuvo allí, que la vida la puso allí, y que ahora la vida la puso aquí, justo donde ha querido estar siempre.









crónica

10

La exguerrillera que
un día volvió a soñar



Jorge
Andrés
Gallo

(Pereira, Risaralda, 1970).

Comunicador social y periodista de la Universidad Externado de Colombia (1995) y Máster en Dirección de Comunicaciones Empresariales e Institucionales de la Universidad Autónoma de Barcelona (2014). Inició su carrera como periodista en Producciones Punch, trabajando para los programas periodísticos ‘Personajes y Testimonio’ y haciendo crónica para el programa ‘Momento Cultural’. Fue el primer editor web del Noticiero CM& y, posteriormente, reportero.

Trabajó con el programa Agenda Digital, de la Presidencia de la República de Colombia.

En 2006 empezó a trabajar en el área de comunicaciones de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM).



Nacida de padre y madre guerrilleros, Flor (*) nunca tuvo de niña la oportunidad de vivir algo diferente a la guerra. Hoy, desvinculada y en proceso de reintegración, ha encontrado más que una oportunidad: muchos motivos para soñar con libertad.

(*) Nombre cambiado por solicitud de la protagonista.

Flor(*) nunca tuvo una oportunidad. No es que hubiese muchas en Barbacoas, el pueblito enclavado en la selva nariñense, a medio vuelo de pájaro entre Pasto y Tumaco, donde recuerda haber pasado sus primeros años. Allí las oportunidades se las llevaba la guerra, o las crecidas del río Telembí, o se iban por el camino casi intransitable que, de mala gana, dejaba pasar algunos buses y camiones hacia Pasto.

Los primeros recuerdos que Flor guarda de su infancia son los maltratos en su casa y los constantes alegatos de la mujer que ella conocía por madre. “*Yo no soy su mamá*”, escuchaba Flor de parte de la única figura materna que había tenido.

Tenía solo 5 años, y las únicas muestras de cariño que recibía venían de un hombre uniformado que la visitaba cada tantos meses.

Las personas que venían con él, también uniformadas, lo llamaban ‘Camarada Caballo’. Él le traía lápices y cuadernos para estudiar, y le preguntaba cómo la estaban tratando. Cuando ella le contaba de los agravios y las palabras odiosas, ‘Camarada Caballo’ le ordenaba tener paciencia, porque cuando cumpliera los 12 años se la llevaría con él. Flor no entendía a dónde se la iban a llevar, ni por qué tenía que esperar siete años más para irse con ese hombre vestido de camuflado, la única persona que parecía preocuparse por ella.

Y cuando ‘Camarada Caballo’ salía de la casa, los hombres y mujeres que le acompañaban corrían para ponerse en formación. A su orden, se ponían firmes y marchaban. Flor creció viendo esa demostración de poder, que no tardó en empezar a imitar con sus compañeritos de escuela. Jugaba a ponerlos en formación, a darles órdenes y a hacerlos

marchar. Jugaba a soldados y guerrilleros, con palos que simulaban fusiles y gritos que sonaban a dolor y muerte.

La verdad

Ya Flor tenía unos 8 años cuando, por pedazos, como quien confiesa un pecado, 'Camarada Caballo' le fue revelando su verdadera historia: él era su padre, y su madre era una guerrillera que la dio a luz a los 16 años, a pesar de haber sido obligada a intentar el aborto, no una, sino tres veces. 'Camarada Caballo' le contó que ella se aferró, 'tercamente', al vientre de su madre, contraviniendo así el código guerrillero.

En castigo a esa 'terquedad', la recién nacida, aún cubierta de sangre y con el cordón umbilical cortado a las carreras, "*como un animalito*", dice ella misma, fue arrebatada de los brazos de su madre y entregada a una familia de Barbacoas, a la cual se le encargó cuidarla. Para completar la sanción, su madre fue trasladada a otro frente del grupo guerrillero.

Enterarse de sus orígenes implicó para Flor un cambio dramático en su forma de ver la vida y de verse al espejo: odió su condición de mujer y de niña, se odió a sí misma y a cualquiera que compartiera su débil e inoportuna niñez, su vulnerable feminidad. El temperamento tranquilo y dulce de la niña, fue reemplazado por una agresividad alimentada por el resentimiento.

Y ese resentimiento no hizo más que crecer con los maltratos de una familia que no era la suya, que la albergaba y la alimentaba de mala gana y en la cual se vio expuesta, incluso, a intentos de abuso sexual por parte de un "tío". Flor le pidió a 'Camarada Caballo' que castigara al abusivo y que se la llevara de una vez al monte, que acabara con la tortura de vivir con esa familia. Sin embargo, el guerrillero no obtuvo el visto bueno de sus superiores para ninguna de las dos súplicas de su hija.

Hasta los 11 años tuvo que esperar Flor para ver cumplido su deseo de irse a la guerrilla. Y se fue, dejando la amenaza de regresar para vengarse del maltrato, para vengarse del hombre que intentó violarla, para vengarse de una infancia detestable. Se fue pensando que su vida iba a mejorar a partir de ese momento.

Plomo y lágrimas

Se fue a las diez de la noche. Le tocó caminar hasta las cinco de la mañana para llegar hasta el campamento guerrillero, y los días siguientes no fueron diferentes: caminar larguísimas jornadas, cargando el menaje de cocina y, poco después, un fusil y el morral con municiones y equipo de combate.

Muy pronto, se dio cuenta de que su vida había cambiado, pero no para mejorar. En el cambuche, al final de la jornada y con frecuencia, solo el cansancio y el sueño le ponían fin a sus lágrimas. Pero no tenía forma de devolverse, no tenía una familia a la cual regresar.

Apenas un mes después, la niña, de 11 años, inició el entrenamiento de combate. Desde las cuatro de la madrugada tenía que estar en la formación, con su equipo completo y lista para aprender a ser guerrillera. Se encontró añorando la cama de Barbacoas: allí, por lo menos, podía dormir hasta las seis de la mañana.

Acababa de cumplir 12 años cuando participó en su primer combate. Atacaron un campamento militar a la medianoche. “Cuando atacemos, imagine que esos soldados son el tío que intentó violarla”, fue el consejo que le dio ‘Camarada Caballo’, quien la trataba como a un subordinado más. Flor recuerda el tronar de los disparos, y el silbido de las balas al pasar cerca de ella. También, recuerda cómo lloraba mientras disparaba. *“Yo era una niña, pero era consciente de lo que estaba haciendo”*, dice. Al fin y al cabo, tenía que cumplir órdenes.

Terminó por acostumbrarse a la rutina guerrillera: hacer rancho, prestar guardia a diario, limpiar el armamento los sábados, lavar el uniforme los miércoles y los sábados, asistir al adoctrinamiento político de lunes a domingo. Sin días libres, sin tiempo para jugar. Así, sin posibilidad de ser niña, se le fue la niñez. Cuando cumplió 15 años, su regalo fue un fusil y un uniforme nuevos, y una torta traída del pueblo, en un inusual detalle de dulzura que le “ofreció” ‘Camarada Caballo’.

Durante esos años, Flor vio a muchos niños y niñas llegar a las filas huyéndole al hambre o al maltrato en sus casas. Los vio estrellarse con la dureza de la vida guerrillera, y arrepentirse, como ella se arrepintió, de haber terminado haciendo parte de la guerra.

El final

Flor ya había cumplido 17 años. Eran las siete de la mañana de un día más en el campamento guerrillero, pero los helicópteros del Ejército sonaban más cerca que de costumbre. También, vieron a ‘La Marrana’, como llamaban al avión bombardero, dar un par de vueltas por las cercanías, pero ella se consolaba pensando que el campamento se encontraba bien oculto bajo las frondosas copas de los árboles.

Pero, de un momento a otro, las mismas copas de los árboles que los protegían empezaron a caer sobre los guerrilleros, junto con una lluvia de balas y bombas que dejaron a Flor completamente desorientada. Corrió sin saber muy bien hacia dónde, y en medio de la frenética carrera, vio caer a sus más cercanos amigos. Estaba convencida de que no saldría de allí con vida.

Siguió corriendo como pudo entre la selva. Rodó por barrancos, atravesó riachuelos y saltó matorrales. En medio de la maraña se encontró con algunos camaradas, con quienes huyó durante todo el día hasta encontrar una casa en donde se refugiaron. Flor no sentía más que cansancio, hambre y miedo, pero recibió órdenes de dejar su armamento y caminar hasta la vereda más cercana, conseguir ropa civil y hacer inteligencia.

Obediente, Flor dejó su fusil y se fue con su uniforme mojado a cumplir las órdenes. No tuvo que caminar mucho antes de encontrarse a bocajarro con los soldados. Intentó huir, advertida durante años por sus superiores sobre los abusos que sufriría si llegaba a ser capturada por el Ejército, pero estaba rodeada. Flor se preparó para una experiencia peor que la muerte.



El principio

Para su sorpresa, en lugar de los maltratos y las torturas anunciadas por sus comandantes, recibió atención médica y alimentos. Flor no probó bocado, pues el miedo a ser envenenada era mayor que el hambre. Después de algunas preguntas, que respondió con evasivas y desplantes, fue entregada al Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), en Popayán.

Se encontró, de repente, en un mundo completamente diferente al que conoció toda su vida. Fue alojada en una institución en la que se encontró con otros jóvenes, varios de ellos, también, desvinculados de la guerrilla, y de otros grupos armados. Pero ella se la pasaba callada y aislada. No se sentía cómoda, ni segura, ni confiaba en esas personas que parecían querer ayudarla. Todo era tan diferente a lo que había vivido, que hasta las charlas con las trabajadoras sociales y las psicólogas le parecían un engaño, una trampa. Tanta era su desconfianza, tal era su convencimiento de que la guerrilla era su única opción en la vida, que encontró la forma de comunicarse con 'Camarada Caballo', su padre, y hacerle saber dónde estaba.

Con el paso de las semanas, su desconfianza empezó a ceder. Poco a poco se dio el lujo de



Flor recuperó el amor por la vida. Luego de haber ingresado a la guerrilla, cuando tenía 11 años y de salir a los 17, aprendió que hay más caminos para sobrevivir.

reír, de jugar, de dormir y hasta de hablar en las sesiones con su psicóloga. Flor dejó salir sus resentimientos, sus odios, y abrir espacio en su pecho para que empezara a crecer una tranquilidad que no recordaba haber sentido. Se encontró llamando "mamá" a su psicóloga, y "papá" a su trabajador social, y convirtiéndose en una joven cariñosa y dulce, dejando salir el afecto que había sido obligada a enterrar durante tantos años.

Flor descubrió una capacidad de amar que nunca había sentido, y descubrió también a quién amar: en las terapias se reconoció como una mujer que merecía quererse a sí misma, y entendió que el desprecio que sintió por su origen, por su género y por su condición de niña, podían quedarse atrás. Fue animada a mirarse en el espejo durante horas, hasta que pudo verse como una mujer valiente, inteligente y hermosa.

Y, después de algunos meses, Flor hizo algo que nunca le había sido permitido antes: soñó. La oportunidad llegó como una sorpresa, en una de las sesiones de apoyo psicosocial, cuando le preguntaron qué soñaba para su futuro. Flor se dio cuenta que nunca antes había pensado en un futuro para sí misma, y decidió soñar con uno diferente al de vivir en medio de la guerra. Decidió que merecía una vida mejor.

Otra vida

Pero su pasado volvió a buscarla. ‘Camarada Caballo’ envió gente para ofrecerle regresar al monte. Sin embargo, Flor ya no estaba dispuesta a volver a la guerra. En cuanto informó a los funcionarios del ICBF sobre lo que estaba sucediendo, fue trasladada a otra ciudad.

Aunque fue duro desprenderse de las personas con las que se había encariñado tanto, encontró en su nuevo destino profesionales y

compañeros con quienes crear lazos de afecto. Empezó a estudiar para terminar su bachillerato, y también descubrió que le gustaba jugar al fútbol, y se destacó como arquera.

Llegó su cumpleaños número 18, su mayoría de edad. Su proceso de restitución de derechos con el ICBF se convirtió en proceso de reintegración con la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR), y con este cambio llegó un nuevo reto: la independencia.

Sus primeros actos como persona independiente fueron rentar una habitación y comprar una cama, un armario y unas ollas. Con sus pocas pertenencias en una maleta, Flor se mudó a su nueva vida autónoma y soberana. Era la primera vez que se encontraba sola, sin supervisión de un adulto y sin órdenes de un superior y aunque los profesionales de la ACR la acompañaban, las decisiones sobre su vida eran suyas y de nadie más.

Pero su antigua vida no estaba dispuesta a desaparecer sin más. Un buen día se asomó a la ventana de su apartamento, y reconoció en dos jóvenes, parados en la esquina, a unos milicianos que conoció alguna vez, y supo que no estaban allí por casualidad. Alertó a su reintegradora, quien a su vez pidió apoyo a la Policía. La llegada de una patrulla ahuyentó a los milicianos, y le dio la oportunidad de recoger sus cosas y cambiar de ciudad, aún más lejos del alcance de quien la buscaba: ‘Camarada Caballo’.



Hoy, después de vivir el horror de la guerra, Flor es una mujer llena de sueños. Volvió a estudiar y trabaja en un Parque Temático, en un espectáculo con perros.

Otra ciudad la recibió. Allí, entonces, le propusieron participar en un programa de capacitación en trabajo agropecuario, con otras personas, dentro del proceso de reintegración en una granja educativa cercana. La oportunidad de trabajar con animales, sobre todo, llenó a Flor de una emoción que no había sentido antes y, cuando en su primera visita a la granja fue pasando por las estaciones de caballos, vacas, cerdos y perros, entendió que había encontrado una pasión, un motivo para vivir.

Para su sorpresa, en la granja no solo encontró un trabajo que la apasionaba, sino una oportunidad de reconciliación con su pasado. Ayudar a las vacas y a las cerdas a parir sus crías, resultó ser un inesperado detonante emocional que la llevó a pensar en las circunstancias de su propio nacimiento. *“Entendí que estuve nueve meses en el vientre de mi mamá... y entendí, también, el dolor que ella sintió cuando me tuvo a mí y cuando me tuvo que entregar”*, dice Flor. *“¿Cómo pude ser tan grosera de pensar que no quería volver a saber de ella nunca más?”*. Los animales de la granja le regalaron a Flor la oportunidad de cerrar un doloroso círculo de su vida, para ahora, iniciar otro ciclo con el corazón liviano, sin la carga de viejos resentimientos.

Tras varios meses, el programa llegó a su fin, y los dueños de la granja le pidieron a Flor que se quedara trabajando. La asignaron a la estación canina, en donde encontró a ‘Talía’ y a ‘Romeo’, una galgo afgano y un basset hound, con los que juega y derrocha cariño, como quien quiere ponerse al día con todo el amor que no pudo dar ni recibir cuando estaba en la guerra.

Los perros no fueron los únicos amigos que encontró en la granja. En una de esas asombrosas piruetas que a veces da la vida, el jefe de Flor en la estación canina resultó ser un militar retirado cuyo rostro fue destrozado por una mina antipersona, instalada por la guerrilla. Gracias a las cirugías, hoy en día su cara no muestra muchas evidencias de las cicatrices que le dejó la guerra, pero conoce bien las cicatrices que quedan en el alma y, tal vez por eso, ha sido uno de los principales apoyos de Flor en esta etapa de su proceso de reintegración.

El exmilitar se ha dedicado a acompañar a Flor en su todavía rudimentaria independencia, aconsejándola en esos retos diarios que a todos nos presenta la vida, pero que para ella son, con frecuencia, una novedad intimidante. Él también reconoce que Flor ha sido una fuente de aprendizaje para él y para otros colegas de la granja en donde trabajan juntos: convivir con ella les ha enseñado sobre la tolerancia, la reconciliación y el perdón.

“Muchas veces yo pensé que los guerrilleros no le importábamos a la sociedad, y ahora me doy cuenta de que sí les importamos, y que desmovilizarse sí vale la pena”, dice Flor. Hoy, una joven mujer que estudia, trabaja y sueña, y cuya historia enseña que el fin del conflicto no depende, solamente, de callar los fusiles, sino también de permitir que los niños rían a carcajadas, jueguen sin temor y sueñen sin condición.





crónica

11

La resurrección
de Mesías



Carmen
Alicia
Sarmiento
Mora

(Cali, Valle, 1966).

Abogada de la Universidad Santiago de Cali y periodista empírica en ejercicio desde 1991, cuando inició como lectora de noticias en Todelar-Cali, pasando luego por Colmundo Radio, Armony Records (hoy Red Sonora) y Noticias RCN. En 1997 asumió la jefatura de prensa de tres campañas políticas consecutivas. Del 2001 al 2002 fue jefe de prensa de Emcali (Empresas Municipales de Cali) y ejerció la docencia en instituciones de comunicación. En el 2006 se vinculó al Canal CNC, de televisión local y regional, donde fue reportera, jefe de redacción, presentadora de noticias y directora de noticias. En el 2013 pasó a ser la jefe de prensa del canal regional de televisión Telepacífico, hasta febrero del 2014, cuando asumió la dirección del primer noticiero del canal, Telepacífico Noticias, que se emite a las 6:30 de la mañana de lunes a viernes.

La historia de este hombre, a quien muchos conocían como 'El Zarco', es la misma de muchos jóvenes que encontraron en la violencia y el conflicto armado el medio para la realización de sus sueños. Su testimonio de cómo renació dentro de la civilidad, es una lección de vida.

Dos rostros llenaron su cabeza, inundándolo todo mientras yacía inmóvil, casi inerte, tirado en el suelo. 'El Zarco' supo que este era su último día sobre la tierra y solo pudo pensar en dos personas, en dos rostros. El primero, muy intenso, fue el de aquella bebé por nacer que su compañera sentimental esperaba en el vientre, desde hacía seis meses... "*Crecerá sin mí, sin conocerme*", pensó. No sabía muy bien cómo sería su carita pero tuvo la conciencia necesaria para darse cuenta de que una hija suya crecería sin él. El segundo rostro, muy lleno de dolor, fue el de Adelita, su mamá. Pensó en todo el sufrimiento que su muerte le causaría.

No podía mover un solo músculo... sentía cómo su boca se llenaba de sangre y la bota de un policía pisaba su mano para desarmarlo, como si él, en ese momento, pudiera hacer algo todavía. Ese, sin embargo, no fue el último día de 'El Zarco' sobre la tierra, ni tampoco fue encarcelado como debió suceder, a pesar de que él y otros dos compañeros suyos se enfrentaron a tiros a la Policía, tras asesinar a un joven, un "objetivo", que ya se les había escapado en una primera oportunidad. Tiempo después, 'El Zarco' supo que el agente de la Policía que le quitó el arma de fuego mientras yacía en el suelo herido, no la reportó en el



Enterró su pasado, pero todos los días se arrepiente por haberle arrebatado la vida a personas inocentes, dice que solo espera que lo puedan perdonar.

informe de captura, por lo tanto, 'El Zarco' no era un agresor, sino, por el contrario, una víctima inocente del cruce de disparos.

La bala que casi lo mata rozó la médula espinal y el diagnóstico fue lapidario: quedaría cuadrapléjico para el resto de su existencia... Esto tampoco fue cierto: al cabo de cuatro años y medio, 'El Zarco' dejó la silla de ruedas y empezó a caminar de nuevo; primero, con la ayuda de un caminador, y, hoy, apoyado en un bastón.

Paradójicamente, no fue esta experiencia lo suficientemente dura para sacudir su espíritu. Debieron transcurrir muchos años más, y también otra cantidad incontable de vivencias y de formas de relacionarse con las personas, para que 'El Zarco' pudiera sacudirse, de una vez por todas, esa vida de maldad en la que estaba sumergido, y volviera a ser Mesías Tejada. Hoy, a sus 42 años, parece haber vuelto a su adolescencia, como un chico de 16, pero con el firme propósito de no extraviarse nunca más en el camino de la delincuencia y de la violencia, que marcaron casi 14 años de su vida.

El regreso a la mala vida

Después de esa herida, 'El Zarco' volvió a las andanzas, esta vez con mayores ínfulas, mayor poder, y mayor respeto entre quienes hacían parte de su grupo, ese grupo de jóvenes que conformaron cuando apenas tenían 16 años.

Mesías Tejada era un estudiante destacado, obtenía buenas notas y, asimismo, contaba entre su círculo de amigos con otro grupo conformado por jóvenes como él, cumplidores de sus deberes escolares. *"Como pobres que éramos, no nos faltaba nada"*, recuerda. Sin embargo, la inocencia y el buen comportamiento que tenía, desaparecieron y, en un abrir y cerrar de ojos, llenó su cabeza de malas ideas, al fin y al cabo, ese, precisamente, era el paisaje cotidiano de su barrio, enclavado en un sector popular de Medellín. Allí, observaba a jóvenes de su edad conseguir dinero sin trabajar y sin estudiar, que se movían en lujosos vehículos, llevaban un arma al cinto y violaban la ley con total inmunidad e impunidad.

Entonces, empezó a descuidar el estudio y a cambiar de amigos. El primer paso hacia la ruptura con la legalidad, lo dio el día en que su mejor amigo le habló del revolver de su papá. Decidieron llevarlo al colegio. La sensación de poder que le dio a este joven tener un arma en sus manos, fue indescriptible. Se sintió un ser superior. Lo primero que hicieron fue intimidar a aquel compañero con el que no congeniaban, ese que *"nos caía mal"*.

Lo acorralaron en un baño y le enseñaron el arma: *"Vos no sabés quiénes somos nosotros; si te metés con nosotros, te pelamos"*. Esa amenaza les costó la expulsión del colegio, el único lugar que hubiera podido mantenerlo unido a la legalidad, si hubiese encontrado profesores, familia y amigos que le mostraran el camino, que le dieran luz sobre las

consecuencias de actuar contra las normas, contra los derechos de los demás.

Lo que siguió a este primer acto de rebeldía y de incursión por la delgada línea que separa lo correcto de lo incorrecto, fue el consumo de marihuana y la conformación de un grupo de 60 jóvenes, aproximadamente, dedicados a vender drogas. Mesías Tejada se convirtió en ‘El Zarco’, uno de los dos líderes de esta banda de expendedores de alucinógenos. Lo que vino después fue la propuesta que les hizo el bloque ‘Héroes de Granada’ de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), para que el grupo se convirtiera en un brazo civil, urbano, de esta agrupación armada. Fueron llevados a zonas rurales de Antioquia, donde recibieron instrucción para el manejo de armas, labores de inteligencia y seguimiento, así como adoctrinamiento ideológico. De esta manera, ‘El Zarco’ y los demás integrantes de la banda se convirtieron en actores del conflicto interno colombiano.

Dos sobrinos fueron asesinados por comprar estupefacientes al proveedor equivocado: un conflicto de intereses por oferta y demanda de drogas, territorios y fronteras invisibles. Para entonces, contaba con dinero y armas suficientes para llevar el largo brazo de su justicia hasta donde su corazón y sus jefes le indicaran. El adoctrinamiento recibido por parte de las AUC implicó detectar no solo a personas que podrían estar involucradas con la extrema izquierda, como milicias urbanas o informantes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y del Ejército de Liberación Nacional (ELN), y que

tenían influencia en este sector de la capital de Antioquia, también, se les instruyó sobre la “necesidad” de hacer “limpieza social”; todo lo que a juicio de sus jefes, no sirviera a la sociedad, debía ser eliminado: habitantes de calle, homosexuales, solo hombres eso sí, porque en el código de ‘El Zarco’ las mujeres y los niños no se tocan; así como tampoco matar bajo el influjo de las drogas, otra de sus reglas. Para esas “vueltas”, siempre estaba “limpio”, la orgía de drogas y alcohol venía después de “*coronada la vuelta*”.

Su grupo tenía el control de la zona. Algunas de sus víctimas cayeron en los ‘retenes’ que ellos les realizaban a los buses de servicio público: obligaban a los pasajeros a descender y, una vez verificada la identidad, decidían quién seguía su camino y quién no.

Aproximadamente, 26 víctimas rondan sus recuerdos, muchas de ellas habitantes de calle. Una sombra de dolor se posa en sus ojos verdes cuando piensa en ello. Se pregunta cómo pudo ser capaz de arrancar la vida de tantas personas, hoy, cuando es capaz de comprender la inutilidad y el absurdo de esas muertes.

Entender que estas muertes no tuvieron razón de ser, es una conclusión a la que llegan los actores de la guerra, cuando dejan las armas y deciden emprender el camino de transición, de regreso a la vida civil y de rechazo a todas las formas de violencia. El testimonio de Mesías, en este punto, es similar al de muchos excombatientes de todos los conflictos armados del mundo.



Antes de iniciar su proceso con la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR), 'El Zarco' tuvo que pasar por la cárcel y muchas otras cosas. Después de sobrevivir aquel enfrentamiento con la Policía, las actividades delictivas lo llevaron a otras regiones del país. Fue capturado en Bucaramanga, en el año 2000, por porte ilegal de armas: estuvo 18 meses en la cárcel Modelo de esa ciudad, y después fue transferido a la de Bellavista, en Medellín. Obtuvo la libertad condicional, pero el proceso penal siguió avanzando y terminó con una condena en su contra. Prefirió ser un fugitivo de la justicia, pero, al año de estar evadiendo la acción de las autoridades, entró en desespero por volver a su casa y visitar a su gente: *"La casa llama"*, dice. Pensaba en visitar a sus seres queridos, solo ese día, y marcharse de nuevo.

Pensó que podría pasar la noche, *"una sola noche"*, con los suyos. Estaba sentado en la cama, disponiéndose a descansar, cuando llegó la Fiscalía con una orden de allanamiento. Su hermano le informó la situación y entró en desesperación. Allí, él estaba sin posibilidades de huir, porque ni siquiera podía caminar sin ayuda. Le pidió a su hermano que lo arrojara al otro lado de la tapia. Rodó entre la maleza y terminó enredado entre arbustos

que lo ocultaron de los ojos de la ley. Entendió que la intranquilidad se había apoderado de su vida, y que no sería nunca más un hombre libre y en paz.

Desmovilización y reintegración

En el 2005, en Colombia empezó a hablarse de la Ley de Justicia y Paz, con el objetivo de generar la desmovilización de los grupos paramilitares. Alguien le dijo que tenía posibilidad de ser incluido en las listas de desmovilizados, y esta fue la luz al final del túnel. En buses recogieron al grupo de muchachos de su barrio en Medellín, y todos los hombres que hacían parte del bloque 'Héroes de Granada', tanto del área urbana como del área rural, fueron llevados a la Finca La Mariana, a tres kilómetros del casco urbano del corregimiento de Cristales, en el nordeste de Antioquia, y ubicada a 108 kilómetros de Medellín. Allí, estos hombres estuvieron concentrados durante ocho días, y recibieron al entonces al Alto Comisionado para la Paz, Luis Carlos Restrepo.

El paso siguiente, entonces, fue el de talleres, charlas, ayuda psicosocial... Para el personal encargado era evidente que 'El Zarco', como muchos otros, asistía a estos talleres, solamente, porque debía hacerlo y porque era un requisito para ser beneficiario de la Ley y del programa. Una de las psicólogas les habló de la importancia de asumir el compromiso de la desmovilización y el desarme como una verdadera oportunidad para reconstruir sus vidas y dejar para siempre la violencia: la única oportunidad de reivindicarse con sus familias. Fue, entonces, cuando él decidió que



haría la tarea bien hecha y asumió el deber de terminar el bachillerato, otro de los requisitos del proceso, y se graduó con honores.

Recibió una beca para estudiar Diseño para la Comunicación Gráfica, un curso que tuvo dos años de duración y que dictó Comfenalco. Quiso continuar su formación profesional en el Instituto Tecnológico Metropolitano, pero, en este punto de su proceso, volvió a sentir “esa especie de gusanera” en su interior que no le permitía estar en paz consigo mismo. Reincidió en el consumo de drogas.

Por fortuna, buscó ayuda. Habló con una de las personas del grupo de seguimiento y confesó lo que sentía. Esta persona le ofreció un tratamiento de rehabilitación en una zona campestre. Un año completo trabajó en la desintoxicación de su cuerpo. Se transformó en un hombre nuevo, madrugador, cumplidor de los deberes. Le gustaba hacer el aseo, y todavía es lo primero que hace en su casa cada mañana. Finalmente, su vida estuvo libre de drogas y llena de Dios. Mesías dice que la fe en Dios, en su infancia y juventud, era algo

no muy sentido para él, algo solo como “*por llevar la corriente a mis padres*”, recuerda. Sin embargo, hoy, esa fe en un ser superior es el motor que le impulsa a mantenerse por la senda correcta y la que le da fortaleza ante las tentaciones que no faltan.

El día en que ‘El Zarco’ dejó de existir

‘El Zarco’ dejó de existir en la vida de Mesías Tejada, cuando las circunstancias lo acercaron a la humanidad de seres iguales o parecidos a muchos de los 26 que asesinó. En el proceso de reintegración con la ACR, trabajó en actividades de reciclaje con habitantes de calle y tuvo que interactuar con ellos, por ejemplo, explicándoles cómo extraer de las bolsas de basura aquellos materiales reutilizables y cerrarla nuevamente para no dejar suciedad alrededor. Le resultó imposible evadir el acercamiento con ellos, comprender sus angustias, sus alegrías, sus motivos de dolor. Comprendió que la dependencia de las drogas los había convertido en esos seres, al parecer desprovistos de humanidad. Descubrió, también, que bajo esos trapos sucios y esa piel que hedía, habitaba la humanidad de estas personas.

Fue entonces, cuando comprendió la inutilidad de estas muertes, lo absurdo de la tarea encomendada bajo el ropaje de una ideología que, para él, hoy, no tiene sentido alguno. ‘El Zarco’ murió para siempre el día en que, a pesar de esa suciedad y mal olor, abrazó con amor sincero a un hombre que estaba más necesitado de compañía que de comida. Las lágrimas se asoman a los verdes ojos de Mesías al recordar ese momento en que se reconciliaba por

fin con la vida propia y la vida ajena. ¿Cómo había sido posible? ¿Cómo pudo tomar la vida de esos hombres que, como él, tenían sueños, alegrías y tristezas? La conciencia de lo fugaz que era la existencia de 'El Zarco', era la justificación para tomar otras vidas. Si la vida propia no importaba, ¿por qué habría de importar la de otros? Esa manera de pensar desapareció... para siempre.

Los sueños de Mesías

Los sueños de Mesías Tejada caben en una habitación de cuatro metros cuadrados, en la misma casa donde vivió con sus padres y creció con sus 11 hermanos. Allí, con mucho esfuerzo, funciona su empresa litográfica Impresiones MESÍAS... EXPANDIMOS TUS IDEAS. Decidió hacer de su nombre su marca, y con una sublimadora y un computador completo, con impresora para sublimación, busca dar alas a las ideas, los sueños y a las empresas de otras personas, que como él, han entendido que la ilegalidad y la violencia no son el camino para una vida feliz. Su negocio todavía no alcanza el punto de equilibrio, pero cada día lucha por la conquista de un nuevo cliente. Tiene la firme esperanza de que Impresiones MESÍAS crecerá y será la consolidación de muchos sueños que quedaron colgados en algún lugar de la memoria, cuando apenas tenía 16 años.

Hoy, la única nube oscura que aún se posa sobre la vida de Mesías, es la necesidad de perdón. No lo busca en las familias de sus 26 víctimas, le bastaría con un solo perdón, el de una vecina a quien él le arrebató un hermano. Todos los días piensa en hablar con ella

y pedirle que lo perdone, decirle que fue un error, una gran equivocación, algo que no debió suceder. Y aunque él no puede devolver la vida de ese hermano, sí quiere que ella sepa que él, sin embargo, no pasa un solo día de su vida sin que se lamente por haber arrancado esa vida a su familia.

Entrar en la vida de Mesías Tejada, así como en la de 'El Zarco', porque ellos son dos personas distintas en un solo cuerpo verdadero, es como darse "un baño de tumba", como el poema de Neruda 'No tan alto':

"De cuando en cuando y a lo lejos
hay que darse un baño de tumba.
Yo sé que no me cree nadie
Pero lo he visto con mis ojos.
Hay que darse un baño de tumba
y desde la tierra cerrada
mirar hacia arriba el orgullo.
Entonces se aprende a medir.
Se aprende a hablar, se aprende a ser.
Tal vez no seremos tan locos,
tal vez no seremos tan cuerdos.
Aprenderemos a morir.
A ser barro, a no tener ojos.
A ser apellido olvidado.
Si quieren no me crean nada.
Sólo quise enseñarles algo.
Yo soy profesor de la vida
vago estudiante de la muerte
y si lo que sé no les sirve
no he dicho nada, sino todo."





crónica

12

Lo pasado, pisado



Pedro
Pablo
Mejía
Salazar

(Manizales, Caldas, 1974).

Comunicador Social y Periodista de la Universidad de Manizales (2003), con especialización en Periodismo Electrónico de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín (2009). Actualmente, es estudiante de la Maestría en Comunicación, de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá). Trabajó en el noticiero de Telecafé (1999), luego se vinculó al periódico La Patria de Manizales (1999-2005), donde fue redactor local, regional, cultural, judicial y deportivo. Fue profesor de planta en el programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales (2004-2009) y profesor catedrático en el programa de Periodismo de la Fundación Universitaria Inpahu (2010). Desde el 2009 es periodista de la Oficina de Información y Prensa de la Universidad Javeriana, y editor de la revista 'Hoy' en la Pontificia Universidad Javeriana. Es ganador de un premio nacional de periodismo Orlando Sierra y un premio nacional de periodismo Colprensa.

Esta es la historia de Manuel Ballesta Correa, desmovilizado de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Ahora es el gerente de la empresa Ganchos y Amarras SAS, en Cali (Valle), sociedad constituida por excombatientes del conflicto armado del país.

En noviembre del año 2000, llegaron al departamento de Nariño centenares de hombres de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) para crear el bloque 'Libertadores' y tomar control de un territorio con fuerte presencia del 'Frente 29' de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

En marzo del 2001, los enfrentamientos entre estos dos grupos se intensificaron, a tal punto, que hubo choques tan sangrientos, que el saldo de combatientes muertos en cada una de esas contiendas llegaba hasta veinticinco. Diez años después de ser los más acérrimos enemigos, exguerrilleros y exparamilitares se reencontraron en la vida civil como desmovilizados, conformaron una empresa y, ahora, no solo son socios, también son amigos y ejemplo de paz.

Algunos de ellos son, hoy, propietarios y empleados de la empresa Ganchos y Amarras del Valle SAS, en Cali (Valle del Cauca), un proyecto que inició en el 2010 y se registró ante la Cámara de Comercio en el 2011. Allí siete desmovilizados fabrican y comercializan artículos para fijar tejas de fibrocemento, plásticas y acrílicas, que son utilizadas en la construcción, adecuación y remodelación de estructuras como viviendas y locales.

La Fundación Carvajal es la principal promotora y patrocinadora de esta iniciativa, que ha contado con el apoyo de la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR), la Organización

Internacional para las Migraciones (OIM), la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), y de empresas del sector privado como son la Compañía Colombiana de Tabaco S.A. (Coltabaco), la Siderúrgica del Occidente S.A. (Sidoc) y Eternit. Estas entidades y firmas han aportado recursos, experiencia y equipo humano para fortalecer este proyecto de los excombatientes y lograr la apertura de sus operaciones en la zona industrial de la capital vallecaucana.

Desde septiembre del 2015, el gerente de Ganchos y Amarras SAS es Manuel Francisco Ballesta Correa, un hombre moreno, alto y corpulento, criado en el Urabá antioqueño, pero con un acento cada vez más vallecaucano. Se desmovilizó el 30 de julio del 2005, junto con otros 676 miembros del bloque 'Libertadores del Sur', en la Inspección de Policía del corregimiento El Tablón, de Taminango (Nariño).

Abandonar el conflicto fue el resultado de una idea que "martilló" en su mente durante 16 meses, desde el 27 de marzo del 2004, cuando nació su primer hijo, Yefer Erney. Ese día, entendió que la guerra no podía ser más importante que el sueño de ofrecerles un hogar a su hijo y a su esposa, lleno de prosperidad.



“El mejor momento de mi vida fue cuando me desmovilicé. A pesar de la zozobra de no saber qué iba a pasar, tenía la fortuna de estar con mi hijo y mi esposa todo el tiempo. Era la hora de hacer lo que nunca hicieron por mí: darle a mi hijo ese calor de papá que yo siempre quise tener”.

Un niño rebelde

En 1986, cuando Manuel Francisco tenía sólo 5 años, vio morir a su padre electrocutado: sucedió mientras realizaba un trabajo de mantenimiento de luz en Necoclí (Antioquia). Su madre quedó criando nueve

hijos. Los dos hermanos mayores eran militantes de las FARC y tuvieron que huir del pueblo cuando llegaron las Autodefensas. Quedaron cinco mujeres y los dos niños pequeños.

El pueblo estaba pasando por un momento de violencia. *“Y nosotros, los varones, empezamos a volvernos rebeldes, tal vez, aprovechando la falta de la autoridad del padre. Nos tiramos a la calle, y aunque mi madre nos enseñaba valores, nosotros no aplicamos sus consejos. Íbamos a la escuela, pero a perder el tiempo, a molestar a los demás, a robarles las cositas y a imponer nuestro yugo”*. Fue así como Manuel Francisco empezó a convertirse en pandillero, aprendió a fumar y a consumir drogas.

Vivió en Currulao, un corregimiento de Turbo (Antioquia) y, luego, en San Pedro de Urabá (Antioquia), donde terminó la primaria... *“Obligado, porque yo solo iba a calentar puesto”*. En esa vida, cumplió 16 años y decidió

irse para Medellín y se instaló en el barrio Manrique, donde vivía uno de los hermanos mayores, que ya había dejado la guerrilla. Allí, no se demoró en conocer gente que lo llevaría a continuar por el rumbo de las drogas y las armas. *“Nos dedicamos al hurto, al dominio territorial. Eso implica ser más violento, y tener acciones más fuertes como es caracterizar, enfrentar y matar, para ejercer el control total”*.

Su sueño era ser militar

Estaba en esas, cuando el bloque ‘Metro’ de las AUC llegó a su barrio. *“Llegaron diciendo: ‘Bueno señores, nosotros somos los que vamos a liderar de acá en adelante; el que se queda, pues nos acompaña; o si no, se va; y el que quiera*



Manuel vive en Cali, con su esposa y sus dos hijos. Su familia fue lo que lo motivó a dejar las Autodefensas.

poner resistencia, que la ponga, y se atiende a las consecuencias'. Nos tocó unirnos y empezamos a hacer lo que ellos nos decían". Recibieron entrenamiento para el uso de armas largas y para operaciones urbanas, principalmente, en los barrios Santo Domingo y San Blas.

Uno de los sueños de Manuel Francisco era ser militar y portar el uniforme camuflado. Cuando cumplió 17 años, falsificó sus papeles y se presentó al Ejército diciendo que tenía 19, pero no fue aceptado. En ese momento, los paramilitares le ofrecieron irse para el área rural y prepararlo militarmente.

Corría el año de 1998 y en Antioquia se registraba una fuerte expansión del paramilitarismo. El bloque 'Metro' instaló dos centros de operaciones: uno en Cristales, corregimiento de San Roque, a donde fue llevado Manuel; el otro, en Jordán, corregimiento de San Carlos, en el Oriente antioqueño.

"Nos dijeron *que nos iban a llevar a una escuela de formación militar, y yo siempre imaginé un colegio lleno de pupitres, pero me llevaron fue para adentro, a la maraña. Había estado en el monte, pero no de esa manera. Empecé a sentirme extraño, que me estaba alejando de la realidad. Empecé a mirar cosas raras y a sentir olores fuertes, por toda esa cantidad de muertos que enterraban muy superficiales".*

Cuando llegó, lo desnudaron y le dieron su uniforme, no el camuflado que soñó portar: *"Sino uno feo, podrido. Unas botas llenas de 'pecueca', una cobija grande sucia y un bolso raro".*

Su rutina consistía en levantarse a las cuatro de la mañana, desayunar un chocolate con galleta a las cinco y treinta, formar a las seis y hacer entrenamiento físico hasta las nueve; luego, entrar a inducción hasta el mediodía, almorzar y, nuevamente, volver a prácticas hasta las seis de la tarde. En la noche recibía teoría hasta las nueve, y seguía en prácticas hasta las dos de la madrugada. El descanso era de dos a cuatro.

El adiós a su mejor amigo

Raúl era, en ese momento, el mejor amigo de Manuel Francisco. Los dos decidieron montarse juntos, en la camioneta llena de víveres que los llevó hasta el campamento paramilitar en Cristales. No se destacaban mucho en un grupo de 300 hombres; pero quien sí se notaba era Patricia, la única mujer del campamento.

Llevaban 15 días allí. "Estábamos en un momento de descanso, y, en la conversa, al pelao se le sale una frase mal dicha". Manuel Francisco recuerda que Raúl narró una pelea que tuvo en Medellín, en una discoteca, donde recibió una puñalada en un costado. Cuando se recuperó, se quiso desquitar, pero la persona que lo agredió ingresó a los paramilitares, y, entonces, decidió no consumir su venganza.

Patricia pasó en ese momento por el sitio de la conversación, e interpretó que Raúl había dicho que estaba allí para vengarse de los paramilitares, y así se lo hizo saber a su comandante. Lo llamaron a relación y lo amarraron sin permitirle explicaciones. A Raúl lo tuvieron así varios días, hasta que un domingo, a mediodía, Manuel Francisco pudo hablar con él.



“Me van a matar, siento que me van a matar”, le dijo Raúl a Manuel Francisco, y le pidió que no fuera a dejar desprotegida a la hija que tenía en Medellín. “Yo estaba en ese momento de aguatero y me tocó arrancar para el pozo. Estaba allá, cuando de pronto escuché dos disparos de fusil”. Entonces, Manuel, supo que lo habían matado, pero no dónde lo dejaron.

De la ‘Escuela Corazón’ a Nariño

Con el tiempo se enteró que al campamento donde recibió su formación militar la apodaban ‘Escuela Corazón’. El nombre obedecía a que lo poco o mucho que cada combatiente tenía de corazón, lo tenía que perder a punta de entrenamiento fuerte y extremo. El lema era: *“Antiguerilleros siempre; el dios de la guerra no perdona a los cobardes”.*

Una de las misiones que le asignaron fue conseguir unos cilindros de gas para construir bombas, pero el plan fracasó y Manuel Francisco fue capturado y llevado a la cárcel Bellavista de Medellín. Al cabo de un mes, salió bajo fianza.

En el 2000, le propusieron irse a ‘romper zona’ a Nariño, con un ‘bloque’ nuevo. Llegó con cerca de 100 hombres, todos del Urabá, para formar el bloque ‘Libertadores del Sur’. Un grupo se quedó en el municipio de Olaya Herrera, más conocido como Bocas de Satinga; el otro, en el que estaba Manuel Francisco, en San José de Albán, a hora y media de Pasto.

El grupo creció. Para noviembre de ese año, ya eran 400 hombres, y comenzaron a combatir al Frente 29 de las FARC.

“En muchas ocasiones nos fue mal. Nos dieron duro. Pero, en la mayoría de los casos, tuvimos éxito. A mí, las ojivas me pasaban a una cuarta de la cara. Como el fuego era tan intenso a veces, uno no se podía mover. Le doy muchas gracias a Dios que no era para mí, aunque vi a muchos compañeros míos caer”.

Su vida se partió en dos

En el 2003, llegó a una vereda llamada Buenavista, del municipio de Barbacoas, donde las autodefensas establecieron una base. Allí, conoció a Liliana, y empezó, como dice él, la cuenta regresiva para salirse de la guerra.

“Yo estaba acostumbrado a llegar, tocar y salir; pero, un día, Liliana me ofreció más de lo que yo le pedí: me dio verdadero cariño y amor. Yo me emocioné y eso hizo que mi vida tomara un giro drástico. Cuando ella me dio la noticia de que estaba en embarazo, yo entré en shock. Una mitad de mí estaba con las AUC, y la otra mitad de mí pensaba todo el tiempo en Liliana y en el hijo que venía en camino”.

Cuando nació Yefer Erney, Manuel Francisco sintió que ya no servía para el Bloque: No estaba concentrado. En las operaciones pensaba más en estar con el niño y con su mujer, que le pedía con insistencia que se saliera, porque tenía miedo de que lo mataran. *“Eso me hizo pensar mucho”*.

Ese mismo año, aprovechando un permiso, Manuel Francisco se fue con su esposa y su hijo para Cali, con la idea de no regresar. Llegaron al barrio Remansos, donde Liliana tenía familiares, pero, a los 15 días, él ya se había gastado toda la plata. *“De allá me traje mis ahorros, me gasté más de 30 millones de pesos en dos semanas. Nunca había estado en Cali y todo lo que no hice antes, lo hice acá. Hoy, sin duda, me doy cuenta que me disfruté muy mal disfrutado ese dinero. Si en esa época hubiera tenido el pensamiento que tengo ahora, no hubiera tenido necesidad de devolverme”*.

Llevaba unos pocos meses de nuevo en el bloque ‘Libertadores’, cuando recibió la noticia de la desmovilización. *“Uno empieza a pensar: ‘¿Será cierto?, o simplemente es que lo van a legalizar a uno... o quieren quitarnos las armas para meternos a la cárcel o para matarnos más fácil’. Todo eso se me vino a la mente, pero decidí: mi prioridad era mi familia y me arriesgué”*.

El día más feliz

Estaban en operaciones cuando los recogieron, verificando primero que las zonas que iban dejando eran ocupadas por el Ejército. El primer sitio de reunión de los desmovilizados

fue Cuchirrao, un sector de la vereda Junín, en el área rural del municipio de Barbacoas. Ahí los tuvieron concentrados durante ocho días, les dieron uniformes nuevos, quemaron los viejos y los trasladaron en 20 camiones escoltados por la Policía hasta la Inspección de El Tablón, en Taminango.

“La gente estaba sorprendida viendo ese montón de paracos. Nos preguntaban cosas, mientras otros se asustaban y lloraban”. Finalmente, el 30 de julio del 2005, 677 combatientes abandonaron la guerra.

Luego, pasaron por Fiscalía, en donde les revisaron los antecedentes, los ‘carnetizaron’ y les dieron a elegir entre ir a unas casas de paz o ir con sus familias. *“Yo elegí venirme con mi mujer para Cali. Nunca había estado tan feliz... Con susto pero feliz”*.



El amor por Liliana, así como el de la obra de Jorge Isaacs, hizo creer a Manuel en la oportunidad de una nueva vida.



Así terminaron ocho años de Manuel Francisco en la guerra, aunque en su mente está que fueron 12. Hablando con los profesionales que le ayudaron en la parte psicosocial, entendió que estando allá perdió la noción del tiempo. *“Son tantas las cosas extremas que se viven allá, que muchas veces es como si las hubiera vivido dos veces”.*

Durante todo ese tiempo en la guerra, no se volvió a ver con su familia. Solo hablaba por teléfono con su mamá, y cuando se reencontró con ella, afloraron las lágrimas. *“Ella le daba muchas gracias a Dios de que, mientras yo estuve allá, no tuve percance en mi vida ni en mi cuerpo... Y, gracias a Dios, reflexioné a tiempo y encontré una alternativa”.*

Ella tenía cáncer y su hermano menor la había llevado a Medellín para sus tratamientos.

Haciendo un esfuerzo por no dejar quebrar la voz, Manuel Francisco contó que el sueño de su mamá antes de morir era tomar de la mano a sus dos hijos menores y caminar con ellos. *“Encontré la forma de ir con Yefer a verla, y caminamos con ella por el Centro de Medellín. Lastimosamente, falleció en el 2008, sin conocer mi empresa, ni a mi segundo hijo”.* Con su muerte, el primer compromiso de todos los hijos fue no disolverse como familia y, por eso, en diciembre del 2014 hicieron el esfuerzo y se reunieron en San Pedro de Urabá para pasar la Navidad juntos, después de casi 15 años sin celebrar las festividades decembrinas.

Una voz amiga

Seis meses después de haber llegado a Cali, el 6 de agosto del 2005, lo paró un Policía y le pidió la cédula. *“Me dice: ‘usted queda capturado por una orden judicial que tiene en su contra, por hurto agravado’”.* Manuel no lo podía creer. Estaba convencido de que en el

proceso de desmovilización le habían borrado el tema pendiente que tenía con la justicia en Medellín, pero no fue así. Lo condenaron a tres años de cárcel, de los cuales pagó nueve meses en el patio ocho de la cárcel de Villahermosa, de la capital vallecaucana.

Salió con casa por cárcel, desencantado y arrepentido de haberse retirado de las AUC. *“Empecé a llenarme de rencores, de rabia. Se me fue la moral al piso. Volví a tener contacto con algunas personas para regresar al grupo, porque estaba decepcionado, totalmente”.* Estaba decidido. Le hablaron de una ONG, que en realidad era un nuevo grupo paramilitar denominado ‘Organización Nueva Generación’, y le pidieron que llevara más personas.

En ese momento, apareció lo que Manuel Francisco llama “una voz amiga” y le informó que la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR) estaba convocando a los

desmovilizados a una reunión en el Coliseo El Pueblo, en el sur de Cali. Manuel Francisco decidió ir. Esperó paciente su turno, y cuando llegó su momento, desahogó toda su desilusión y la condición en la que estaba.

Ahora sí, la reintegración

“Hagamos una cosa, hermano, vamos a comprometernos: usted se compromete con la Agencia y la Agencia se compromete con usted, pero que sea un proceso paso a paso, para que se pueda dar. Si usted no lo cumple, no le podemos cumplir”. Con estas palabras, a Manuel Francisco le dieron la bienvenida al proceso de reintegración.

Las condiciones eran recibir formación para el trabajo, académica y psicosocial, durante tres años, y a cambio obtener un subsidio de 358.000 pesos mensuales. Manuel Francisco estaba acostumbrado a vivir con tres millones de pesos en el bolsillo cuando era



Los orgullosos dueños de Ganchos y Amarras del Valle SAS.

combatiente, pero entendió que la libertad y las posibilidades de un mejor futuro tienen un valor diferente y mucho mayor.

“Yo nunca pensé que iba a continuar con ese proceso como lo seguí”. Al principio, trabajó en construcción para poder completar para sus gastos, pero, luego, su esposa Liliana lo apoyó económicamente trabajando en casas

de familia, para que él se pudiera concentrar, exclusivamente, en las capacitaciones.

Terminó su bachillerato, recibió la atención psicosocial y completó la formación técnica.

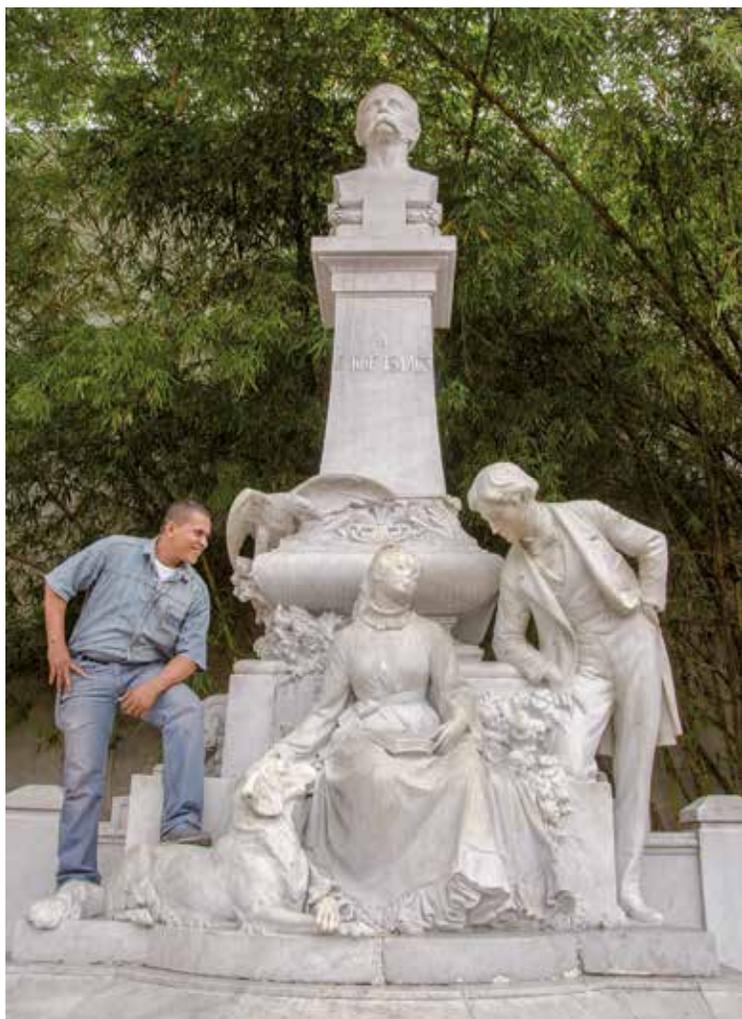
Para ese momento, la Fundación Carvajal ofreció iniciativas de generación de empresas a 250 desmovilizados, entre los cuales aceptó entrar Manuel Francisco, a quien le ofrecieron dos opciones: un lavadero de carros o una empresa de ganchos para construcción.

Y nació Ganchos y Amarras del Valle SAS

“Personalmente vi más viabilidad por Ganchos y Amarras, porque tiene más forma de empresa y más posibilidades de salir adelante”. Precisamente, Manuel Francisco fue uno de los 15 desmovilizados que empezaron una nueva capacitación en manejo de maquinaria, en carpintería metálica y en administración.

Ganchos y Amarras del Valle SAS se constituyó, formalmente, en el 2011 con 15 socios, tanto de las FARC como de las AUC, y un gerente nombrado por la Fundación Carvajal, Víctor Orozco, quien estuvo al frente de la empresa hasta septiembre de este año (2015), cuando cedió su puesto a Manuel Francisco Ballesta Correa.

De los 15 integrantes, falleció uno, y otros se retiraron. La fábrica mantuvo un punto de equilibrio hasta el 2013, gracias a que Eternit compraba el 80 por ciento



de la producción, pero, a partir del 2014, este volumen de compra bajó y, desde entonces, están trabajando en la elaboración de nuevos productos. Su principal oferta es la 'Platina Especial 11 x 3 Lisa', única en el mercado nacional. Ahora, lanzarán otro gancho, elaborado en lámina, con la misma calidad.

Todos ganan el salario mínimo con sus respectivas prestaciones. Por ahora, no hay repartición de utilidades, pero el objetivo de los siete hombres que continúan "la batalla", es no desfallecer.

“Ser Gerente es un grado de responsabilidad más grande. Me ha tocado aprender muchos movimientos que yo nunca había hecho. La Fundación Carvajal nos ha guiado, pero todavía faltan cosas. Por ejemplo, de computadores solo sé revisar correos, hacer cositas sencillas en Excel o revisar el banco... Pero debo aprender más. La experiencia ha sido dura, pero buena. Somos una empresa nueva y sabemos que empezar es difícil. Mi deseo es que Ganchos y Amarras siga viviendo aún después de mi muerte”.

Una vida diferente para sus hijos

Su segundo hijo se llama Manuel Santiago: Manuel, como él, y Santiago, como su padre. Tiene seis años y está en primero de primaria. El mayor, Yefer Erney, ya tiene 11 y está próximo a ingresar a primero de bachillerato. Le brillan los ojos de felicidad y de orgullo cuando cuenta que sus dos hijos le dicen papá.

“Yo a ellos les hablo de mi experiencia y les pongo mi ejemplo, para que tengan una vida

diferente. Si yo hubiera asumido la responsabilidad del colegio como era, mi vida hubiera sido otra. El estudio es la base fundamental para el aprendizaje, para tener una vida menos dura y para tomar decisiones. Si usted no sabe cuánto es dos más dos, le van a dar en la cabeza todo el tiempo”.

En su casa, en el barrio Manuela Beltrán, a 30 minutos en bicicleta de la fábrica, Manuel Francisco ha inculcado cuatro reglas básicas: respeto a Dios, a los padres, a la ley y a los demás.

“Yo tengo que seguir adelante, criando a mis hijos, inculcándoles valores y aprovechando al máximo el giro que me dio la vida, esta segunda oportunidad de vivir, porque yo en las filas, ya estaría muerto. No tenía mi libertad, estaba siempre bajo las órdenes de alguien, corriendo el riesgo de morir o de quedar con una falencia bastante dura. La desmovilización me dio la esperanza de volver a la sociedad y de ser poco a poco aceptado por la gente. No necesito las armas para poder sobrevivir, porque en mi mente tengo herramientas nuevas para continuar mi vida”.

Tiene claro que sus socios, compañeros de trabajo y amigos pudieron haber estado en el bando enemigo, pero eso quedó en el pasado. *“Aquí somos lo mismo, más que trabajo hemos compartido amistad”.* El objetivo de los siete es luchar unidos por su presente, pensando en el futuro de sus familias. Por eso, uno de los dichos que más aplica Manuel Francisco Ballesta Correa es: **“Lo pasado, pisado”.**



procesos **digitales**

Calle 92 N° 15 - 62 Loc. 101 - 102
Tel.: (571) 7571500 - 8051520 - 6052034
www.procesosdigitales.com
Bogotá, D. C., Colombia



ACR Agencia Colombiana
para la Reintegración



USAID
DEL PUEBLO DE LOS ESTADOS
UNIDOS DE AMÉRICA



Organización Internacional para las Migraciones (OIM)